THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

CUENTOS
EN EL MAR
LOUIS RHEAD
NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

Nueva York: D. APPLETON Y CÍA., 1, 3, & 5 Bond Street.

CUENTOS EN EL MAR

POR LOS RENOMBRADOS ESCRITORES INGLESES
Y ANGLOAMERICANOS

A. Norman - editor
Carlos O'Neill Bonilla

MARION CRAWFORD

W. CLARK RUSSELL

G. HERRIES POLLOCK

GUILLERMO ARCHER

L. ALMA TADEMA

ENRIQUE NORMAN

W. E. NORRIS

LIBRARY OF CONGRESS,
COPYRIGHT
MAR 11 1889
6065
WASHINGTON.

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, y 5 Bond Street
1889

PR1116
.S7N6

Copyright, 1889,
By D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

32-1852

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA

DE LOS

CUENTOS EN EL MAR.

Con el objeto de dar á conocer en los países españoles é hispanoamericanos, todo lo bueno de la literatura inglesa y angloamericana de los tiempos modernos; hemos reunido en el presente libro, una serie de pequeñas novelas escogidas por nosotros mismos, como lo mejor entre las mejores que se han publicado recientemente en una forma semejante, y que tanta aceptación lograron sobre todo en los Estados Unidos del Norte.

Es una colección de cuentos, referidos ó dichos durante un supuesto accidente en el mar, por varios literatos ingleses y angloamericanos, que también se suponen reunidos á bordo de un vapor; habiendo seguido el traductor O'Neill, el plan del escritor Norman en sus "Cuentos en Medio del Océano."

Mucho hemos procurado al escoger los cuentos, el preferir aquellos que más resaltan por su trama y que mejor se adaptan para ser vertidos al castellano; y mucho hemos hecho, para que no perdieran demasiado en la traducción, ni sufrieran muchos descalabros; uniendo al empeño del traductor las correcciones de otros, y nuestro propio criterio en editar "Los Cuentos en el Mar," en la forma que los presentamos al público.

Los Editores.

New York, *Febrero de 1889.*

ÍNDICE

TÍTULO	AUTOR	PÁGINA
En el Australia	*Introducción*	5
La Litera Superior	*Marión Crawford*	13
¿Cómo lo Dijo?	*G. Herries Pollock*	44
Mi Amigo de Mónaco	*Guillermo Archer*	57
Palotes y Caídos	*Por el Mismo*	79
Tal para Cual	*Enrique Norman*	99
El Espectro del Castillo Escocés	*W. E. Norris*	137
La Novia del Capitán	*L. Alma Tadema*	171
El Misterio de la Estrella del Océano	*Clark Russell*	203

CUENTOS EN EL MAR

EN EL AUSTRALIA

H. Norman

Eran las cinco de la mañana del día ventisiete de Setiembre y sexto de navegación; cuando, obedeciendo á un viejo hábito, subía á la cubierta del *Australia*, verdadera ciudad flotante en camino desde Queenstown á Nueva York, para respirar el aire de la mañana y contemplar la salida del sol: cosas que el baldeo no siempre consiente se hagan á placer y pie enjuto. El mar estaba picado: el viento que en la tarde anterior nos soplaba por popa, se había cambiado á la cuadra y cargaba por instantes: á babor, subían por el ceniciento horizonte, cual fantástico rebaño de monstruos aéreos y en atropellados pelotones, densas nubes, pequeñas y de contornos angulosos; pero perfectamente marcados, que extendiéndose en dilatada línea sobre las plomizas y espumosas ondas; avanzaban veloces hacia el norte; como deseosas de cerrar contra las de curvos perfiles y nevado color, que menos ligeras y en masa más ordenada, desde aquel punto parecían venir á su encuentro. En aquel momento el silbato del oficial de cuarto vibró en el puente y la marinería corrió á arriar y aferrar varias velas de las que llevábamos desplegadas, coger unos cuantos rizos en otras y hacer algunas maniobras más; las cuales hubieran anunciado claramente lo que se nos venía encima, á otro, que, no habiendo nacido

entre los trópicos, no estuviera acostumbrado desde su niñez, á leer en los cielos las señales precursoras de uno de los fenómenos más grandiosos é imponentes, que nos es dado contemplar. Volví los ojos hacia el puente y ví en él al capitán: marino inteligente, fuerte como una encina, enérgico y sereno en el mando y de trato agradable: condiciones muy raras en esos lobos del mar, que por lo común usan de cara seria, genio adusto y tamañas palabrotas como requisitos indispensables de la profesión. Envuelto en un capote que el viento arremolinaba en derredor de su cuerpo, calado hasta las cejas el sombrero de fieltro, asido con ambas manos á la barandilla y los ojos clavados en el amenazante horizonte, parecía reconocer el curso y brío del ya no lejano huracán. En ésto hubo un instante de calma; y el sol, asomando su amarillenta faz por un desgarrón del entoldado cielo, envolvió al *Australia* en sus pálidos rayos: el efecto fué tétrico en extremo; hubiérase creído que el padre del día nos enviaba su postrer adiós. En seguida las nubes volvieron á cerrarse: el cielo se ennegreció más y pasó silbando por entre las jarcias del buque, que se ladeó á estribor, la primera ráfaga con que nos saludaba el majestuoso temporal. El capitán se puso al lado del timonel, á quien dió una orden, y este hizo girar rápidamente la rueda del gobernalle á la izquierda; con lo cual la nave abatiendo unos cuantos grados hacia el sur, presentó la proa al viento: el timbre de la máquina sonó unas cuantas veces, y la hélice comenzó á moverse con mayor lentitud: estábamos á cuarto de máquina y entrábamos en la danza, que más que danza eran los tumbos y cabezadas que dábamos á la sazón.

Á nosotros, los de tierra, no nos favorece la naturaleza, sino muy rara vez, con el sublime espectáculo de una de esas luchas titánicas de los vientos y las aguas en medio del mar; así es que resuelto á no perder aquella oportunidad,

me dirigí al salón de fumar, donde me situé del modo más conveniente para contemplar lo que, para gusto de unos, por lo menos mío, y terror de otros, empezaba á desarrollarse. Y no se crea por ésto que me doy aires de valiente : que valiente es quien expone lo que tiene en mucha estima ; y años hace que la vida, única cosa que corría en peligro, dejó de saberme á don para convertirse en carga. Volviendo á mi historia : apenas hacía unos cuantos minutos que estaba entregado á la contemplación de aquellos negros nubarrones, que á los golpes de viento, ya entonces más duros y frecuentes, se rompían en girones ; para amontonarse de nuevo, y de nuevo volver á desgarrarse en su arrebatado vuelo : apenas hacía unos cuantos minutos que seguía con asombrados ojos las encrespadas olas, que alzándose soberbias y rugientes, doblaban y arrollaban las irritadas crestas ; y rodando, rodando, venían á estrellarse en los costados del buque, que inclinaban al lado contrario, mientras corrían por cubierta el agua y espumas embarcadas ; cuando me hizo volver la cabeza esta exclamación :

—¡ Diablo ! ¡ Veintiocho pulgadas ! entonces ¿ ésto es un verdadero ciclón ?

—Así lo parece, contesté á mi compañero de viaje, quien al pronunciar las últimas palabras se había vuelto hacia mí.

—Efectivamente, señores, dijo el capitán que en aquel mismo momento entraba en el salón y había oído la pregunta y contestación cruzadas ; nos ha salido al encuentro un ciclón ; pero no hay cuidado : el barco puede no con uno, sino con diez ciclones ; y además, le voy á dejar el camino libre, dando la vuelta al vórtice por el S., mientras este sigue su camino usual hacia el Norte.

Y como en este instante sonara por segunda vez la campanilla en el comedor, añadió jocosamente :

Ea, pues, señores, á la mesa, á cobrar fuerzas por si tenemos que nadar: y se dirigió al comedor seguido de nosotros.

Allí nos encontrámos con algunos viajeros más, pero pocos; porque la mayor parte gozaban en sus literas las delicias del mareo.

Al entrar en el comedor todos los que había allí reunidos, miraron ansiosamente al capitán, y no pude menos de observar cómo desapareció el aspecto alarmado de unos cuantos, al ver su tranquilo y risueño semblante.

Después de asegurar que aquello no era nada y que al siguiente día tendríamos un tiempo inmejorable, nos sentámos á la mesa y comenzámos á almorzar; no sin tener que valernos de toda habilidad para que las botellas, vasos y platos no se volcasen y nos vertieran encima sus contenidos, ó que cambiando de rumbo el tenedor, fuéramos á cometer un desaguisado contra la propia persona.

Terminado el almuerzo el capitán se volvió al puente y yo, con otros pasajeros, al salón de fumar; desde donde seguímos contemplando las monstruosas oleadas, que á veces parecían casi á punto de sepultarnos entre sus hirvientes aguas. Pero como todo cansa, por grande y bello que sea, cuando peca de monótono, poco á poco fuimos dejando las ventanillas para entregarnos á la lectura y al tabaco, ó al tabaco y la conversación.

Entre los primeros me contaba yo, que á la sazón admiraba las bellezas de la literatura, hoy tan en boga, en una obra, si dura por el lenguaje no menos dura por el argumento: de una de esas obras que en mi humilde opinión inspirándose en la escuela pesimista llevan al hogar honrado, con todas sus crudezas y desnudeces, las escenas de la degradación humana como si sólo hubiera en el mundo grandes pecadores y pecadoras. Humos de la gangrena

social, miasmas de la corrupción, que algunos espíritus se empeñan ahora en derramar en las regiones más puras de la vida; en vez de hacer bajar desde estas, rayos de sol, y corrientes de aire que oreen y saneen aquellas.

Las ráfagas se sucedían, arreciando sin cesar, el movimiento del buque se hacía más violento, y las rociaduras del mar y la lluvia golpeaban á intervalos en los cristales del salón, haciendo un ruido desagradable y empañándolos completamente.

Así pasámos el día, sin que ocurriera novedad alguna, hasta que cerró la noche y me retiré á mi camarote. El movimiento irregular de la hélice, que al hundirse en el agua giraba lentamente y al quedar descubierta, cuando el buque daba una cabezada de proa, aceleraba su moción, causando un estremecimiento y crujir de madera verdaderamente temerosos, no invitaban al sueño; pero este, como todas las necesidades materiales, avasalla aún mayores respetos, y al fin, me dormí como un religioso en el silencio y tranquilidad de su celda.

Dos ó tres horas haría que el sueño cerrara mis sentidos á los encantos de la vida, cuando un fuerte balance que por poco me hace caer de la litera, y cuenta lector que ocupaba una alta, me despertó; para oir los pasos precipitados de los marineros sobre cubierta, el rechinar de la cadena del timón, el silbar del escape de vapor y las voces de los pasajeros que alarmados gritaban levantando una verdadera algarabía.

—¡ Camarero, camarero ! ¿ qué pasa ? ¿ qué sucede ?

Entonces bajé de la litera y entreabriendo la puerta de mi camarote, saqué la cabeza para enterarme de lo que ocurría : por de pronto me había extrañado la quietud de la hélice.

Muchas caras pálidas asomaban por los oscuros huecos de las medio juntas puertas; mientras que otros pasajeros

ya se encaminaban, envueltos unos en sus batas y no pocos en sábanas, á la escalerilla que conducía al comedor; pero no habían llegado los más asustados al primer escalón, cuando apareció el capitán en el más alto, siempre sereno y sonriente, calado por la lluvia hasta los huesos, y tranquilizó los ánimos con esta frase:

—Señores, el mal tiempo va de paso: no hay motivo de alarma; vuélvanse á acostar y duérmanse con toda tranquilidad.

Tanto lo que dijo como el tono que empleó, volvieron la confianza á los más sobresaltados; y bien pronto cada cual ocupaba su litera, reinando de nuevo en la cámara profundo silencio, interrumpido solamente por el crujir de los mamparos y el chirriar de la cadena del timón, pues la hélice seguía en completa inmovilidad.

—Vamos, me dije, alguna avería en la máquina; en fin, mañana veremos: y echándome de nuevo, me arrebujé lo mejor que pude y no tardé en quedarme dormido.

Á la mañana siguiente me levanté, temprano como de costumbre, y subí á la cubierta. Los balances no eran tan fuertes; pero la máquina no andaba. El buque tenía desplegado todos sus trapos, que un fresco brisote hinchaba; el cielo estaba despejado al sur y ligeramente nublado al norte; y el mar, aunque algo revuelto, iba poco á poco sosegándose.

Deseoso de saber lo que había ocurrido en la máquina, bajé á una de las crujías y me dirigí hacia el centro del barco: á la entrada de la escalerilla de los maquinistas me encontré con uno de éstos, quien no tardó en sacarme de dudas.

Un cilindro roto y algunas otras averías, que no se podrían remediar hasta hacer puerto en Nueva York, habían convertido al magnífico *Australia* en un mal buque de vela, con relación al andar.

La nueva corrió de boca en boca, y al sentarnos á almorzar, lo que hicimos en mucho mayor número que la mañana anterior, el capitán nos dijo alegremente.

—Estaremos juntos, más de lo que pensábamos : tenemos provisiones de sobra ; y entre gente de buen humor seis ó siete días se pasan como un soplo.

—¿ Seis ó siete días capitán ? preguntó uno de nosotros.

—Sí, seis ó siete días á setenta y dos millas por singladura, nos pondrán á la vista de Sandy Hook.

La conversación se hizo general, y concluido el almuerzo, todos subímos á cubierta, muchos con el aire satisfecho del que ha salido á salvo de un terrible riesgo.

Á la caída de la tarde, los pasajeros formaron varios grupos en el salón : en unos se jugaba al tresillo, y en otros se hablaba. Yo, que no soy amigo de las cartas, fuí pasando de un grupo á otro, en busca de conversación que me interesara, hasta que al fin llegué á uno, formado por dos ó tres señoras y varios literatos, ingleses y norteamericanos bien conocidos en el mundo literario. Sentéme cerca de ellos á la sazón en que una de las señoras decía :

—Es preciso que sean Vds. galantes y nos cuenten varias historias.

—Tendré mucho gusto en complacer á Vd. señora, replicó uno de los literatos, y si ninguno de los presentes quiere precederme, os daré, ahora mismo, el tributo de la mía.

—¡ Bravo ! exclamaron las demás concurrentes.

—Muchas gracias por su bondad. Cuando Vd. concluya otro de nuestros amigos tomará la palabra, y así, no sólo olvidaremos el susto pasado, sino que casi, casi estaremos agradecidas al huracán.

Dos minutos después nuestro literato comenzaba su historia, dando con ella principio á una serie de narraciones

que acortaron las horas de nuestra lenta navegación ; y en las cuales brillaron á porfía las galas de los ingenios allí reunidos.

* * * * * *

Tiempo hace ya que el *Australia,* habiendo reparado sus averías, corta con su afilada quilla las aguas del Atlántico ; y tiempo hace también que yo, guiado por mis notas, pongo todo mi empeño en trascribir, sin averías de estilo ni de expresión, los cuentos más interesantes que durante aquellas noches se narraron.

No sé si en este mero trabajo de reflexión de ideas, absorbiendo mucho ó poco de la luz y calor con que los narradores las vertieran, habré de devolverlas pálidas y frías ; así como la luna nos devuelve macilento el ardiente rayo del esplendente sol ; pero en cambio bien puedo asegurar que no las prestaré colores míos, para no empañar los suyos, que ¡ ojalá ! pudiera dar con todo su vigor y brillantez.

Estos cuentos, agrupados en el encantador desorden con que allí se refirieron, permitirán al lector poco versado en la literatura inglesa de nuestros tiempos, apreciar la fecunda inventiva, la naturalidad, la intención y la cultura de sus autores, celébres.

Y con estas palabras dejo dicho todo cuanto que decir tenía, exceptuando el suplicar se me perdone por dar á tan buenos cuentos una tan pobre portada.

LA LITERA SUPERIOR

Por F. Marion Crawford

Alguien pidió los cigarros. Habíamos hablado por largo tiempo y la conversación comenzaba á languidecer; el humo del tabaco, reunido en espesas nubes, oscurecía los pesados cortinajes; los vapores del vino entorpecían aquellos cerebros, fáciles de entorpecerse; y era cosa evidente que, á menos que alguien hiciese algo que avivase nuestros adormilados espíritus, la tertulia pronto llegaría á su término natural, y que nosotros los contertulios, apresurándonos á retirarnos, iríamos á recogernos y sin duda, á dormir. Nadie había dicho nada notable, tal vez porque nadie tenía cosa notable que decir. Jones nos había relatado con todos sus pormenores las aventuras de su última cacería; el Señor Tompkins, de Boston, nos había explicado con una prolijidad abrumadora por qué medios el ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fe; no sólo extendía su territorio, aumentaba su influencia y transportaba el ganado en pie, sin matarlo de hambre antes del día de su entrega, sino cómo por años y años había logrado engañar á los pasajeros, quienes, al comprar sus billetes, abrigaban la falsa creencia de que la compañía nombrada podía realmente transportar seres humanos, sin riesgo de que perdieran un miembro ó la existencia. El Signor Tombola había tratado de probarnos, con argumentos que no nos tomámos la molestia de rebatir,

que la unidad de su patria no se asemejaba en modo alguno al torpedo moderno; cuidadosamente ideado y construido con todo esmero en los mejores arsenales europeos, para ser dirigido por manos inexpertas hacia una región donde indudablemente reventará inadvertido, sin producir el menor eco en los ilimitados campos del caos político.

Pero ¿á qué dar mas detalles? Baste decir que nuestra conversación se había hecho tan monótona y pesada, que hubiera hastiado á Prometeo sobre su roca; perturbado á Tántalo, y obligado á Ixio á buscar algún descanso en los sencillos pero instructivos diálogos de Ollendorff, antes que someterse al martirio mayor de atender á nuestra fastidiosa conversación. Largas horas hacía que nos sentábamos á nuestra mesa: estábamos aburridos, estábamos cansados, y ninguno mostraba indicios de querer retirarse.

Alguien pidió los cigarros; y todos mirámos instintivamente hacia el que hacía esta demanda. Brisbane contaba unos treinta y cinco años de edad, y era notable por aquellas dotes naturales que más atraen la atención de los hombres. ¡Era fuerte como una encina! Nada de extraordinario presentaban, á primera vista, las proporciones de su cuerpo; por más que este excedía en tamaño al de la generalidad. Con seis pies largos de estatura y hombros moderadamente desarrollados, no parecía ser grueso, aunque evidentemente se veía que no pecaba por delgado: su pequeña cabeza se erguía sobre un cuello robusto. Sus manos anchas y musculosas poseían una rara habilidad para romper las nueces sin el auxilio del cascador; y, mirándolo de perfil, era imposible no observar el desarrollo de sus brazos y el raro espesor de su pecho. Pertenecía á esa clase de hombres que el vulgo llama engañosos: es decir, que aunque parecía excesivamente fuerte, era en realidad mucho más fuerte de lo que aparecía. Poco tengo que decir de sus facciones: de

cabeza pequeña y escasa de cabellos, tenía los ojos azules, grande la nariz, ralo el bigote y cuadrada la mandíbula. Todos conocíamos á Brisbane, y cuando pidió los cigarros todos nos fijámos en él.

—¡ Cosa más singular ! exclamó entonces nuestro amigo.

Todos enmudecimos. No era alta la voz de Brisbane ; pero tenía un timbre peculiar, que penetrando en la conversación general, la cortaba instantáneamente. Percibiendo que había atraído nuestra atención, y que todos estábamos esperando sus palabras, encendió su cigarro con mucha parsimonia, y prosiguió diciendo :

—¡ Es cosa bien singular, todo cuánto se dice de los aparecidos ! La gente anda siempre preguntando si alguien ha visto uno de estos seres ; pues bien, yo he visto uno.

—¡ Bah ! ¿ De veras ? ¿ No querrás hacérnoslo creer, Brisbane ? ¡ Bien, para un hombre de tu cerebro !

Tal fué el coro de exclamaciones que provocó el extraño aserto de Brisbane. Pedímos cigarros y Stubbs, el mayordomo, se presentó repentinamente ante nosotros con una botella de champagne helado. La situación se había salvado : Brisbane iba á contarnos un cuento.

—Soy un marino viejo (empezó Brisbane), y como me veo obligado á cruzar el Atlántico muy á menudo, tengo mis buques favoritos. Todos ó casi todos los hombres tenemos cierta predilección por algo. He visto á un individuo esperar en una cervecería de Broadway, por tres cuartos de hora, la llegada de un carruaje dado del tranvía, por el cual sentía especial inclinación ; y creo que la preferencia de este buen hombre producía al cervecero, por lo menos la tercera parte de su venta. Yo tengo el hábito de esperar la salida de ciertos buques cuando voy á cruzar el charco, y podrá ser mera preocupación, pero jamás me he visto privado de una buena travesía, exceptuando una sola vez en mi vida. Lo

recuerdo perfectamente: era una calurosa mañana de Junio y los empleados de la Aduana, quienes, formando corrillos, esperaban la llegada de un vapor que venía ya en camino desde la Cuarentena, parecían sombríos y pensativos. Yo no tenía mucho equipaje,—nunca lo tengo. Mezcléme con la multitud de pasajeros, mozos de cordel y los oficiosos individuos de levita azul y botones de bronce, que parecen alzarse como hongos en la cubierta de todo vapor atracado, para molestar con su innecesaria presencia y servicios la independencia del pasajero. Muchas veces he seguido con cierto interés las evoluciones de estos individuos. No se les vé allí, en el momento de vuestra llegada: cinco minutos después que el piloto ha mandado ¡Adelante! los susodichos ó por lo menos sus levitas azules y botones de bronce, han desaparecido de la cubierta y pasamanos tan completamente como si se los hubiera tragado el mar; pero, en el instante de la partida, hélos allí, perfectamente afeitados, con sus levitas azules, y hambrientos de propinas. Me apresuré á pasar á bordo del *Kamtschatka* que era uno de mis barcos favoritos; y digo era, porque ya no lo es. No concibo cosa alguna que pudiera inducirme á hacer otro viaje en él. Sí, ya sé lo que vais á decirme. Está notablemente cortado por popa, es bastante alto de proa para no embarcar agua, y sus camarotes inferiores son dobles en su mayoría. Tiene una infinidad de ventajas, pero no haré otra travesía en él, dispensadme esta digresión. Entré á bordo y llamé á un camarero, cuya roja nariz y más rojos bigotes, me eran igualmente familiares.

—Ciento cinco, cámara inferior; le dije con el tono peculiar de los hombres que no dan mayor importancia á la idea de cruzar el Atlántico, que á la de apurar un vaso de vino.

El camarero cogió mi saco de noche, abrigo y frazada,

dejando ver tal alteración en su semblante que jamás podré olvidar la expresión de su cara; y no quiero indicar por ésto que palideciera, puesto que tal cosa equivaldría á un cambio en el curso de la naturaleza ; pero sí puedo decir que á juzgar por ella, parecía próximo á llorar, ó á estornudar, ó á dejar caer mi saco de noche, que contenía dos botellas de un magnífico jerez, presente para mi viaje de mi viejo amigo Snigginson van Pickyns : idea, esta última que me puso extremadamente nervioso ; sin embargo nada de ésto ocurrió, y comenzó á guiarme exclamando en voz baja :

—¡ Voto va ! Yo debo estar maldito.

Supuse mientras le seguía que mi Hermes habría apurado algunos tragos, pero me limité á marchar tras él sin despegar los labios. El número 105 se hallaba á babor y bien á popa. El salón no presentaba nada de particular y el camarote, doble como casi todos los del *Kamtschatka*, era bastante espacioso. En él se veían el usual lavabo, que por su forma y construcción parece dispuesto para llevar una idea de lujo á la mente de un indio bravo ; y la no menos usual, pero sí más inútil, poyata de madera oscura, en la cual más fácilmente se coloca un gran paraguas que se guarda un simple cepillo de dientes. Sobre los poco agradables colchones de sus literas, las mantas, cuidadosamente dobladas, semejaban, según dicho de un festivo y moderno escritor, grandes bollos de trigo moreno, mientras que las toallas era asunto que se dejaba por completo á la inventiva de la imaginación. Las botellas de agua rebosaban un líquido trasparente ligeramente enturbiado, y origen de un olor menos ligero pero no más agradable, que traía al olfato cierta lejana reminiscencia de maquinaria enaceitada. Cortinas de sombrío color medio cubrían la litera superior, y la luz del nebuloso Junio daba siniestro aspecto á aquel solitario camarote que no puedo recordar sin estremecerme de horror.

El camarero colocó á un lado mis chismes y se quedó mirándome, como si le corriera prisa de salir de allí, tal vez en busca de más pasajeros y más propinas. Bueno es siempre comenzar por captarse la benevolencia de estos funcionarios, y de acuerdo con esta idea, le dí sobre la marcha algunas monedas.

—Haré todo cuanto pueda para que lo pase Vd. bien, díjome echándose el dinero en el bolsillo, y con un no se qué de dudoso en la entonación de su voz que no pudo menos de sorprenderme. Probablemente su tarifa de propinas había subido, y no se daba por satisfecho; pero me incliné á creer, era todo cuestión de "un vasito de más," como él se hubiera expresado. Sin embargo, me equivocaba de medio á medio, haciendo grande injusticia á aquel pobre diablo.

Nada digno de mención ocurrió durante aquel día. Desatracámos puntualmente y emprendimos la travesía, acariciados por la fresca brisa en que la marcha del buque trocaba la enojosa calma de una atmósfera pesada y sofocante. Todos sabemos los incidentes del primer día de un viaje. Los pasajeros se pasean silenciosos por la cubierta cruzándose sus miradas, sin que sea raro que se encuentren de manos á boca con conocidos á bordo. Siempre aquella incertidumbre respecto de si la mesa será buena, mala ó ni lo uno ni lo otro; hasta que las dos primeras comidas, ponen el asunto fuera de conjeturas: y siempre la misma incertidumbre respecto del tiempo, hasta que por fin se pierde la tierra entre las espesas brumas del horizonte. Luégo, aquel gentío que en un principio se aprieta alrededor de las mesas, que á poco y casi repentinamente se quedan desiertas; y finalmente, aquellos individuos que pálidos como cadáveres saltan de sus asientos y se precipitan hacia las puertas; mientras sus vecinos, los ya viejos

marinos, con aire satisfecho extienden los codos por el claro que dejan, haciéndose dueños de los huecos abiertos por el mareo.

Una travesía del Atlántico es casi idéntica á otra, y los que nos vemos obligados á cruzar sus aguas muy amenudo no lo hacemos por amor á la novedad. Las ballenas y los hielos flotantes son siempre objetos de curiosidad; pero después de todo, una ballena, es muy remejante á otra ballena, y raramente se vé una masa de hielo á corta distancia. Para la mayoría, el momento más delicioso á bordo de un vapor transoceánico, es aquel en que hemos dado el último paseo sobre cubierta, fumado el último cigarro, y habiendo logrado cansarnos, nos encontramos convenientemente dispuestos para rendir al sueño nuestra tranquila conciencia. En la primera noche de la travesía me sentí en extremo perezoso, motivo por el cual me fuí á mi litera en el No. 105, mucho más temprano de lo que acostumbro. Una vez en ella quedé sorprendido al descubrir que tenía un compañero, como lo probaban un portamanteo, muy parecido al mío, colocado en la opuesta esquina, y una frazada esmeradamente doblada que con un bastón y un paraguas descansaban sobre la litera superior. Había acariciado la idea de hacer el viaje solo, y no pude menos de hallarme contrariado; sin embargo, comencé á pensar quién sería mi compañero, y resolví esperarle despierto, á fin de echarle una ojeada.

No hacía mucho que me había acostado cuando entró. Era, á juzgar por lo que pude ver, de alta estatura, delgado, pálido, con pelo y patillas rubias, y ojos grises y apagados. Había en él, así me lo pareció, cierto aire de elegancia que se encuentra en esa especie de prójimos con que tropezamos en la calle, café, teatro y carreras de caballos, sin que sepamos quiénes son ni qué hacen allí. Un poco exagerado en el vestir, un tanto extravagante, en fin un tipo de

los que se ven por lo general tres ó cuatro en cada travesía. Resolví para mis adentros evitar todo trato con él, y me dormí proponiéndome observar sus hábitos á fin de salir á flote con mi resolución: si se levantaba temprano, me levantaría tarde, y si se acostaba tarde, me acostaría temprano. No quería conocerle ni que me conociera, porque cuando se traba amistad con uno de estos entes, en todas y por todas partes se va tropezando con él. ¡ Pobre diablo ! No necesitaba haberme molestado con tantas decisiones en su contra, porque no volví á verle después de nuestra primera noche en el camarote No. 105.

Dormía profundamente cuando un violento ruido me despertó. Á juzgar por él, mi compañero debía haberse lanzado de un solo salto desde su litera al suelo. Sentíle como andando á tientas y atolondradamente con el cerrojo y aldabilla de la puerta, que abrió casi inmediatamente; y en seguida que, sin detenerse á cerrarla, se precipitó al pasadizo en el cual escuché las rápidas pisadas de una desenfrenada carrera. El buque iba dando algunos tumbos, por lo que esperaba oirle tropezar ó caer; pero él corría como si la muerte le fuera dando alcance. La puerta, obedeciendo al movimiento del buque, comenzó á mecerse sobre sus goznes, produciendo unos chirridos y golpes que me molestaban; para evitarlos me levanté, la cerré, y á tientas y dando traspiés me volví á mi litera, para dormirme de nuevo, no sé por cuanto tiempo.

Cuando desperté aún era de noche: sentí una frialdad desagradable, pareciéndome que el aire estaba muy húmedo, y percibí ese olor que todos conocemos y que es peculiar á un camarote que se ha mojado con agua del mar. Me cubrí lo mejor que pude y me adormecí otra vez, formulando quejas para el inmediato día, y rebuscando los más poderoros epítetos del lenguaje para dar mayor energía á

mis frases. En sueños oí á mi compañero moviéndose en su litera; probablemente había vuelto mientras yo estaba dormido. En una ocasión me pareció que se quejaba, de lo cual deduje que estaba mareado, deducción bien desagradable por cierto para mí que me encontraba debajo. No obstante, cogí por tercera vez el sueño para abrir los ojos con los primeros albores del día.

El buque daba mayores tumbos que en la pasada noche, y la plomiza luz que entraba por la ventanilla cambiaba de intensidad á cada balance, según que el cristal se volvía hacia el cielo ó se inclinaba hacia el mar. Hacía mucho frío: un frío extraordinario para el mes de Junio. Volví la cabeza y mirando hacia la ventanilla, descubrí lleno de sorpresa que estaba abierta y asegurada para que no se cerrase. Creo que juré en alta voz. Me levanté para cerrarla y al volver á mi camastro eché una mirada á la litera superior. Sus cortinas estaban completamente corridas: indudablemente mi compañero había sentido tanto frío como yo. Entonces me ocurrió la idea de que había dormido bastante. El camarote nada tenía de agradable; aunque, por extraño que parezca, no percibía aquella humedad y pronunciado olor á marisco que tanto me había molestado durante la noche. Mi compañero aún estaba dormido, y como no podía tener mejor oportunidad para evitar su conocimiento, me vestí inmediatamente y me fuí á cubierta. El día se presentaba caluroso y nublado, y eran ya las siete, mucho más tarde de lo que yo creía, cuando comencé á pasearme por ella. Á poco me encontré con el médico de á bordo, quien estaba respirando los primeros aires de la mañana. Era un joven irlandés, de alta estatura, más grueso que delgado, y con un aspecto tan agradable que uno se sentía atraído hacia él.

—¡Hermosa mañana! le dije por vía de introducción.

—Sí; me contestó mirándome como con cariñoso interés, sí; es y no es una hermosa mañana.

—En verdad, no es muy hermosa que digamos, añadí.

—Es precisamente lo que llamamos tiempo calinoso, replicó el doctor.

—Anoche sentí mucho frío, y ¿cómo nó? si esta madrugada me encontré la ventanilla de mi camarote abierta de par en par. No reparé en ello al acostarme. Además, mi camarote es muy húmedo.

—¡Húmedo! ¿En donde está Vd.?

—En el número 105.

El doctor se estremeció de un modo muy visible y me miró fijamente.

—¿Qué le pasa á Vd.? le pregunté.

—¡Oh! nada; pero todos los pasajeros se han quejado de ese camarote en estos tres últimos viajes.

—Pues, cuénteme con ellos, porque yo á mi vez digo que no se le ha ventilado de un modo conveniente. ¡Eso es un vergonzoso abuso!

—Que no creo tenga remedio, contestó el doctor. Ahí pasa algo de . . . pero, después de todo, no estoy aquí para asustar á los pasajeros.

—No tema Vd. asustarme, le repliqué. Bien puedo resistir toda la humedad que se quiera, y si cojo un buen resfriado, entonces acudiré á Vd.

Ofrecí al doctor un cigarro, que tomó y examinó cuidadosamente, mientras decía:

—No, no se trata aquí de la humedad; sin embargo, espero que al fin lo pasará Vd. muy bien. ¿No tiene Vd. un compañero?

—Sí: un endiablado prójimo, que á media noche salta de su litera y sale como un galgo del camarote, dejando la puerta abierta.

Por segunda vez el doctor me miró fijamente y con cierta curiosidad. En seguida encendió el cigarro y tomó un aspecto muy grave.

—¿Y . . . volvió? me preguntó después de algunos momentos.

—Sí. Yo estaba dormido; pero desperté y le oí moviéndose en su litera. Entonces sentí mucho frío, abrigándome cuanto pude me volví á dormir y, como antes le dije, al despertarme esta madrugada, noté que la ventanilla estaba abierta.

—Óigame, dijo el doctor, nada me importa este buque y no se me da un ardite su reputación. Voy á hacerle una proposición: tengo una espaciosa cámara y le cedo la mitad de ella, á pesar de ser hoy la primera vez que tropiezo con Vd.

Sorprendióme en extremo esta oferta: no podía explicarme qué motivos le habían inspirado aquel repentino interés por mi bienestar, ni tampoco la manera peculiar de expresarse al hablar del buque.

—Muchas gracias, doctor; creo que es posible ventilar y limpiar mi camarote. Pero; ¿por qué no le importa nada este buque?

—Nuestra profesión no nos permite ser supersticiosos; contestóme, pero el mar hace que lo seamos. No pretendo predisponer á Vd., ni mucho menos asustarle; sin embargo tome mi consejo, y véngase á mi cámara. ¡Seguro estoy de que tanto Vd. como otro cualquiera que duerma en el camarote No. 105 es sin remedio, hombre perdido, hombre al agua! exclamó con marcada ansiedad.

—¡Cáspita! y ¿por qué?

—¿Por qué? Porque en los tres últimos viajes todas las personas que han dormido en ese camarote se han arrojado en el mar, me contestó gravemente.

Confieso que la nueva era alarmante y sumamente desa-

gradable. Miré fijamente al doctor temiendo que trataba de burlarse de mí; pero comprendí que hablaba en serio, convencido de lo que acababa de decir. Díle las gracias por su generosa oferta, añadiendo que quería ser la excepción de la ley que pesaba sobre los pasajeros alojados en el No. 105. No añadió muchas palabras más, limitándose á advertirme que antes de concluir la travesía, tal vez volvería yo á acordarme de su proposición. Pasando, entre tanto, el tiempo, llegó la hora del almuerzo al cual sólo asistieron contados pasajeros. Observé que uno ó dos de los oficiales que almorzaron con nosotros estaban muy preocupados. Terminado el almuerzo, bajé á mi camarote en busca de un libro. Las cortinas de la litera superior continuaban aún corridas del todo, y no se oía el ruido más leve; sin duda mi compañero dormía profundamente.

Al salir me encontré con mi camarero, el cual después de decirme en voz muy baja que el capitán deseaba verme, se alejó apresuradamente como aquel que tiene vivo interés en que no se le haga pregunta alguna. Dirigíme á la cámara del capitán y le encontré esperándome.

—Señor, me dijo, voy á pedirle un favor.

—Tendré mucho gusto en servirle.

—Vuestro compañero de camarote ha desaparecido. Se sabe que se recogió anoche temprano. ¿Ha observado Vd. algo extraordinario en su conducta?

Esta pregunta á boca de jarro y en confirmación de los temores que media hora antes había expresado el doctor me dejó atónito.

—¿Espero que no quiere Vd. decir que ha caído ó se ha arrojado en el mar? le pregunté.

—Así lo temo, me contestó el capitán.

—Pues ¡por el cielo! que ésto es la cosa más extraordinaria . . .

—¿ Por qué ? me interrumpió el capitán.

—Porque entonces ese prójimo es el cuarto. En réplica á otra pregunta del capitán le dije, sin mencionar al doctor, que estaba enterado de la historia del camarote No. 105, lo cual, según dejó ver no le agradó mucho ; y pasé á contarle todo lo que había notado durante aquella noche.

—Lo que Vd. me cuenta, contestó, coincide casi por completo, con lo que me refirieron los compañeros de dos de los otros tres. Éstos, de un salto abandonaron la litera y se lanzaron á todo correr hacia el pasadizo. El oficial de guardia vió á dos en el acto de arrojarse al mar ; y por más que parámos y bajámos los botes no pudimos encontrarlos. Nadie, sin embargo, ha visto ú oído al de anoche—si es que en realidad es hombre perdido. El camarero, que parece ser muy supersticioso y esperaba alguna desgracia, fué esta mañana á ver si se le ofrecía algo, ó algo le había ocurrido, y se encontró con su litera vacía, aunque su ropa estaba en el mismo sitio en que la debió poner al acostarse. El camarero es la única persona á bordo que lo conoce de vista, y en vano le ha buscado por todas partes. ¡ Ha desaparecido ! Ahora suplico á Vd. no diga una sola palabra de ésto á ninguno de los pasajeros ; porque no me conviene que el buque se desacredite, y nada pesa tanto sobre la reputación de los que hacen la travesía del océano como estas historias de suicidios. Por lo demás, elija Vd. el camarote que más le agrade entre los de los oficiales, incluyendo el mío, para lo que resta de la navegación. ¿ Creo que nada mejor puedo ofrecerle ?

—Cierto y le doy un millón de gracias ; pero ya que estoy solo en ese camarote, prefiero quedarme en él. Mande al camarero que guarde en otra parte los efectos de ese desgraciado ; y en cuanto á su petición, le prometo que no diré una palabra sobre el particular, como también que no seguiré el ejemplo de mi excompañero.

El capitán trató de disuadirme de mi propósito; mas no lo logró, porque yo prefería ser dueño de un camarote á convertirme en camarada de uno de los oficiales del barco. No sé si obré con prudencia; pero si hubiera aceptado su oferta, nada más tendría que contar, reduciéndose todo á la curiosa y desagradable coincidencia de varios suicidios consecutivos entre los pasajeros alojados en un mismo camarote: el No. 105 del *Kamtschatka.*

Sin embargo, no fué tal el fin de los sucesos. No era yo hombre que se dejase impresionar con historietas por el estilo, y hasta arguí el asunto al capitán. Díjele que el camarote no estaba como debía; que se sentía en él mucha humedad, y que la noche anterior habían dejado abierta la ventanilla. En cuanto á mi compañero, probablemente estaba enfermo al embarcarse, y en un acceso de delirio, se había levantado de su litera y ocultado en cualquier sitio, donde más tarde se le encontraría. Finalmente, era preciso ventilar mi camarote y cuidar de cerrar bien la ventanilla, para lo cual, si el capitán, no lo tomaba á mal, vería yo de que se hiciese inmediatamente cuanto creyera necesario.

—Por supuesto, Vd. puede quedarse en donde está si lo encuentra de su agrado, me contestó con cierto aire impertinente; pero celebraría que desocupase ese sitio para condenarlo y no tener que pensar más en él.

No participaba de las ideas del capitán y, por consiguiente, insistí en mi decisión; despidiéndome de él, después de prometerle una vez más que guardaría absoluta reserva respecto de la desaparición de mi compañero. Éste no tenía conocidos abordo y nadie lo echó de menos en el trascurso del día. Por la tarde volví á encontrarme con el médico, quien me preguntó si había cambiado de resolución, y al oir mi negativa se limitó á decirme con mucha gravedad.

—Bien, no pasará mucho tiempo sin que así suceda.

Por la noche jugámos al tresillo y ya tarde, me fuí á dormir. No puedo menos de confesar que sentí una desagradable impresión al entrar en mi camarote. Imposible me era dejar de pensar en aquel hombre alto y delgado, que había visto la noche anterior y cuyo cadáver, ahora á merced de las olas, rodaba yerto sobre las aguas del inmenso océano, doscientas ó trescientas millas á popa de la embarcación. Mientras me desnudaba ví distintamente su rostro aparecer ante mí, y llegué hasta descorrer las cortinas de su litera, como si tratara de convencerme de que en realidad, no se encontraba ya en ella. Entonces corrí el pestillo de la puerta del camarote, y al volverme descubrí que la ventanilla estaba abierta y asegurada para que no se cerrase. Esto era más de lo que buenamente se puede sufrir. Envolvíme rápidamente en mi bata y salí en busca de Roberto, el camarero que me atendía. Yo estaba furioso: recuerdo que al encontrarle, lo cogí rudamente por el cuello, y llevándolo á la puerta del No. 105, le hice entrar á empujones hasta ponerlo en frente de la abierta ventanilla.

—¿Por qué demonio dejas abierta esa ventanilla todas las noches, tunante? ¿No sabes que está prohibido por las mismas ordenanzas de á bordo? ¿No comprendes que si el barco se tumba de este costado y el agua comienza á entrar por ahí, diez hombres no podrían cerrarla? ¡Voy á decirle al capitán, bribón, en qué peligro pones al buque!

Yo estaba excesivamente colérico; el pobre diablo temblaba como un azogado, y, más pálido que la cera, se puso á cerrar el ventanillo de cristal asegurándolo con las fuertes tuercas de bronce.

—¿Por qué no me contestas? le pregunté ásperamente.

—Señor, tartamudeó Roberto, no hay á bordo hombre

que consiga tener cerrada esta porta por la noche. Haga Vd. mismo la prueba. Lo que soy yo no hago otro viaje en este barco, ¡ no señor ! y si fuera Vd. me largaría, ahora mismo al camarote del médico, ó á otro cualquiera ¡ ya lo creo que así lo haría ! Mire aquí, señor, y dígame ¿ si ésto no es lo que se llama estar bien atornillado ? ¿ Mírelo y vea si puede mover las tuercas ?

Así lo hice y ví que en efecto estaba perfectamente cerrado y asegurado.

—Bien, señor, ahora apuesto, continuó Roberto con aire de triunfo, mi reputación de camarero No. 1, á que antes de un cuarto de hora, estará abierta y asegurada atrás ¡ ésto es lo grande, señor ! ¡ Asegurada atrás !

Examiné de nuevo el gran tornillo y la tuerca de ojo que se atornillaba en él.

—Si se abre esta noche, Roberto, cuente Vd. con un doblón de á cuatro. ¡ Es imposible ! Puede retirarse.

—¿ Un doblón, dice Vd. ? Muy bien, señor, y muchas gracias. Buenas noches. Que descanse y tenga buenos sueños.

Roberto salió apresuradamente, muy contento de verse despedido ; y yo me quedé pensando, como era natural, que todos sus estúpidos cuentos iban encaminados á justificar su negligencia y asustarme. Así pues, no dí el menor crédito á sus palabras, de lo cual resultó, cuatro pesos para él y una noche muy, pero muy desagradable para mí.

Metíme en mi litera, y cinco minutos después de haberme liado en mis mantas, Roberto apagaba la luz que alumbraba el camarote, dejándome casi á oscuras y tratando de dormirme, cosa esta última que me fué imposible lograr. Mi molestia con el camarero había borrado por completo aquella poco apetecible sensación que en un principio me produjo el recuerdo de mi ahogado camarada ; pero por otra parte

había ahuyentado mi sueño ; así es que permanecí despierto por cierto tiempo, mirando de cuando en cuando hacia el ventanillo que podía ver desde el sitio en que me hallaba, y el cual en la oscuridad parecía como un círculo tenuemente iluminado sobre un fondo completamente negro. Creo que pasó una hora antes de que comenzara á dormitar, y apenas hube cerrado los ojos, despertóme bruscamente una corriente de aire frío y la sensación evidente de una rociadura de agua del mar que me mojó la cara.

De un salto me puse de pie ; pero no habiendo cuidado de precaverme contra los balances del buque, perdí el equilibrio y caí pesadamente sobre el canapé colocado bajo la porta. Recobrándome en seguida, me arrodillé sobre él y agarrándome á la pared me acerqué al ventanillo. ¡ Este estaba abierto y asegurado atrás para que no se cerrase !

Tenedlo en cuenta, aquí se trata de hechos reales y positivos. Estaba bien despierto cuando salté de mi litera, y no cabe duda que mi caída habría acabado de despertarme, dado caso que yo no lo hubiera estado por completo. Además ; me magullé y no poco, los codos y rodillas, y las magulladuras, me hubieran probado á la mañana siguiente la verdad de lo ocurrido, dado el caso de que yo hubiese dudado de ello. El ventanillo estaba abierto y asegurado atrás ; cosa tan sorprendente, que recuerdo muy bien que al descubrirlo, se apoderó de mi ánimo más bien un sentimiento de asombro que de temor. Inmediatamente volví á cerrarlo, atornillando su tuerca con todas mis fuerzas. En el camarote reinaba profunda oscuridad, y reflexionando que el dichoso ventanillo se había abierto á la hora, poco más ó menos, de haberlo cerrado Roberto ; determiné quedarme allí observándolo para ver si se abría de nuevo. La tuerca y tornillo de bronce eran demasiado pesados y no fáciles de destornillar,

para que el movimiento del buque hubiera podido aflojarlos. Pegué la cara al grueso cristal y contemplé las olas que unas veces grises y otras emblanquecidas por las espumas, se deslizaban rápidas y silenciosas como informes sombras, por el costado del buque. Debí permanecer un cuarto de hora en aquella posición. De pronto oí claramente que alguien se movía detrás de mí en una de las literas : en seguida me volví instintivamente para mirar hacia ellas, por más que nada me era posible ver en aquella oscuridad, y entonces oí un débil quejido. De un salto me puse junto á dichas literas y corriendo á un lado de un tirón las cortinas de la superior introduje en ella las manos para descubrir si alguien se encontraba allí. Y en efecto allí había algo.

Recuerdo que al meter las manos dentro de aquella litera, sentí en ellas una impresión igual á la que hubiera experimentado si las hubiese hundido en el aire frío y húmedo de un sótano ; mientras que desde el lado interior de las cortinas vino á mi rostro una bocanada de viento, que hedía horriblemente á agua del mar, estancada y corrompida. Acto continuo tenté y cogí con fuerza algo que tenía la forma de un brazo humano, pero resbaladizo, y fofo y frío como el hielo. Tiré vigorosamente de aquéllo, y entonces, la espantosa criatura dueña de aquel miembro, saltó sobre mí. Parecióme su cuerpo una masa blanda y pegajosa, como la del cuerpo de monstruoso molusco : era pesado y aguanoso, y á mi ver, estaba dotado de una fuerza sobrenatural. Perdí el equilibrio, y dando traspiés, fuí á parar al lado opuesto del camarote ; al mismo tiempo que abriéndose la puerta, aquéllo se lanzaba fuera de él. Yo no había tenido tiempo de aterrorizarme ; recobrándome rápidamente, de un salto me puse al otro lado de la puerta y corrí en su persecución con cuanta velocidad plugo al cielo concederme ; pero, era de-

masiado tarde. Como á diez varas delante de mí pude ver, y no me cabe la menor duda de que la ví, una sombra oscura que avanzaba por el apenas iluminado pasadizo, veloz como la sombra que la luz de un carruaje hace que en las tinieblas de la noche proyecte ante sí el caballo que á todo escape lo arrastra. Pero en un instante desapareció de mi vista y entonces, volviendo en mi acuerdo, me encontré cogido al bruñido pasamano que corre á lo largo del mamparo, en el sitio donde el pasadizo tuerce hacia la escalera de la cámara. Tenía el cabello erizado y un sudor frío me corría por la frente : no me avergüenza decirlo, en aquel momento era presa de un verdadero espanto.

Sin embargo ; aquello no podía ser, era absurdo, completamente absurdo : y como no había de dar más crédito á mis sentidos que á mi razón, hice, para honra de la segunda, lo que hasta hoy vienen haciendo las hombres de la ciencia : negué rotundamente la veracidad de los primeros. Sí, no cabía duda, pensé después de haberme recobrado, los calamares de la comida se habían rebelado contra la digestión, produciéndome una horrible pesadilla. Volvíme hacia mi camarote y entré en él, á pesar de mis razonamientos, por un verdadero esfuerzo de voluntad. En seguida percibí aquel insoportable hedor de agua marina estancada, aquella peste de sentina, que ya al despertarme me habían molestado en la noche anterior. Tuve que hacer un esfuerzo supremo para decidirme á buscar á tientas en mis ropas una caja de fósforos, á fin de encender una pequeña linterna, que siempre llevo en mis viajes para leer después que se apagan las luces : habiéndola hallado, encendí uno y con temblorosa mano lo apliqué al pabilo de dicha linterna, descubriendo á la primera llamarada, que el ventanillo estaba otra vez abierto. Entonces comenzó á apoderarse de mí una sensación de invencible terror, tál como jamás la había sentido,

ni deseo volver á experimentar. Pero ya tenía luz: animado por la claridad y tal vez excitado por mí mismo espanto, salté sobre el canapé y, con nerviosa precipitación, cerré el ventanillo, y atornillé su tuerca. Dueño otra vez de mis acciones, bajé del canapé y, cogiendo mi linterna, procedí al examen de la litera superior, que esperaba encontrar empapada con agua del mar.

Pero me engañaba. Alguién se había acostado en ella, despedía un olor muy fuerte á marisco; pero, no obstante, estaba completamente seca. Supuse que Roberto no se atrevió á tenderla después del suceso de la noche anterior . . . . no era posible otra cosa, y yo . . . . yo había sido juguete de una horrible pesadilla. Corrí las cortinas todo cuanto pude, volví la vista hacia el suelo del camarote, lo miré cuidadosamente sin que pudiera observar el más leve rastro de humedad, y yá iba á desistir de mi examen cuando una nueva bocanada de aire frío dió de lleno en mi rostro. Instintiva y rápidamente levanté la cabeza, y ví que el ventanillo estaba otra vez abierto y asegurado atrás. Los nervios se me crisparon, una desagradable sensación de frío recorrió mi cuerpo de pies á cabeza, dejándome yerto y con los pelos erizados; y permanecí inmóvil, con los ojos clavados en aquella endiablada porta, por unos cuantos segundos. Venciendo la rigidez de mis paralizados miembros, impulsado por el pavor que aquel abierto ventanillo me causaba, me abalancé hacia él, y con la ansiedad del que trata de salvarse de un riesgo inminente, me apresuré á cerrarlo, atornillándolo primero con todas mis fuerzas; y luégo, valiéndome de mi grueso bastón á modo de palanca, apreté la tuerca hasta que su grueso anillo comenzó á torcerse. Después enganché mi linterna en el forro de terciopelo rojo á la cabecera del canapé, en el que me senté á fin de tranquilizarme, si es que ésto, era posible. Allí y en aquella posición me pasé el resto

de la noche, sin pensar en acostarme, y casi sin poder pensar en nada.

Por fin alboreó y saliendo con los primeros rayos de luz de mi inacción, me vestí lentamente reflexionando sobre cuanto me había sucedido durante aquella larga noche. El día se presentaba hermosísimo, y al subir á la cubierta, sentí un verdadero placer al verme envuelto entre las suaves ondas del naciente sol, y respirar la pura brisa del océano, tan distinta del aire infecto de mi camarote. Instintivamente dirigí mis pasos á popa, hacia la cámara del médico, á quien hallé con la pipa en la boca, tomando el aire de la mañana como en el día precedente.

—Buenos días, me dijo tranquilamente, pero mirándome con una expresión de inequívoca curiosidad.

—Doctor, Vd. tenía razón. Algo de extraordinario hay en ese camarote.

—Estaba seguro de que Vd. cambiaría de opinión, me replicó con aire de triunfo. Hemos tenido una mala noche, ¿no es así? ¿Necesitaís algún cordial? Tengo una fórmula soberana.

—No, muchas gracias; pero quiero contarle lo que me ha pasado.

Entonces traté de explicarle con la mayor claridad todo cuanto había ocurrido, sin dejar de confesarle que había pasado un miedo como jamás lo había tenido en mi vida entera. Detallé con minuciosidad el fenómeno del ventanillo; hecho, cuya realidad podía atestiguar, aún suponiendo que lo demás hubiese sido mera ilusión. Yo lo había cerrado tres veces durante la noche, y la última, había torcido el anillo de bronce al forzarlo con mi bastón: como, al parecer, insistiera mucho sobre este punto, el doctor me interrumpió y dijo, sonriéndose:

—¿Cree Vd. acaso que ponga en duda lo que me cuenta?

No, señor, lo creo á pie juntillas, y renuevo á Vd. mi invitación. Tráigase sus chismes aquí, y cójase la mitad de mi cámara.

—Tome Vd. la mitad del mío por una noche, le repliqué, y ayúdeme á dar con el fondo de estos sucesos.

—Adonde Vd. va á dar, es en el fondo de otra cosa, me contestó prontamente.

—¿ Adónde ?

—¡ De cabeza en el del mar ! Voy á dejar este buque. La cosa no es para menos.

—¿ De modo que se niega Vd. á ayudarme á . . .

—Rotundamente, me interrumpió el doctor. Mis deberes me exigen sea siempre dueño de mis facultades, no que me aventure en caza de aparecidos y cosas sobrenaturales.

—¿ Cree Vd. en realidad que es un aparecido ?, le pregunté sarcásticamente ; recordando empero al interrogarle así, los terrores hacia lo sobrenatural, que se habían apoderado de mi ánimo en la pasada noche. El doctor me replicó con aspereza.

—¿ Tiene Vd. alguna explicación razonable que exponer ? Nó : Vd. no tiene ninguna ; y si me dice que la hallará, yo le contestaré que no la podrá hallar por la sencilla razón de que no la hay.

—¿ Pero es posible, señor, le repliqué yo, que Vd., un hombre de ciencia, se atreva á afirmar que tales cosas no tienen explicación ?

—Lo afirmo, me contestó, y si acaso la tuvieran, no seré yo quien tome parte en investigarla.

Ningunos deseos tenía de pasar solo otra noche en el camarote ; y, sin embargo, estaba obstinadamente determinado á apurar la verdad de todo aquello. No creo hayan muchos hombres que se hubieran decidido á dormir allí, solos, después de lo ocurrido en las dos noches anteriores ;

pero no obstante, estaba resuelto á hacerlo así, si no podía encontrar otra persona que quisiese acompañarme. El doctor había rehusado terminantemente su compañía para tal investigación, porque era el médico de á bordo y su deber le mandaba estar siempre dispuesto para atender concienzudamente á cualquier accidente que ocurriera : en una palabra, necesitaba, según su expresión, ser dueño de sus nervios : tal vez, su decisión era sobrada justa ; pero se me antoja que obedecía más á pecado de inclinación que á virtud de su deber. En fin, habiéndome asegurado que era inútil buscara en todo el buque un compañero para tan peligroso empeño, me despedí de él, no sin que tratase otra vez de disuadirme de mi temerario proyecto. Algo más tarde me encontré con el capitán, á quien conté mi historia ; añadiéndole que, si no hallaba alguien que quisiese acompañarme, le suplicaba me permitiese tener la luz encendida toda la noche, pues estaba resuelto á hacer solo una nueva prueba.

—Óigame Vd., me dijo, yo mismo voy á acompañarle, y veremos qué diablos ocurre ahí. Creo que entre ambos podremos descubrir lo que para mí, no sería extraño resultase ser simples tretas de alguno, que escondido en el buque me roba su pasaje asustando á los pasajeros. También es posible que haya alguna trampa ó cosa por el estilo, en el enmaderamiento de aquel camarote.

Manifesté al capitán la conveniencia de que el carpintero examinase dicho lugar, pudiendo apenas ocultarle el verdadero placer que me causó su oferta de pasar la noche conmigo. De acuerdo con mi observación envió por el carpintero, y le mandó que hiciese todo lo que yo le ordenase. Inmediatamente bajé con éste á mi camarote, en donde después de haberle hecho desmontar la litera superior, examinámos escrupulosamente todas las paredes para ver si había alguna tabla fácil de mover ó cristal que se

pudiera quitar de su sitio ó correr á un lado. Registrámos, tabla por tabla, el mamparo entero; reconocimos el piso; desarmámos la litera baja: en una palabra no quedó una sola pulgada cuadrada en el camarote que no sometiéramos al más severo escrutinio; y, viendo que todo estaba en perfecto orden, que nada daba pie á la menor sospecha, volvimos á poner cada cosa en su sitio. Cuando ya nuestro trabajo tocaba á su fin, Roberto llegóse á la puerta, miró al interior y me preguntó, haciendo una lúgubre mueca.

—¿Y bien, señor, ha descubierto Vd. algo?

—Tenías razón, Roberto, en lo que me dijiste del ventanillo; le contesté, dándole la prometida moneda.

Mientras tanto el carpintero continuaba su trabajo, con el mayor esmero y siguiendo, sin despegar los labios, mis más leves indicaciones; pero cuando terminada su obra, recogía las herramientas para retirarse, rompió su silencio deciéndome:

—Yo, señor, sólo entiendo de estos hierros; pero á fe de hombre honrado, creo que más valdría sacase de aquí sus líos, y me dejase echar media docena de tornillos de á cuatro pulgadas á la puerta de este camarote. Nada bueno se puede esperar de aquí. Ya ha perdido á cuatro: por lo menos, que yo sepa, y en cuatro viajes seguidos. ¡Sálgase de él, señor, sálgase de él!

—No, voy á ocuparlo por una noche más, le contesté.

—¡Sálgase de aquí, señor, déjelo hoy mismo! ¡No se ande con cosas del otro mundo! me repitió el trabajador cogiendo el saco en que había guardado sus herramientas y saliendo del camarote.

Ninguna impresión me hicieron las advertencias del buen hombre, por cuanto que contando con la ofrecida compañía del capitán, había crecido en ánimos y estaba resuelto á llevar hasta el fin aquella extraña aventura. Me abstuve

de calamares y demás platos pesados, como también de la copa de la tarde, y ni aún quise entrar en la acostumbrada partida de tresillo. Quería estar muy seguro de mis nervios, que mi vanidad me tenía ansioso de hacer una buena figura á los ojos del capitán.

Era éste uno de esos rudos y joviales marinos, cuyas combinadas cualidades de valor, atrevimiento y sangre fría en los momentos de peligro, los hacen ascender á los altos cargos que exigen mayor confianza y responsabilidad. No era hombre que se dejase impresionar por vulgares consejas ; y el simple hecho de que se decidiera á acompañarme en mi investigación, probaba la existencia de algo anormal y serio, inexplicable por una teoría común, y que no debía despreciarse como necia superstición. En cierto modo, también su propio nombre estaba tan comprometido como el del buque que mandaba ; pues no es cuestión de poca monta, esa de que los pasajeros se vayan al agua, lo cual él sabía muy bien.

Hacia las diez de la noche, fumaba yo sobre cubierta mi último cigarro, cuando se me acercó, y llevándome á un lado, lejos de los demás pasajeros que se paseaban envueltos en las calurosas tinieblas de la noche, me dijo.

—El asunto es serio, Señor Brisbane, y debemos estar dispuestos á vernos burlados ó á correr un tiempo muy duro. Se lo digo con franqueza : maldita la risa que me causa este lance, y de antemano, pido á Vd. firme conmigo lá relación escrita de lo que en él nos ocurra. Si esta noche no pasa cosa de importancia, haremos otras pruebas en las noches de mañana y pasado mañana. ¿Está Vd. pronto ?

—Adelante, le contesté, y emprendiendo la marcha, bajámos á la cámara y entrámos en mi camarote. Al llegar al pasadizo distinguí á Roberto, quien nos observaba con

su mueca usual, y como seguro de que algo terrible iba á acontecer. El capitán cerró la puerta y pasó su pestillo.

—Veamos, dijo: creo conveniente poner su portamanteo delante de la puerta y que uno de nosotros se siente en él; así nadie podrá salir. ¿Está atornillado el ventanillo?

Lo examiné y ví que estaba tal como lo había dejado por la mañana. Imposible era que sin el auxilio de una palanca, hombre alguno lo pudiera abrir. En seguida corrí las cortinas de la litera superior, la miré cuidadosamente y por consejo del capitán, encendiendo mi linterna, la coloqué de modo que la luz cayera de lleno sobre sus blancas sábanas.

El capitán insistió en sentarse en mi portamanteo, porque quería, según me dijo, poder declarar bajo juramento que no se había apartado de la puerta; y, tomando posición del referido puesto, me suplicó registrase el camarote con toda escrupulosidad: operación en un instante concluida puesto que se reducía simple y sencillamente á mirar debajo de la litera inferior y canapé del lado de la porta. Aquellos huecos estaban absolutamente vacíos.

—Imposible es que hombre alguno pueda entrar aquí ó que abra el ventanillo, dije al capitán.

—Perfectamente, contestó este con incomparable calma y mientras yo me sentaba en el borde de mi litera: así lo que veamos tendrá que ser ó pura ilusión ó algo sobrenatural.

—El principio de ésto data del mes de Marzo: continuó el capitán cruzando las piernas y apoyando su ancha espalda en la puerta. El pasajero, que dormía aquí, en esa litera alta, resultó ser un lunático: . . . en todo caso, había dado pruebas de tener descompuesta la cabeza, y se embarcó sin conocimiento de sus amigos. Á la media noche salió precipitadamente á la cubierta y de un salto se tiró al agua,

antes que el oficial del cuarto tuviera tiempo de impedírselo. Detuvimos el buque y bajámos un bote: la noche estaba muy tranquila; pero por más que el tiempo nos ayudaba no pudimos encontrarle. Como es natural su suicidio se atribuyó después á un acto de su estado de enagenación mental.

—¿Y estos suicidios ocurren amenudo? le pregunté distraídamente.

—No con frecuencia: y aunque sí sabía que semejantes accidentes habían ocurrido en otros buques, jamás, hasta aquella fecha, me había pasado á mí cosa tal. Pues bien y como le iba diciendo, aquel suceso acaeció en el mes de Marzo. En la siguiente travesía. . . . ¿Qué mira Vd.? me preguntó, cortando repentinamente su narración.

Creo que no le contesté: tenía los ojos clavados en el ventanillo; pues me parecía que la tuerca de bronce comenzaba á girar lentamente, tan lentamente, que no estaba seguro de que realmente se movía. Yo la observaba con toda mi atención, grabando la posición de su anillo en mi mente, para descubrir si en efecto la cambiaba. Viendo á donde miraba, el capitán fijó los ojos en el mismo sitio.

—¡Se está moviendo! exclamó con tono de convicción. Nó, me engañaba, añadió después de un minuto.

—Si la trepidación de la hélice pudiera destornillarla, dije yo, contestando á mis propias reflexiones, hoy se hubiera aflojado durante el día; y no la hubiese encontrado esta noche tan apretada como la dejé por la mañana, al salir de aquí.

Me levanté y tanteé la tuerca. No cabía duda: había sido aflojada, puesto que la pude mover por el simple esfuerzo de mis manos.

—Lo más raro del caso, dijo el capitán, es que el segundo hombre que perdimos, según todas probabilidades, debió

echarse al agua por esa misma porta. ¡ Buen cuarto de hora tuvimos en aquella ocasión ! Era ya la media noche y había mucha marejada, cuando se dió aviso al oficial de guardia de que una de las portas se había abierto y el mar estaba inundando la cámara. Enterado del suceso, bajé inmediatamente á ella y la encontré casi llena de agua, que, á cada tumbo del barco aumentaba con los nuevos golpes que embarcábamos y no por el ventanillo ó tronera del centro, sino por la portañola entera que se mecía libremente sobre sus goznes superiores : al fin y con grandes trabajos lográmos cerrarla, pero el agua nos hizo alguna avería. Desde entonces es que se viene notando aquí, de cuando en cuando, ese desagradable olor á marisco, de que Vd. se me quejó. En cuanto al pasajero, supusimos que se había arrojado al mar ; por más que sólo Dios sabe cómo y por qué lo hizo. También desde aquella noche viene el camarero diciéndome que le es imposible tener cerrado ese ventanillo y . . . ¡ Por Jesucristo ! que ahora percibo ese olor—¿ No lo nota Vd. ? exclamó, mientras aspiraba con fuerza, volviendo la cara á distintos lados.

—Sí ; sin duda alguna, le contesté, estremeciéndome al percibir que el repugnante hedor de agua marina estancada se iba haciendo más y más penetrante en el camarote. Para que este sitio huela así, es preciso que esté muy húmedo ; y, sin embargo, cuando el carpintero y yo lo examinámos esta mañana hallámos que todo estaba perfectamente seco. ¡ No he visto cosa más extraordinaria ! . . . ¡ ah !

Mi linterna, que había colocado en la litera superior, acababa de extinguirse repentinamente ; pero aún nos quedaba bastante luz, puesto que la del camarote seguía ardiendo tras sus empañados cristales. El buque en ésto dió un enorme balance, y las cortinas de la litera superior oscilaron violentamente. Como impulsado por un resorte me puse

de pie y me volví hacia la linterna para volverla á encender; pero á las voces del capitán, quien también había saltado de su asiento dejando escapar una exclamación de sorpresa, desistí de mi idea y corrí hacia él. Encontréle sujetando con todas sus fuerzas el picaporte de la puerta, que parecía girar entre sus manos, á despecho de su violento esfuerzo: cogí entonces mi grueso bastón de encina, y pasando uno de sus extremos por el anillo del picaporte, tiré del otro con todo mi poder; pero la resistente madera se rompió y yo fuí á caer de espaldas sobre el canapé. Cuando me levanté, la puerta estaba abierta de par en par; y el capitán, pálido como un cadáver, de pie y con la espalda vuelta hacia ella.

—¡Algo hay en esa litera! exclamó con alterada voz y semblante descompuesto. ¡Venga aquí á cerrarle el paso; mientras yo le echo la mano, que ¡por Jesucristo! sea lo que sea no se nos escapará!

En vez de ir á la puerta, salté sobre el larguero de la litera baja y agarré un cuerpo que estaba tendido en la superior.

Un cuerpo, sí, pero un cuerpo de un ser espantoso y horrendo, que se rebullía entre mis manos. Parecía el cadáver de un hombre ahogado hacía largo tiempo y, no obstante, se movía y tenía la fuerza de diez vigorosos mortales: al agarrarle, apreté tanto, que mis dedos se hundieron en la carne fría, reblandecida, y lamosa de aquel terrífico ser; del cual se desprendía un hedor insoportable de agua corrompida del mar, y en cuyo hinchado rostro, medio cubierto por las lustrosas y húmedas guedejas de una desordenada melena, brillaban fosforecentes dos ojos vidriados, que se clavaron tenazmente en mí. Inclinándome sobre aquella masa asquerosa y animado por mi propio espanto, forcejeé cuanto pude para sujetarla en aquel camastro: pero ¡en vano! porque de una vigorosa sacudida, se despren-

dió de mis puños, y arremetiendo impetuosamente contra mí, me hizo retroceder agarrándome por los brazos que estuvo á punto de romperme: luégo me echó los suyos al cuello aquel cadáver medio corrompido y animado, y vencido por sus monstruosas fuerzas, cedí á su empuje, lancé un grito, y caí de espaldas en el suelo.

Al caer, aquéllo saltó por encima de mí, y parecióme que se arrojó sobre el capitán. Éste, de pie, con los labios contraídos y la cara extremadamente pálida, resistió su acometida descargándole un violento golpe; pero en seguida, también él cayó de bruces, dejando escapar un inarticulado grito de horror.

Aquéllo estuvo un instante inmóvil y como suspendido sobre el postrado cuerpo de mi compañero; y al verlo cerniéndose allí, en toda su monstruosa fealdad, si no prorrumpí en nuevos gritos de espanto, fué por falta de voz, que el miedo había paralizado mi garganta. Al fin, el horroroso ser desapareció de repente, echándose al mar, si es que puedo dar crédito á mis entonces tan conturbados sentidos, por la abierta tronera del camarote; aunque ésto sea imposible de explicar á causa de la estrechez de aquella abertura. Quedé largo tiempo por tierra, completamente aturdido, incapaz de hacer el menor movimiento y junto al cuerpo inanimado del capitán; pero al fin, recobrando en parte mis sentidos, hice algunos esfuerzos para levantarme, y á las primeras tentativas, reconocí que tenía roto un brazo: en efecto tenía partido el radio del antebrazo izquierdo, cerca de la muñeca.

Como Dios me dió á entender logré ponerme de pie; y entonces, con la otra mano intenté levantar al capitán, quien, después de lanzar unos cuantos quejidos y hacer algunos movimientos, volviendo en su acuerdo, se alzó del suelo sin lesión alguna; pero enteramente atolondrado.

¿Y bien, deseáis saber algo más? Pues nada más tengo que deciros, porque este es el final de mi historia. El carpintero llevó á cabo su idea de echar media docena do tornillos de á cuatro pulgadas á la puerta del No. 105; y si uno de vosotros se embarca alguna vez en el *Kamptschatka*, bien puede pedir, que lo hará en vano, una litera en ese camarote. Se le contestará que está tomado: sí, tomado por aquel espantoso ahogado.

Terminé la travesía en la cámara del médico, quien me compuso el brazo y me aconsejó no me jugara en adelante con "cosas del otro mundo." El capitán no despegó los labios en el resto del viaje y dejó de navegar en ese buque, que aún sigue cruzando el océano. Tampoco yo volveré á embarcarme en él, que buenos, y más que buenos, fueron el mal rato y miedo que pasé en su camarote. He concluido, y ya sabéis cómo he visto un "alma en pena" un espectro ó un aparecido, como quieran Vds. llamarlo, dado caso de que fuese tal cosa. Aquéllo, de todos modos, era un muerto, sí ¡el cadáver de un ahogado!

¡COMO LO DIJO!

Por G. Herries Pollock

Uno de los mayores placeres sociales de mi vida, si no el mayor de todos, lo he encontrado en las horas que he tenido el privilegio de pasar al lado de mi querido y viejo maestro, el violinista Von Carus. El público le conoce como maestro en su arte, hasta cierto grado, y siempre le ha favorecido ; pero ni su éxito, ni su reputación han correspondido jamás á los merecimientos de sus altas cualidades. Solamente de tarde en tarde, nos encontraremos con un verdadero amante de la música, que, al oír el nombre de este ó aquel mago del arco, se dirá para sí mismo, si no tiene á su lado un ser que participe de sus sentimientos : "Sí, toca admirablemente ; pero sería mejor para Von Carus, si el público le conociera." "Decid mejor," he oído á un aficionado, "si él se dejara conocer del público."

No me tienta la idea de afirmar que el público erraba en esta materia, como tampoco la de asegurar que Von Carus era el que se equivocaba : todos aquellos que con verdadero oído siguen las notas, deben haber observado, para su mayor perplejidad, tales casos de mutuo desacuerdo entre el artista y el auditorio. Algunas veces proviene ésto de lo que un crítico francés ha llamado "*émotions qui ne dépassent point la rampe,*" lo que me temo ocurre frecuentemente, con desdoro, por lo menos, del artista. Sin embargo ; no sucedía así con Von Carus ; pues el público participaba

de su emoción, admirándose de que no se la hiciese sentir con mayor vehemencia; mientras que él, por su parte, percibía claramente la falta de algo que lo ligase íntimamente con aquel, y . . . . pero inútil es que trate de describir, lo que no cabe dentro de los límites de mi palabra: así creo mejor me limite á narrar simplemente el hecho de acuerdo con lo que he visto y oído. El público filarmónico, real y verdaderamente filarmónico; el público que ocupaba las lunetas cuando la ópera italiana, era una institución en Inglaterra, y ocupa hoy, la orquesta en el salón de San Jaime, se decía,—Esta ejecución es admirable pero ¿por qué no nos conmueve?—mientras que el público de las galerías, los jóvenes estudiantes, quienes si bien habían cogido el canto, no entendían ni un ápice de su parte intelectual, murmuraban,—Magníficamente tocado; pero no puede ejecutar la música de fulano ó de mengano—coronando su opinión por un abrir de boca que comenzaba suspiro y remataba en bostezo, y dejándose caer graciosamente sobre el respaldo de sus asientos. Los músicos se maravillaban simplemente; y yo, cuyo único título á colocarme entre ellos, lo debo á la enseñanza del mismo Von Carus, me maravillaba con ellos; aunque algo menos, desde que oí una de las muchas historias que me ha contado como el amigo al amigo y no de profesor á discípulo.

Él tenía muy pocos, y permítaseme observar que no puedo apartarme de su fascinadora "personalidad," como las escuelas modernas dicen; y entre estos pocos, no hallaba uno que lo tuviera satisfecho. Creo que sólo me estimaba por haber yo mismo sondeado la profundidad de mi ignorancia en el arte, y acercádome á él expresándole mi convencimiento de que si algo me era dado aprender, aprendería con él más del espíritu misterioso de la música, que años y años de su estudio convencional habían podido enseñarme.

—Algo es, me contestó en los primeros días de nuestro conocimiento, saber que no se sabe nada de esa cosa maravillosa, que se llama música. Más de la mitad de mi vida la he empleado en averiguar esa verdad, que Vd. conoce por instinto y el cual me asombra haya sobrevivido á la influencia de las escuelas. Por consiguiente, estoy dispuesto á darle los consejos que pueda, para ayudarle descubrir los secretos de la armonía y melodía. No me diga Vd. (lo cual no había hecho) que las dos se pueden separar por el genio de la Música.

Entonces, después de fumar silenciosamente, me dió una lección profunda en sabiduría, brillante por los ejemplos y animada de vigorosa vida y exaltada pasión. Al concluir se puso á fumar de nuevo, y me dijo con cierta melancolía.

—Pero ésto no se debe decir al aficionado que pretende encontrar un camino recto y cuesta abajo ; ése existe como la carretera que conduce á las minas del rey Salomón. ¡ Bueno ! ¡ Bueno ! ¡ Y ésto no lo puedo decir al gran público, que, diga Vd. lo que quiera, es el mejor de los jueces !

Jamás interrumpí el silencio, que guardaba después de tales expresiones, y creo que esta conducta fué una de las razones más poderosas porque nuestra amistad nunca se entibió.

Sin embargo ; no es de Von Carus—al cual he amado con todo el cariño que un bueno y complaciente maestro puede inspirar á sus discípulos—de quien me voy á ocupar : sólo voy á contar una de las muchas historias que me refirió, y que á mi juicio, arroja bastante luz sobre su carácter y manera de ser. Me la contó una tarde en que nuestra conversación giró sobre los Hugonotes, y Von Carus, uno de los escasos músicos alemanes que admiraban á ese Dumas de la ópera, había ilustrado algunas partituras de soprano

con su violín, que si era excelente en público, en privado era inspirado.

De pronto me invitó á que le recordara lo mejor que pudiese, en el piano, los días aquellos en que la grandiosa obra atraía un entusiasmado y numeroso gentío, á oir su admirable enterpretación en el viejo coliseo de Su Majestad: los días aquellos cuando ni el teatro lírico ni el dramático, habían sucumbido, arruinados por los grandes salarios de las *estrellas* ni la vulgar conversación sobre los *estatutos sociales.* Púseme á tocar y continué, interrumpido á veces por una reprobación ó advertencia del maestro, hasta que llegámos al acto final, acto que nunca han visto los actuales concurrentes de la ópera, en los teatros ingleses. Al comenzarlo, Von Carus me interrumpió para decirme:

—De modo que por mí entráis de lleno en ese trozo sublime de música dramática. ¡Bueno! ¡Y hace poco tiempo se extrañaba Vd. de la muerte de la gran ópera en el escenario inglés! ¡Ah, querido amigo! Cuando se comenzó á terminar esa ópera con la escena de Valentina y Raúl, ví claramente que la ópera, la verdadera ópera, estaba condenada, perdida sin remedio. ¡Qué una verdadera música judaica se haya truncado así, para complacencia de esos supuestos judíos que llenan las lunetas, y sólo piensan en llegar á tiempo á sus sucios trenes! ¡Sacrílegos!

Y pasada esta explosión de su cólera, cayó de nuevo en su sombrío silencio, hasta que llegué á aquella conmovedora oración de Marcelo, en la que él y sus compañeros, en medio de los gritos y maldiciones estruendosos de la humana persecución, ven extáticos las infinitas bellezas de la gloria, que un cielo pío les muestra en toda su grandiosidad, abriéndose de par en par ante sus ojos. Produje las primeras notas y me detuve embargado por el recuerdo del efecto extraordinario que esta escena me produjo la última vez que la ví: en

los ya pasados días cuando la música era el objeto real de la ópera en Londres.

—No puedo prescindir de detenerme, maestro, para preguntarle, si ¿no me equivoco al creer que Sponzini, el último intérprete de Marcelo que he oído en esta escena, era un artista tan grande como uno quisiera ver y oír?

—Tenéis razón, me contestó Von Carus; era, después de Lablache, la más grande expresión de esa maravillosa súplica que Vd. puede imaginarse. El público inglés, ya entonces embrutecido por la ópera del sistema de *estrellas* ó notabilidades, no lo apreció porque no esforzaba la voz; mientras que el *virtuosi*, con cierta pedantería no quiso jamás hacer lo más mínimo por complacer á sus oyentes pues como Ronconi, no estaba siempre seguro de su entonación; no obstante, cantaba admirablemente y era un gran actor. Mamá Fossi, añadió nombrando á la más notable profesora y juez que el canto ha tenido en estos años, le dirá lo mismo que acabo de decirle, si le hacéis esa pregunta. Pero, ¡por mi alma! me alegro por otras razones, que se haya detenido para hablarme de este artista: así me es más fácil suplicarle no continúe la escena.

—¿Desatino mucho . . .? comencé á preguntarle, vencida mi discreción por mi egoísmo, cuando me interrumpió diciéndome:

—¿En lo que tocáis? No, hijo mío, lo hacéis bien, bastante bien para un aficionado. Tengo otras razones.

Al hablarme así se apoderó de él aquel aire de tristeza que tantas veces le había notado, y que contra lo usual, pareció entonces fijarse tenazmente en su bondadoso rostro. Dejóse caer de espaldas en su sillón y empezó á dar grandes fumadas en su medio apagada pipa. Yo, avergonzado de mi impremeditada pregunta, herí dos ó tres notas suavemente para evitar á nuestros oídos la desagradable impre-

sión de un tema no concluido y me senté enfrente de él, en espera de sus palabras.

—Voy á decíroslas, dijo Von Carus. El hecho ocurrió precisamente, cuando las óperas italianas dejaron por primera vez de ser interpretadas en los teatros ingleses por artistas italianos: cuando esa colección desordenada de tenores franceses, sopranos polacos ó alemanes, barítonos y bajos de la Alsacia; esa extravagante colección de *Was Sie wünschen*, en forma de óperas nacionales, que han continuado por tantos años, comenzaron á aparecer. Entonces, en los principios, siempre se usaba del Signor y Signora en los programas, cualquiera que fuese el país de los artistas; cosa al menos tan sensible como la necia especie de contratas que más tarde introdujeron.

Esta digresión fué pronunciada por Von Carus con cierto aire de ligereza y reconocida falta de ilación; y al terminarla, tomando un tono más grave continuó:

—Pero la historia que le voy á contar, tiene su principio muchos años antes de esa época: muchos años, sí, puesto que se refiere á los primeros días de mi propia juventud, cuando yo era modesto miembro de una humilde orquesta, en un pequeño teatro de Alemania. Y digo pequeño por su importancia, nó por su tamaño; pues el del escenario era capaz y en demasía, para el escaso coro que su limitado vecindario podía ofrecernos. En cuanto á la población, es una que pocos de los aficionados á la ópera en Inglaterra conocen, ni siquiera por el nombre; pero Vd. que ha viajado por Alemania probablemente habrá pasado por ella, y por consiguiente, no trataré de describirla con exactitud, como tampoco le diré los nombres verdaderos de las personas á quienes concierne mi relación. Y, basta de preliminares, continuó el violinista, quiero contaros directamente la historia, que no es en verdad agradable, y que no contaría á nadie más sino á Vd.

—La primera vez que la vi fué una noche de verano. Me había dirigido al teatro á pie, siguiendo distraído las calles de aquella extraña y antigua ciudad ; cuyos edificios, de enormes paredones, espacioso tamaño y aspecto sombrío, me presentaban siempre cierto aire novelesco, y como vagas reminiscencias de una pasada grandeza. Yo estaba ya cansado tanto del lugar como de la orquesta ; y la noticia de la aparición de una nueva artista, aquella noche, no había sido bastante para sacarme de mi habitual displicencia. Ella había cantado con éxito en otras poblaciones, no de fama europea ; y últimamente se contrató con nuestro director. La esperábamos aquella mañana, en la que se había dispuesto un ensayo general : pero llegó tarde y muy cansada, después de haberse despedido á la orquesta, que se dispensó de atender al baile, por no querer hacerla esperar más su ya dudosa llegada. Ensayó simplemente sus partes con el director escénico y, como es natural, sabía demasiado bien sus palabras y música, para evitarse el trabajo, por innecesario, de un ensayo general. Se llamaba . . . ¡ bien ! la llamaré Fraulein della Pazina, é hizo su primera aparición como Agata en "Der Freischütz."

Cuando apareció en las tablas, en nada había disminuido mi aburrimiento, motivo por el cual sólo me ocupaba de mirar la parte que me correspondía tocar, y que, á mi parecer, sabía ya demasiado bien ; pero cuando ella comenzó á cantar su voz me hizo levantar los ojos para ver en el escenario la mujer más bella, la criatura más encantadora y graciosa que jamás me fué dado contemplar. Bien puede Vd. imaginársela, como plazca á su fantasía, por la breve descripción que acabo de hacerle y que no trataré de aumentar con detalle alguno : en cuanto á su voz . . . ¿ ha oído Vd. á la Gérster ?, y habiendo bajado yo la cabeza en señal afimativa, continuó : entonces basta con que le diga que su voz tenía

idénticas cualidades á la de esta artista, á quien también se asemejaba por el método ó estilo. Aún hoy, mirando al pasado, creo que, á pesar de todas las faltas de una principiante; nunca se ha visto en las tablas, mayor naturalidad ni encanto mayor que el de aquella representación; pero ya debe Vd. haber comprendido que á la primera vista y audición me había enamorado perdidamente de la Fraulein, y, por consiguiente, que con ese recuerdo siempre vivo en mi alma, no me es posible ser sino testigo de sospechosa veracidad.

Von Carus volvió á reclinarse sobre el respaldo de su sillón, y por algunos momentos permaneció silencioso y entregado á sus recuerdos, antes de continuar su historia.

—La impresión que ella me produjo fué más ó menos igual á la que produjo en el público entero, en un público bastante inteligente; aunque, como he dicho á Vd., no fuese aquel teatro lugar en donde el empresario nómada de los tiempos pasados, pudiese estar en expectativa de un prodigio: más la dulzura y fuerza de su voz, la espontaneidad, á mi juicio, de su canto y acción; y la modestia, tanto de la mujer como de la artista, contribuyeron poderosamente á que della Pazina, conquistando en su primera aparición el favor de toda la audiencia, aceptase una contrata por varias semanas. Cada noche que ella cantaba, lo que ocurría dos veces á la semana, el teatro se llenaba de bote en bote y despertaba mayores simpatías y admiración; mientras que yo, entonces triste *rasca-tripas*, me enamoraba más y más locamente de ella, y con un amor que nunca arriesgó una frase y del cual jamás hasta hoy, he hablado. ¿Y para qué hablarla de él? Estaba lejos, muy lejos de mí; no lo ignoraba: como era unos dos años mayor que yo, me trataba como á un chiquillo, á quien nada significaba el conceder una agradable sonrisa y una palabra agradable cuan-

do la ocasión lo exigía. Además . . . y creedme que no sentí los celos que desesperan y enloquecen á los amantes, pronto, bien pronto, ella y nuestro tenor por la temporada, descubrieron mutuamente la bondad de sus cualidades; y, según todos lo supimos en el teatro, quedaron comprometidos. Hubieran formado una preciosa pareja: era él medio alemán, medio italiano, y poseía entonces al menos ciertas firmes cualidades de prudencia y juicio, que habrían sido de sin igual valor en el matrimonio de ambos.

Hizo una nueva pausa, y como yo empezase á hacerle una pregunta, me contestó antes de que acabase de formularla.

—No, mi querido amigo, eso no había de suceder; no estaba escrito! Al final de la temporada se separaron llenos de amor y confianza. Ambos iban á cumplir con otras contratas de más porvenir; y al emprender el camino, contemplaban, abandonándose á dulces esperanzas, su futuro encuentro en los grandes escenarios líricos de Europa: donde, compartiendo los laureles conquistados por el talento y constante trabajo, coronarían sus triunfos con los encantos de un feliz matrimonio. Convinieron en escribirse con la mayor frecuencia, y jurándose eterna fidelidad, parecían no temer que una sola nube viniese á oscurecer el cielo de sus vidas. Ella marchó á Italia, y en aquella tierra clásica de la música, se realizaron sus ambiciosos sueños: aplaudida, adorada en todas partes á donde fué, su nombre resonó en el mundo artístico, y la ansiada contrata de Londres, vino á satisfacer sus aspiraciones mucho antes de lo que ella esperara. ¡Él . . . él tuvo una historia tan sencilla como trágica: se puede resumir en cuatro palabras, que bastarán para haceros suponer el desenlace: él perdió la voz!

La entonación y aspecto de Von Carus dieron verdaderamente á estas palabras una expresión en extremo trágica;

que en unión de lo que ya me había contado, me hicieron sospechar parte de lo que continuó narrándome con frase rápida, como la del hombre deseoso de terminar prontamente una penosa tarea, y con tal emoción que á veces me hablaba en su nativo idioma.

—Supe su desgracia y supe también, que cuando anunció la triste nueva á su prometida, ésta le contestó con una carta tiernísima, llena de amor y esperanza, que endulzó como nada lo hubiera hecho, su honda pena y amargo desconsuelo. Entonces me tocó mi turno de ir en busca de mejor fortuna como violinista y, aunque en mi pequeña esfera, como compositor : y á no ser por las noticias que de tarde en tarde leía sobre los continuos triunfos de della Pazina, nada supe directamente de ellos, hasta que me hallé, en la orquesta del viejo teatro de Su Majestad, de aquel delicioso teatro de ambarinas colgaduras. Ella apareció sobre sus tablas y le bastó cantar una ó dos veces para entusiasmar y cautivar del todo al público inglés : cuando nos encontrámos, lo que ocurrió en una ó dos ocasiones, dentro y fuera del teatro ; tuvo para mí las graciosas sonrisas y dulces palabras que en otro tiempo me prodigara ; pero siempre con aquel modo inocente y afable que la distinguía y jamás he podido olvidar. Se me dijo que últimamente se había servido de sus encantos y dulce trato para fines innobles ; y, aunque el que tal cosa me afirmó era mi amigo más querido, poco, muy poco faltó para que sus palabras tuviesen funestas consecuencias para él ó para mí.

Pero volvamos á mi historia. Ella iba á aparecer por primera vez ante un público inglés, en el papel de Valentina en los Hugonotes : con este motivo tuvimos tantos ensayos como fué posible efectuar, en los cuales, yo, que nunca la había visto ni oído en esa grandioso creación, tomaba como era natural un decidido interés. Un día me encontré con

ella después de un ensayo, y entre mis parabienes y algunas sugestiones, hechas á sus instancias sobre táles y cuales puntos, la pregunté repentinamente por Eugenio; que ese era el nombre de nuestro antiguo tenor. No supe en aquel momento qué me impulsaba á hacer esa pregunta, como tampoco podría decir por qué no le había hablado de él, en nuestros primeros encuentros. Al oírme se inmutó: su cara cambió rápidamente de una expresión de cólera á otra de aguda pena y profunda tristeza; y, en seguida, irguiéndose con aquella dignidad que daba á sus ligeras formas tanta magestad en el teatro durante las escenas de mayor pasión, me contestó fríamente que no podía darme noticia alguna de él, volviéndose hacia su carruaje y dejándome confuso y humillado. Apenas habían trascurrido cinco minutos cuando ya sabía yo por qué le hice aquella pregunta.

Al observar los extraños grupos que los coristas formaban enfrente de la entrada del teatro, me fijé en uno que ya había visto vagamente en el ensayo; aunque sin darme cuenta de la causa que llamara mi atención hacia él; pero no tardé en averiguarlo, porque aquel corista era Eugenio. En el primer momento quedé indeciso, sin saber si haría bien en hablarle ó nó, mas él mismo terminó mi duda, pues también me reconoció y vino hacia mí, mostrando aún en sus ademanes algo de su antigua gracia y gallardía, algo de aquel aire garboso, que había hecho á la gente señalarle como el que tal vez llegara á ser, el rey de todos los tenores. ¡Qué Raúl, exclamé para mí al verle acercarse, para esa Valentina, si hubiese conservado la voz!

—Von Carus, me dijo al llegar junto á mí, sé que Vd. no es de los que vuelven la espalda á un viejo amigo, porque la desgracia lo ha abatido.

Le apreté la mano, la tenía trémula y ardorosa, estaba muy pálido y una sombría mirada animaba sus ojos. Le

dije todas aquellas cosas que una vieja amistad puede sugerir, evitando solamente la menor alusión á sus amores; y por último, le persuadí á que me acompañase á almorzar, casi seguro de que necesitaba solazarse. Durante el almuerzo me narró, con una jocosidad que tenía algo que lastimaba, varias aventuras de su vida, desde que perdiera la voz y con ella todas sus esperanzas. Luégo, terminado nuestro almuerzo, nos pusimos á fumar: entonces se quedó muy taciturno y ví aparecer de nuevo en sus ojos aquella sombría y fiera mirada que antes me había sorprendido. De pronto se puso de pie, y diciéndome, *la he escrito*, se alejó apresuradamente: esta fué la única alusión á ella que hubo entre nosotros, y Dios sabe la penosísima impresión que me produjo.

Dos días después iba ella á hacer su primera aparición como Valentina: la víspera de tal suceso, no tuve oportunidad alguna de hablar con ella, ni con él, quien en realidad parecía evitar el encontrarse conmigo; pero, en el mismo día en que aquel suceso había de verificarse, nos vimos de nuevo: estaba más pálido, más delgado y más sombrío que antes. También en esta ocasión, se me acercó antes de que yo me dirigiese á él, y, diciéndome con un tono terrible por lo tranquilo y frío: *será un verdadero triunfo, un efecto que nunca se podrá olvidar*, volvióme la espalda, y se alejó tan precipitadamente que no tuve tiempo de decirle una palabra. Yo, os lo confieso, me estremecí sin saber por qué, avergozándome de que tal cosa me pasara.

Pocas horas después asistía á un verdadero triunfo. Á medida que las escenas se sucedían, la diva se poseía con vehemencia mayor de su papel; y más y más arrebataba al público, con la creciente magia de su admirable voz, y gracia singular. En la orquesta todos nos decíamos, durante los entreactos, que aquella era la más bella y primorosa

Valentina que había pisado las tablas en muchos años : y en mi propia excitación me olvidé completamente de Eugenio.

Al fin llegámos á la última escena : Sponzini, de quien hace poco me habló Vd., entonces en todo el vigor de su juventud y facultades, pronunció la oración con inspirado acento ; y ella, por su voz, actitud y expresión participó de la exaltación que triunfa sobre la inminente muerte. San Bris apareció sobre la escena á la cabeza del destacamento de las tropas reales y dió la fatal orden : *¡Del Re in nome, fuoco!* Nada se percibió al principio : no se supo lo acontecido hasta la caída del telón. ¡ Ah, amigo mío ! una bala le había partido á ella el corazón ; y entre los que formaban el piquete real también se contaba otro cadáver.

Von Carus, pausó por algunos momentos, y continuó, contestando á mi no formulada pregunta.

—No : su muerte se atribuyó siempre á un desgraciado accidente ; y en cuanto á él, á Eugenio, no hubo la menor duda de que tenía enfermo el corazón. Respecto del hombre con quien entonces se la suponía en íntimas relaciones, ¿á qué me he de ocupar? ; pero al fin ya no ignorará Vd. por qué tengo tan triste y penoso recuerdo del último acto de los Hugonotes.

MI AMIGO DE MÓNACO

POR GUILLERMO ARCHER

I

LA naturaleza me ha castigado con un carácter tan excesivamente reservado, que en mis correrías por el mundo jamás he podido hacerme un solo amigo. Salir de mis casillas es cosa tan imposible para mí, como sacar á otros de las suyas. Hombres hay, y no pocos, que se pasan la vida entera extrayendo el jugo á cada uno de aquellos con quienes tropiezan; así como se extraen los caracoles de su concha, con un alfiler. En mi concepto todos mis semejantes no son sino ostras, y yo carezco de cuchillo para abrirlas: consolándome de ello, si acaso es consuelo, con la idea que tengo de lo bien apretado de mis propias conchas, las cuales desafían en absoluto el cuchillo de los otros. Dos ó tres veces no más me he encontrado un individuo á cuyo "Ábrete Sésamo" le he revelado todos los tesoros de mi pensamiento y corazón, y mi amigo de Mónaco fué uno de esos raros y simpáticos seres.

Hallábame en esta ciudad, pasando unos cuantos días entregado al ocio, mientras recibía aviso de unos amigos con quienes debía reunirme en Italia. Una tarde, saliendo de la población sin idea ni rumbo fijos, comencé á subir por los olivares plantados en las faldas de la "Cabeza del Perro"; hasta que, llegando á un punto admirable de vista, me senté entre las raíces de un nudoso y antiguo tronco enhiesto

sobre un pequeño espacio semicircular de tierra llana, y me entregué al descanso, á la lectura y á mis sueños. Á mis pies y algo á la derecha, Mónaco, se destacaba sobre las purpúreas aguas del mar : distinguía los carruajes que iban y volvían por la calzada, entre el promontorio y Monte Carlo ; pero estaba demasiado alto para que el ruido llegase hasta mí. Á lo lejos, hacia la izquierda, la costa se dilataba en magnífica curva allende las apiñadas casas de Roccabruna, allende las montañas á cuyos pies se esconde como en un nido, la pintoresca Mentona, allende la frontera italiana y allende también la ensenada de Ventimiglia ; hasta llegar al punto donde el cabo de Bordighera dibuja su vaga silueta entre el cielo y el mar. Ni una sola vela se descubría en toda aquella superficie del Mediterráneo, cuyas ondas empujadas suavemente por la brisa, venían á romperse rítmicamente en blanca línea de espumas, que avanzaba y retrocedía, en constante movimiento sobre las arenas de la angosta playa. Paisaje más encantador que aquel, no lo hay en la tierra toda, y esa tarde se mostraba en toda su belleza. Saqué del bolsillo un número de la "Saturday Review" (Revista del Sábado), y no tardé en entregarme á la lectura de un artículo sobre la conmutación de diezmos.

El ruido de un guijarro rodando cuesta abajo por el camino, mitad en rampa y mitad en escalerilla, que me había conducido hasta aquel lugar, me arrancó de mi abstracción. Había sido desprendido por el pie de un paseante, que descendía lentamente por el escabroso sendero, y en quien reconocí á un alemán, pues así me lo había parecido, maduro en años y asiduo concurente á las mesas de juego del Casino, durante los días pasados. Nada en su apariencia despertaba la atención : su nariz, gruesa, firme sostén de los siempre montados espejuelos, y su barba áspera, ensortijada y recortada en cuadro, eran simplemente rasgos

característicos de su clase y país. Él no reparó en mí al pasar por mi lado : iba demasiado atento al lugar en donde ponía los pies para volver la vista hacia sus derredores ; pero yo estaba situado de tal manera que pude seguirle con la mía por un minuto ó más, antes que desapareciera en un recoveco del camino. Precisamente entraba en este y aún tenía yo los ojos fijos en él, cuando otra figura apareció en mi campo de visión. El nuevo recienllegado, bajaba también el agria cuesta ; pero su paso no interrumpía el reposo de las guijas y cantos de la senda : andaba con notable agilidad y era tanta su cautela, que había pasado muy cerca de mí sin que yo lo descubriera ; mientras que, por su parte, tenía clavados los ojos en las robusta formas del alemán, á quien, dado la ligereza de su marcha, no tardaría en alcanzar. Una mirada me bastó para ver que era un joven de cuerpo delicado, elegantemente vestido con un traje oscuro de lanilla cortado á la inglesa, y cubierto por un sombrero claro de anchas alas. En el mismo instante en que mis ojos se fijaban en él, llevó la mano derecha al bolsillo del pecho de su levitín, y sacó de allí algo que no pude ver, por ocultármelo su misma persona que á la sazón, sólo me presentaba la espalda. Al hacer este movimiento un objeto, tal vez arrastrado por lo que de su dicho bolsillo tomara, cayó, casi sin producir el menor ruido, á sus pies ; lo cual su aparente priesa no le permitió notar, puesto que continuó en su rápido descenso, dejando sobre el sendero lo que yo tomé por su bolsa. Mi deber me obligaba á llamar su atención hacia lo que había dejado caer ; y así, no titubeé en lanzarle un ¡ he ! interjección que según enseñanza de mi propia experiencia, presta los mismos servicios en todos los países. Al oírla, tuvo como un pequeño sobresalto, y volviéndose hacia mí me miró por encima de su hombro.

—¡ Vea Vd. ! le dije entonces, levantando la voz y con

la mano extendida en dirección del objeto que se le había caído.

Volvió á su bolsillo lo que antes sacara de él y hasta entonces conservaba en la mano, y, girando sobre sus talones, miró al lugar que yo le señalaba.

—¡ Ah ! exclamó en inglés, ¡ mi petaca de cigarrillos ! No puede Vd. imaginarse cuán agradecido le estoy ; y desandando unos pasos, la recogió del suelo.

—Creí era vuestro bolsillo, le contesté.

—Mejor lo hubiera querido perder que ésto, replicó acompañando sus palabras con una sonrisa.

Aparentemente había desistido de su propósito de alcanzar al alemán, quien, entre tanto desapareció por completo de nuestra vista.

—¿ Á lo que veo, Vd. debe ser un gran fumador ?

—Por la cualidad, sí ; pero no por la cantitad : y, casualmente, un español amigo mío, me ha regalado hace poco unos cigarrillos incomparables.

Al decir estas palabras subió los pocos escalones que nos separaban y conducían á la pequeña meseta donde yo me hallaba ; abriendo al mismo tiempo su petaca ; la cual al finalizar su aserto y ascensión, me presentó con gracioso ademán y la sonrisa más encantadora que jamás he visto en ningún rostro humano, añadiendo :

—¿ Quiere Vd. probar uno ?

Obediente á su invitación, tendí mi mano, é iba ya á coger uno de los que se hallaban á la izquierda de la petaca, cuando volviéndola repentinamente me presentó los del otro lado : exclamando :

—¡ No, no ! Los aplastados son los que usualmente fumo : los redondos, esos son las " perlas."

—En verdad, creo que estoy cometiendo un despojo, le dije tomando uno.

—No, si fuma Vd. lo bastante para saber apreciarlo, replicó tendiéndose en el suelo cerca de mí; y sacando de una fosforera de oro una cerilla, hizo fuego y encendimos nuestros cigarrillos.

Había tanta gracia en toda su persona, y tal franqueza y encanto tal en sus modales, que no me extrañó nada se hiciera de amigos por el simple cambio de media docena de palabras. Lo examiné mientras fumaba con cierto abandono, echado y apoyando los brazos en los codos: habíase quitado el sombrero y sus rizados y largos cabellos, negros como el ébano, le caían sobre las sienes de donde los apartaba por un sacudimiento de su cabeza que los impelía hacia la espalda. De estatura poco más que mediana, moreno con grandes y penetrantes ojos negros coronados por el admirable arco de sus pobladas cejas, presentaba una nariz pequeña y bastante ancha, la facción peor de toda su cara, gruesos y curvos labios, y una barbilla llena y redonda. Carecía completamente de barba; pero una pequeña sombra en el labio superior, marcaba los albores del naciente mostacho: su edad no podía pasar de los veinte años. El corte de su traje era, como dije antes, inglés; pero su gran corbata negra, cuyo lazo sobresalía del cuello de su levitín, era prenda con que ningún inglés de carácter serio hubiera osado presentarse en público. Este simple detalle, unido á su acento, perfectamente puro, mas un tanto afectado; me llevaron á tomarlo por un inglés educado en el continente, acaso en Italia; puesto que el francés no aparecía en el tono ni en el estilo de su conversación, que sostenía con voz sonora algo semejante á la de contralto.

De pronto cogió mi *Revista del Sábado*, diciendo:

—La Biblia del inglés en el extranjero, y una de las instituciones que más me enorgullecen de mi patria.

—Hago que me la envíen todas las semanas, le contesté.

—Así lo hacía mi padre, quien acostumbra decir: Tenemos que dividirnos á Shakespeare con los americanos, pero, ¡Voto á tal! la *Revista del Sábado* es nuestra, completamente nuestra. Él era un hombre de la escuela antigua.

—Y de la buena escuela, añadí con entusiasmo. Yo también pertenezco á ella.

—En cambio yo tengo mis puntos de radical; continuó mi nuevo amigo, mirándome con una sonrisa que me hizo su confesión más encantadora que desagradable. Esta afirmación dió pie á una discusión que podría repetir palabra por palabra sin temor de equivocarme; tan grande y duradera fué la impresión que me hizo todo cuanto allí me dijera. No cabía el negarlo: hablaba con facilidad y brillantez, había leído mucho y viajado más para su tan corta edad.

—He vivido en todos los países de Europa, me dijo, exceptuando á Rusia, que, por otra parte, nunca me ha inspirado el menor interés.

En nuestra conversación descubrí en él un hijo de Cambridge, ó por lo menos, uno que conocía íntimamente los usos y las ideas allí reinantes, lo cual fué un nuevo lazo que estrechó nuestra reciente amistad. Además sus ideas no eran muy avanzadas, reduciéndose á poco más de una ligera inclinación por ciertas humoradas paradójicas. Nuestra discusión me hizo recordar los ingeniosos combates entre el Ben Jonson y el Shakespeare, descritos por Fuller en la Sirena. Yo era el galeón español y mi fascinante amigo el buque de guerra inglés; siempre presto á tomar la ventaja de todos los vientos, por la rapidez de su ingenio é invención. Pronto pasó, y deliciosamente, una hora, durante la cual lo único que no soboreé fué el cigarrillo, en mi concepto, nada mejor que muchos de los que mil veces antes había fumado.

—¿Le agradan á Vd. mis cigarrillos?, me preguntó al tirar yo la colilla del mío.

No pareciéndome cortés responder á su generosa oferta de lo que en más estima tenía, con la franca y ruda expresión de mi parecer, le contesté:

—¡Exquisitos!

—Seguro estaba de que así lo diría Vd., replicó gravemente, ¡ea pues, tome otro!

—Permitidme probar uno de los aplastados, de los comunes; le dije acercando los dedos á la petaca que me presentaba abierta.

—¡Nó; de ningún modo! repuso en seguida, cerrando de golpe la tapa de la petaca, con riesgo de mis dedos, y retirándola prestamente; pero suavizando lo brusco de su acción con una de sus irresistibles sonrisas.

—Jamás endoso á mis amigos lo que tengo por menos bueno, y volviendo á abrir la caja me la presentó de nuevo.

Haber insistido en mi deseo hubiera sido confesar que yo no apreciaba sus *perlas*, como él las denominaba; y, así pues, víme obligado á tomar otro que fumé, sin hallar tampoco en él fragancia alguna especial; pero el aroma de toda la personalidad de mi reciente amigo era tan penetrante y sútil, que tal vez había amortecido mis nervios para sensaciones más materiales.

Acostados allí, estuvimos hablando hasta que la tarde corrió por el horizonte su manto de grana, delante el cual, Córcega, hasta entonces oculta, parecía brotar de la nada como una isla de altos picachos y fantásticos promontorios. En ese momento nos levantámos y envueltos por las sombras que rápidamente se iban condensando, empezámos á descender por entre los tristes olivos y frondosos naranjos, camino de Monte Carlo.

II

Mi amistad con mi simpático amigo duró poco más de cuarenta y ocho horas; pero durante ellas fuimos inseparables.

Él no se aposentaba en la misma hostería que yo; más, la primera tarde hube de persuadirle á que comiese conmigo, y á la siguiente mañana al terminar mi almuerzo, salí á buscarle: yo paraba en la Hostería de Rusia y él en la de París. Lo hallé en la galería, y no lejos de una mesa, en donde el tudesco de la tarde anterior concluía con un abundante almuerzo. Dicho individuo, cuando agotaba los residuos que quedaban en su plato, lo limpió por completo con su bocado final, y apuró del todo con su último trago las últimas gotas de su botella de vino; se levantó y dirigió sus pasos hacia la gran casa de juego. Después de algunos minutos de conversación con mi amigo, le propuse una correría hasta Mónaco, y aceptado mi proyecto, pasámos todo el día juntos, errantes y ociosos, departiendo y soñando. Por la tarde entrámos en el Casino para oír el concierto; y la ocasión me permitió descubrir que mi amigo era un músico consumado: luégo pasamos al salón de juego por una hora, pero como simples mirones; y vimos á nuestro tudesco, quien, con todos sus sentidos fijos en el tapete de una ruleta, parecía que realizaba cuantiosas ganancias.

Algún tiempo después me sentaba con mi amigo á la mesa redonda de su posada, y mis ojos no tardaron en encontrarse una vez más con aquel individuo; quien en el extremo opuesto al que ocupábamos se entregaba silencioso, sin reparar en nadie, á las delicias de la deglución.

Á la siguiente mañana y según convenio, mi amigo fué á buscarme á mi alojamiento; y mientras fumábamos de sus

cigarrillos, á los cuales me iba acostumbrando, discutímos un plan para el día, proponiendo por mi parte una excursión más larga que la de la víspera.

—¿Ha estado Vd. alguna vez en Eza, en ese viejo nido de los piratas sarracenos, encaramado en la cima de una roca, á mil pies sobre el mar, y mitad de camino entre Mónaco y Villafranca?

—No, no he visitado ese lugar.

—Entoncas iremos á él.

Vencidos sus reparos, accedió á mis deseos: nos fuimos por el ferrocarril hasta la modesta estación edificada á orillas del mar, y en seguida emprendimos la difícil ascensión. El día era precioso, aunque demasiado caluroso para repechar una altura como aquella, lo cual obligándonos á descansar varias veces á la sombra de los olivos, daba pie á que la palabra sucediese á la subida y discurriésemos alegremente sobre todo cuanto hay y pasa bajo el sol. El encanto de mi compañero se apoderaba por momentos de mí: tenía en sus modales una especie de exquisita amabilidad, una espontánea coquetería, que me lo hacían irresistible; y á ellos combinaba una franqueza en la expresión de su simpatía é interés, que no podía menos de halagar á un hombre tan retraído y huraño como yo. No se me escapaba que de cuando en cuando me impelía á romper mi habitual reserva; pero hacía ésto con tal suavidad y travesura, que el hecho, en sí, sólo me producía una sensación tan nueva como deliciosa, y llevado de la cual, no tardé en verme animado de una de esas efusiones de confianza, que de tarde en tarde rompen la monotonía de los caractéres como el mío. Tres ó cuatro veces en mi vida, abandonándome á una de esas expansiones del ánimo, me he hallado refiriendo á personas completamente desconocidas para mí, detalles tan íntimos de mis sentimientos y pasado que no hubiera conta-

do á mi más querido amigo aún á trueque de morir: tres ó cuatro veces, repito, me he sorprendido bajo la inexplicable virtud de algún talismán invisible, sonsacador de verdades, haciendo confesiones, que los horrores del potro no hubieran podido arrancarme; pero nunca aquella influencia había sido tan poderosa, tan irresistible como en el caso de éste mi amigo. Yo le conté lo que jamás había contado á ser alguno: lo que sólo hacía referido al solitario ventisquero, al sombrío nubarrón de las tormentas, al hirviente mar: lo que no había revelado á ningún oído humano, ¡la tragedia de mi vida! ¡Cuán bien recuerdo la escena! Descansábamos bajo los castaños, cuya sombra cubre el pequeño espacio de tierra llana de donde arranca el último repecho que conduce al corazón del miserable caserío anidado en las quebradas de la antigua guarida de los muslines. La calma del medio día reinaba en el cielo y en el mar; y lejos, en el horizonte, una línea tenue y prolongada de humo, marcaba el paso de un invisible buque de vapor, que navegaba bajo el borde de la cerúlea esfera. Cuando yo llegaba al fin de mi narración, una vieja encorvada bajo el peso de un enorme haz de leña pasó por nuestro lado en dirección del villorrio, y recuerdo que al verla pensé ¿si un ser como aquél podría sentir un dolor tan intenso como el que á la sazón estaba yo describiendo? Había en mi historia algo de grotesco capaz de provocar la risa de un alma vulgar; pero ni la más leve contracción se mostró en los labios de mi amigo; quien al oírlo, volvió la cabeza so pretexto de observar la figura de la vieja campesina, que con tardío paso se alejaba de nosotros. Al mirarme de nuevo, sus grandes y negros ojos estaban humedecidos, con lo cual aumentó la dulce expresión de su misteriosa ternura, y yo sentí, como nunca lo había sentido antes, lo que es el hallar un amigo.

Regresámos á Monte Carlo ya adelantada la tarde y al llegar á mi alojamiento me encontré con un telegrama, en el cual se me suplicaba estuviese en Génova á la mañana siguiente. Apenas me quedaba tiempo para recoger mis ropas y tomar unos cuantos bocados antes de la salida del tren : sin embargo escribí unas líneas á mi reciénhallado confidente manifestándole del modo más sincero, mi pesar por alejarme tan pronto y repentinamente de él, y mis esperanzas de que no pasaría mucho tiempo sin volvernos á encontrar.

III

Cuando llegué á la estación el tren estaba ya en el andén : llevaba dos carruajes de primera clase casi completamente desocupados, cosa rara en un ferrocarril francés. Por la ventanilla de uno de ellos asomaba la cabeza nuestro tudesco, quien, á juzgar por la animación de sus ojos y aire satisfecho, debía cargar rico botín de sus entradas por los campos del tapete.

No era su aspecto de los más atractivos, y además ; su aplastada nariz sugería la idea de un tan sonoro roncar, que, en otras circunstancias, hubiera bastado, para tenerme á buena distancia de él ; pero ¿ por qué no confesarlo ? en aquella ocasión mi sentimiento, venciendo toda repugnancia, me decidió á tenerle por compañero, pues estaba íntimamente asociado en mi pensamiento con el hallazgo de aquél, mi amigo de sólo dos días. Entré por consiguiente en la misma división del coche : una balija y un sobretodo sobre el asiento, en la esquina opuesta á la del tudesco, probaban que estaba ocupada, pero aún me quedaban otras dos entre que elegir ; y decidiéndome por la del mismo lado del ausente viajero, me senté en ella y esperé la señal de la partida. Pronto oyóse el ¡ Señores, al tren ! de los empleados de la línea ; y aún no se había entinguido la últi-

ma sílaba del estentóreo aviso, cuando una persona de formas delicadas, saltó ligeramente dentro de nuestro coche. ¡ Era mi simpático amigo !

Por un momento me pareció que mi encuentro le había contrariado, á juzgar por la expresión de desagrado que, como un relámpago dejó ver en su semblante ; pero su sorpresa se desató en los saludos más cordiales y, al influjo de ellos, no tardé en olvidarme de mi desagradable impresión. En seguida, cambiando nuestras explicaciones, supe que, como yo, obedecía á un telegrama que le llamaba á Roma ; y que también me había dejado una esquela manifestando su profunda pena por nuestra pronta y repentina separación.

Mientras el tren avanzaba á toda velocidad levantando nubes de polvo y dejando suspendidas sobre la vía, cual jirones de su tendido y agitado penacho, otras grises de humo ; ya por la orilla de las tranquilas aguas, en cuya superficie se quebraban los enrojecidos rayos del vespertino sol, ya por las entrañas de los perforados promontorios ; volvimos á reasumir la conversación afectuosa, apenas una hora antes interrumpida, hallando su compañía aún mas deliciosa que nunca. Su viva y alegre fantasía parecióme animada de cierta exaltación, de esa exaltación que nos lleva á la locuacidad como medio de acortar el tiempo que nos separa de un suceso feliz, de una esperanza realizada. Creí que acudía presuroso á dulcísima cita ; y, habiéndoselo indicado así, se sonrió de tal manera que me confirmó en mi idea. Entre tanto el alemán seguía en su puesto, silencioso y entregado por completo á los números que escribía con lápiz en una pequeña cartera : indudablemente aquél hombre no entendía una palabra de inglés.

Al acercarnos á Ventimiglia mi amigo se puso de pie, y bajando de la red suspendida sobre los asientos, su maleta ; volvióme la espalda, la abrió é hizo en ella varios cambios

que como es consiguiente, no pude ver : concluida esta operación la cerró cuidadosamente y puso junto á sí. En la estación antes nombrada todos tuvimos que dejar el tren y someter nuestros equipaje á la inspección de la aduana italiana : el de mi compañero consistía únicamente en su maleta, y no sin sorpresa, ví que sobornaba al carabinero, con dos ó tres piezas de oro ; á fin de que su registro, no pasando de fórmula, respetase, como sucedió, las dos cerradas divisiones de ella. El alemán era, por otra parte, dueño de un pequeño portamanteo y una gran arca, los cuales abrió con cierta ostentación ; y no pude menos de observar como brillaron, bajo sus arqueadas cejas, los ojos del empleado cuando miró el contenido de la segunda. De vuelta al tren ocupámos nuestros antiguos asientos, y el alemán, echándose sobre los ojos la visera de su gorra de viaje, se dispuso á dormir : á la sazón era ya de noche, y reinaba una profunda oscuridad.

—Parece que lleváis en vuestra maleta una buena provisión de vuestras "perlas," le dije sonriendo, curioso por saber la causa de un subterfugio que tan mal se avenía con su natural rectitud y franqueza, y recordando que la frontera italiana cierra absolutamente el paso al tabaco.

—Desgraciadamente nó : me replicó ; he agotado mis "perlas," y sólo tengo mis cigarrillos comunes ; ¿queréis probarlos tales como son? y al hacerme esta pregunta me presentó su petaca, ahora llena con los de forma aplastada.

Tomé uno, él otro y los encendimos : enseguida comenzó á relatarme una entrevista que había tenido con Lord Beaconsfield, sin perdonar el menor detalle y mostrando tanto entusiasmo que, después de una fumada ó dos, se le apagó su cigarrillo. Yo no podía comprender su gusto respecto al tabaco, porque los cigarrillos, para él tan medianos ; me parecieron desde el primer momento, superiores por su sabor peculiar y exquisita fragancia, á sus renombradas

"perlas." Mientras tanto, oía con el mayor interés su animada descripción del gran hombre, á quien yo admiraba entonces cuando aún estaba con nosotros, y á quien hoy venero como caballero de la Liga de la Primavera; pero nuestra ascensión por la mañana, y la apresurada partida de la tarde, comenzaban á hacerme sentir su influencia, y, un sueño irresistible se iba apoderando de mí. Gradualmente y á despecho de mis esfuerzos, mis ojos se cerraron: aún pude oír por algún tiempo la voz de mi compañero y los sonoros ronquidos del alemán, quien hacía rato dormía profundamente; mas pronto estos sonidos, apagándose poco á poco, dejaron de penetrar mi somnolencia, cayóseme de entre los dedos el extremo de mi consumido cigarrillo y no supe nada más.

* * * * * *

Mi despertar fué lento: trascurrió un intervalo, tal vez de varios minutos y del cual tuve perfecto conocimiento, entre mis primeras percepciones y la completa recuperación de mis facultades. Empecé por darme cuenta del ruido y oscilación del tren, sin saber de que provenían; luégo abrí los ojos y fijándolos maquinalmente en la lámpara, noté de un modo vago, el movimiento del amarillento aceite, en su depósito de cristal; en seguida entreví, bajo el anaquel del equipaje y medio oculto en las sombras, el cuadro blanco del "Aviso á los Viajeros"; y más abajo, sobre el asiento, percibí, como un cuadrado brillante, la bruñida cerradura de la maleta del alemán. Un momento después descubría á éste, dormido aún, pero no roncando y resollando como cuando el sueño me rindió; y por último, levanté la cabeza, miré en derredor de mí, y de un salto me puse en pie.

¿En dónde estaba mi amigo?

¡Se había ido! ¡se había desvanecido! No quedaba allí un sólo rastro de él: su balija, su sobretodo, todo había

desaparecido; y sólo en el pequeño cenicero, fijo en el marco de la ventanilla, ví su aplastado cigarrillo, que apenas había encendido hacía hora y media.

En ésto yo, vuelto completamente en mi, dirigí la vista hacia el alemán, con la intención de preguntarle si sabía algo de nuestro perdido compañero de viaje; y noté que tenía la cabeza caída hacia adelante, en tal posición, que, á mi juicio, corría inminente peligro de sufocarse. Movido por la curiosidad que su inmovilidad y absoluto silencio despertaron en mi espíritu; me acerqué á él y, encorvándome, bajé la cabeza para mirarle la cara; pero como al hacer este movimiento, viera en el hule tendido sobre el suelo, y cerca del extremo de su bota, un objeto circular negro, en cuya superficie convexa la luz de la lámpara se reflejaba como un punto reluciente; llevé la mano á él y lo toqué: era líquido. La impresión me hizo recoger rápidamente el brazo; y mirándome las puntas de los dedos ví que los tenía, nó manchados de negro, y sí ¡rojos de sangre! Creo, pues en verdad no lo sé ciertamente, que se me escapó un grito, un alarido; y en seguida, retrocediendo horrorizado, me acurruqué en el opuesto rincón del carruaje; en donde permanecí por algunos minutos hecho un imbécil, antes que tuviera la suficiente presencia de ánimo para ver los medios de ponerme en comunicación con el conductor del tren. Por supuesto, no había ninguno. ¡Nada, estaba obligado á pasar allí un tiempo indefinido en compañía de un cadáver! pero ¿lo era en realidad? La posición de su cabeza no sólo evidenciaba ésto, sino que casi no me dejaba duda de la causa de su muerte: ¡aquel hombre había sido degollado! Una horrible fascinación me hizo volver á su lado para examinar su garganta: le levanté la cabeza y los sanguinolentos labios de la tremenda herida, que yo creía hallar bajo su barba, no vinieron con su horroso aspecto á

extremar mi turbación. Viendo intacto su cuello, solté su cabeza; la cual, cayendo pesadamente hacia adelante, volvió á su antigua posición: entonces descubrí, con indecible sobresalto, que mis dedos habían impreso dos trazos de sangre en la cenicienta tela de su gorra de viaje. En el mismo instante una bocanada de viento, colándose por el ventanillo inmediato que hasta aquel momento no había notado estuviese abierto; echó hacia un lado la solapa de su chaqueta, y descubrió el costado izquierdo de su chaleco, en el cual una mancha oscura llamó vivamente mi atención. Aparté más con la mano derecha su chaqueta y adelantando la cara para examinar aquella mancha, ví que formaba un pequeño agujero triangular, encima del corazón y en el centro de un círculo rojizo próximamente del tamaño de una peseta, efecto de la sangre que se había filtrado hasta allí. Al verificar este reconocimiento, hice lo que el asesino no había hecho: interrumpí el equilibrio del cadáver, el cual, doblándose por la cintura, cayó inopinadamente sobre mí.

Al ocurrirme ésto una voz fuerte, que no entendí, sonó á mi espalda; y entonces estuve casi á punto de desmayarme de terror. El tren continuaba su marcha á toda velocidad: en nuestro departamento sólo nos encontrábamos yo y el pálido y frío y laso cuerpo que tenía entre los brazos; y, sin embargo, me parecía oír la misma voz, junto á mi oído. ¡Ah, otra vez! Hice un violento esfuerzo para vencer el miedo que me petrificaba, y miré en mi derredor. Era un empleado del tren, que de pie sobre el estribo y asido á la ventana pedía el *biglietti;* pero á no dudarlo él también había advertido ya lo que pasaba, porque abrió la portezuela y de un salto se plantó dentro del coche. Yo corrí hacia él, oyéndole exclamar *¡Dio mio!* al arrojarme en sus extendidos brazos y mostrarle el cadáver, que falto de apoyo, cayó al suelo en informe montón y sobre su propia

sangre. En aquel instante, por la primera vez de mi vida, un síncope me privó totalmente del uso de mis sentidos.

Cuando recobré mi conocimiento el tren estaba parado en una pequeña estación, cuyo nombre jamás he podido averiguar, y en la cual reinaba un movimiento y una algarabía que en nada pude comprender. Yo me hallaba en el andén entre dos individuos de uniforme, que me tenían agarrado por los brazos, y á los cuales en vano traté de contarles la aventura. El italiano me era casi ó totalmente desconocido; y aunque uno ó dos franceses viajaban en el mismo tren, no podían servirme de intérpretes, tanto porque en mi agitación me era imposible coordinar dos palabras en gabacho, cuanto porque ninguna de aquella gente lo entendía. Inútiles fueron todas mis tentativas para hacerles comprender que un *giovano* venía con nosotros en el mismo departamento, y había desaparecido mientras yo dormía: el nuevo conductor que relevara al anterior en Ventimiglia, evidentemente no lo recordaba y al oirme, movía de un lado al otro la cabeza diciendo *¡non capisco!* y preguntándome si yo era *prussiano.* El tren se había demorado ya por algún tiempo: después de una consulta entre el jefe de estación, el conductor y el síndico de la aldea, á quien se llamó á toda prisa, se decidió entregarme con el cuerpo del delito á las autoridades de Génova; por lo cual mis guardianes me hicieron entrar en el coche y sentarme entre ellos con la cara hacia la máquina y frente al cadáver, que cubierto con un encerado, estaba tendido sobre los asientos delanteros. Así, al cabo de cuatro ó cinco horas mortales, hice mi entrada en Génova.

La semana siguiente la pasé aposentado por cuenta del gobierno en una prisión italiana; lugar bien incómodo y no menos prosaico de habitar; pero afortunadamente, mis amigos, quienes ya se encontraban en Génova, lograron miti-

gar en parte los rigores de mi desagradable situación. Al fin de esa para mí interminable semana, me pusieron en libertad ; por no resultar nada en contra mía y quedar probada evidentemente, según las declaraciones del conductor francés ; del oficial encargado del registro de pasajeros, en Monaco ; y del servicio entero de la Hostería de París, la existencia de mi amigo, tras el cual volaron las requisitorias sin dar con el menor rastro de él. Con su persona también había desaparecido la arquilla de la víctima, que, como antes dije, contenía el rico producto de una serie de afortunadas apuestas ; y sin embargo, el robo no parecía ser la causa principal del crímen, porque ni su reloj, ni su pesado bolsillo, ni las valiosas joyas, que llevaba consigo, por más que hacían una presa apetecible, siguieron la suerte de la arquilla.

Algún tiempo después de hallarme en libertad supe por el cónsul alemán en aquella ciudad, que el muerto, aunque natural de Prusia había vivido en Rusia por largos años ; donde según se sospechaba, había prestado recientemente ciertos servicios de carácter privado, á la policía de San Petersburgo. Estos rumores dieron lugar á que se creyese que el capital, base de sus operaciones en Monte Carlo, no era sino el fruto de una felonía : como también que los nihilistas, si á ellos se debía aquel golpe, habían esperado tranquilamente á que su Judas multiplicase sus treinta dineros, para cobrar á sus enemigos y con interés el precio de de la sangre de sus compañeros.

IV

Dos años después me ocurrió una tarde ir á visitar, en Mayfair, á una señora, muy conocida en el mundo político y social ; la cual me honraba, si así puedo afirmarlo, con el honor de su amistad. Su salón estaba ocupado por una numerosa concurrencia, y el alegre sonido que el choque de

las tazas de té producía, se escuchaba mezclado con un coro de voces femeninas. Uníme á un grupo donde se discutía acaloradamente sobre el proyecto de ley, para la coerción en Irlanda, entonces cuestión capital del día : el asunto me interesaba muchísimo ; pero siempre me ha sido imposible en absoluto, cuando varias conversaciones siguen su curso en mi derredor, fijar la atención exclusivamente en la que me atañe y no coger cabos de unas y otras : dando por ésto lugar á que se me tache de ensimismado, en el momento preciso en que, por lo contrario, tengo en juego todas mis facultades auditivas : y así me sucedió entonces con las voces de dos ó tres grupos que llegaban más ó menos claramente á mis oídos. Sin embargo ; no pasó mucho tiempo sin que mi errante atención fuera atraída y subyugada por la voz de una mujer sentada á la espalda de la butaca que yo ocupaba.

Hablaba muy alegremente y sus contertulios entre los cuales, al mirar por encima de mi hombro, reconocí á un ex-ministro, celebraban á porfía sus ocurrencias. Como dicha señora me presentaba la espalda, todo cuanto pude ver de ella fueron sus negros y cortos cabellos que caían profusamente sobre el rico cuello de piel de su jubón.

"Me lo contaba con un aire tan trágico, decía ella, que en realidad, aquello no tenía precio. La dama era bellísima, riquísima, inteligentísima, y Dios sabe, que yo no lo recuerdo, cuantos ísimos más : el rival, un hijo de Australia, con una barba tan enmarañada y espesa como las malezas de su tierra nativa. Mi amigo, cuyo mismo nombre apenas conocía cuando me abrió su corazón, y creía llevar alguna ventaja sobre su rival con su bigote retorcido al estilo militar. Los tres viajaban á la sazón por Suiza ; pero el australiano se separó del grupo para hacer la ascensión de yo no sé que pico, dejando libre el campo al enemigo, por unos dos días á

lo menos. Durante el primero, éste, poniendo en juego todos sus recursos, estrechó el asedio y trajo á la dulcinea casi á punto de rendición. En el segundo se levantó muy temprano, y, deseoso de asegurarse la victoria, quiso armarse de punta en blanco para dar el último asalto; pero ¡ oh, desgracia! su arsenal estaba incompleto: había olvidado en la última parada su estuche de tocador y dentro de él, sus navajas de afeitar. ¿ Qué hacer en tal conflicto sino acudir al barbero de la aldea? Nuestro barbero, á la vez vendedor de libros, papel, telas y drogas en el lugar, acababa de darle la mano de jabón, y le tenía cogido por la nariz para sugetarle la cabeza en posición conveniente, cuando al aplicarle la navaja á la barbilla vió nuestro enamorado por el espejo opuesto, abrirse la puerta y entrar en la tienda ¡ horror! ¿ á quién? al dulce dueño de sus tiernos pensamientos. Imposible le fué contener un movimiento de sorpresa, que hundió el filo del cortante instrumento en la piel donde se apoyaba. Sus ojos se encontraron con los de ella en el azogado cristal; en seguida observó un estremecimiento en los preciosos labios de la dama, quien los contrajo apretándolos estrechamente y sumiéndoselos en la boca como si tratara de mordérselos, para finalmente separarlos y dar paso á una verdadera explosión de risa; á unas indomables carcajadas que la obligaron á salir rápidamente de la tienda. Si Vdes. conocieran al pobre diablo, estoy segura de que simpatizarían con él, como me sucedió á mí cuando me contó su historia. El corazón se le heló, pero hubo de portarse como un bretón. Determinó hacer caso omiso de aquel contratiempo, y volver valientemente á la brecha. Ella lo recibió con los ojos bajos y seria, al principio; mas no bien mirándolo en la cara vió el emplasto que cubría su chirlo, dió al traste con su formalidad y rompió de nuevo en tales carcajadas que le fué preciso huir del salón.

"Hoy está en Melbourne, me dijo casi sollozando, y puedo aseguraros, amigo mío, que desde entonces no toco una navaja sin que me asalte el impulso, al cual tarde ó temprano habré de sucumbir, de terminar con ella mi desgraciada existencia."

Los oídos me silbaban y me parecía que todo daba vueltas en mi derredor. Aquella historia, contada con tanta insensibilidad é irreverencia, era ¡ la tragicomedia de mi vida !

¡ Á nadie en el mundo se la había confiado, sino *á uno !*

Me levanté de mi asiento y preguntándome si los demás habrían notado mi agitación, dejé nuestro grupo para colocarme en el otro lado del salón á fin de ver á la narradora. ¡ Los mismos ojos negros y penetrantes, los mismos gruesos y expresivos labios, el mismo leve bozo y la misma hermosa cabellera de color de ébano ! ¡ Ah, bien, demasiado bien conocía aquella rica voz de contralto ! ¡ No cabía duda, era mi amigo de Mónaco !

Antes de que yo hubiese vuelto de mi sorpresa, se puso de pie, y dando su vacía taza de té al ex-ministro, saludó á éste y sus compañeros con una elegante reverencia y se dirigió á la señora de la casa, evidentemente con el propósito de despedirse de ella. Al volverse para salir del salón, después de haber estrechado cordialmente la mano de dicha señora, su mirada se encontró con la mía que estaba clavada en su rostro. No dejó ver el menor sobresalto, no se alteró su color : arqueó por un instante sus admirables cejas, y pasando por mi lado, impertubable, serena ; llegó á la puerta desde donde me miró de nuevo, mostrando en sus labios la misma encantadora é irresistible sonrisa, con que mi amigo acompañaba su oferta al presentarme su petaca de cigarros aquella tarde entre los viejos olivos.

Inmediatamente me acerqué á mi distinguida amiga y le pregunté.

—¿ Quién es la señora que en este momento acaba de dejarnos ?

—¡ Ah ! esa es la Baronesa de X—, mitad inglesa, mitad polaca. Era la amiga íntima de mi hija en Girton, y es una joven muy interesante.

—¿ Toma parte en la política ?

—No ; y eso es lo único que me desagrada en ella. No tiene una pizca de patriotismo : toma á risa las injusticias y sufrimientos que se imponen á su tierra. ¿ Queréis conocerla ? Comed, entonces, con nosotros pasado mañana, y os encontraréis con ella.

* * * * * *

Comí con mi amiga el día señalado, pero la Baronesa no estaba allí. Asuntos urgentísimos de familia la habían obligado á salir repentinamente para Polonia.

Una semana después el asesinato del Zar, llenaba de consternación al mundo civilizado.

PALOTES Y CAÍDOS

Por Guillermo Archer

Una noche bochornosa á principio del verano, Sir Marmaduke y yo nos encontrábamos sentados junto á una mesa, en el Café de la Regencia, cada cual con su café delante y un puro en la mano. Sir Marmaduke leía el *Times*, y yo me contentaba con mirar perezosamente, á través de una nube de humo, unas veces á las estrellas y otras á los paseantes, que cruzaban por las aceras. En la blanca fachada del Teatro Francés todas las ventanas brillaban con vivísima luz: las lámparas de gas en la Avenida de la Ópera parecían trémulas laminillas de resplandeciente oro, en su contraste con el nebuloso y pálido fulgor de los focos eléctricos; á cuyos rayos y en último término se percibía de un modo vago la fachada de la misma Ópera. La fuente de la plaza del Teatro Francés reflejaba los millares de luces que la rodeaban; mientras que los faroles rojos de los puestos de naranjas enfrente del gran coliseo, brillando sobre pirámides de frutas, realzaban armoniosamente la palidez de la reinante luz. El monótono y estridente gritar de los naranjeros y vendedores de programas, unido al continuo retintín de la campanilla de los vendedores de regaliz y agua; se mezclaban en mis oídos con el incesante y pausado golpear del casco de los caballos, al desfilar sobre el asfalto enganchados á sus vehículos. Hombres y mujeres de todas las

condiciones sociales pasaban por el ancho pavimento y yo, observándolos, me entretenía en reconocer caprichosamente entre las figuras más notables, tal ó cual personaje de Dumas, *hijo*, ó de Daudet, ó de Zola: un Señor Alfonso ó un Duque de Septmont; un Risler, *ainé*, un Delobelle, ó un Deschelletes; una Sidonia ó una Safo; una Gervasia, una Lautier, una Zefirina ó una Satin.

Mas no eran sólo las creaciones de los realistas franceses las únicas que se movían en aquella bullidora escena; pues de cuando en cuando, cruzaban por ella personajes que parecían haberse escapado de las páginas de Howells ó James; y de las de Du Marier (también un realista en su género), trayendo consigo aires de Kénsington y ráfagas de Bayswater. Allí, por ejemplo, un genuino é inequívoco inglés viene hacia nosotros desde el Teatro Francés; por cuyas puertas salen en apretadas hileras, á semejanza de dos torrentes, los espectadores deseosos de respirar el aire libre durante los entreactos. De alta estatura, edad mediana y correcto en el vestir: uno de tantos en fin, nuestro inglés, cuyas cortas y rubias patillas se iban tornando en grises, tenía perfectamente afeitados el labio superior y barbilla, lo cual dejaba ver en toda su extensión su boca firme; á la que unía, una nariz perfilada y unos ojos pequeños y escondidos. Sus cejas eran la única facción notable de su rostro: largas, enmarañadas y colgantes se asemejaban á las que, según se dice, Darwin desarrolló por su continua concentración sobre el microscopio: en fin, dada su apariencia lo tomé por un abogado con una buena clientela, ó un bien remunerado funcionario público; hipótesis, esta última, que después resultó cierta.

Llegóse al Café de la Regencia y una vez en él, buscó con la vista un asiento desocupado en su abierto frente; y como para llegar á la única mesa libre tuviera que pasar

por el lado de Sir Marmaduke, tropezó con el *Times* de éste, que completamente desplegado, se interponía en su camino. Sir Marmaduke levantó la cabeza y miró distraídamente al que interrumpía su lectura; pero en seguida de un salto y casi echando á rodar su garrafa de agua, se puso de pies y cojió al atónito inglés por la mano.

—¡ Filips ! exclamó, ¿de dónde vienes ? ¡ Cuánto me alegra este encuentro !

—¡ Ah, Midletón ! contestó el otro cordialmente, mucho me acordé de tí los otros días al pasar por Estresa, en mi camino hacia el Simplón.

—No nos hemos vuelto á ver desde aquel día en el lago Mayor ¿ cuántos años hace ? replicó Sir Marmaduke.

—Ocho ó nueve, contestó Mr. Filips, quien entre tanto había pedido al mozo una taza de café.

—No ; once, dijo Sir Marmaduke, después de un momento de reflexión. Horacio lo dice :

¡ Los años se deslizan fugaces y se pierden, se pierden para mí !

—No necesito preguntarte si seguiste mi consejo, añadió Filips, mirándo á su amigo, porque tu cabello casi no ha variado de color ; apenas lo tienes gris.

Esta enigmática observación excitó mi curiosidad. ¿ Sería acaso este amigo de Sir Marmaduke un mero agente de algunos de esos preservativos tan en boga, y con los cuales mujeres y hombres tratan, aunque en vano, de conservar en la última etapa de la vida las galas de la primera ?

—Si no lo hubiese seguido, repuso Sir Marmaduke, no me hubieras encontrado aquí, querido amigo.

—¿ Estarías reposando tranquilamente en Italia ? dijo el otro sonriendo con marcada expresión de curiosidad.

—Probablemente, repuso Sir Marmaduke, sonriendo de igual manera, estaría reposando del todo.

Entonces mi amigo me presentó á Mr. Filips, y nos saludámos con toda la estudiada frialdad de dos verdaderos bretones.

—Y, ahora, dime, prosiguió Sir Marmaduke con cierto interés ¿qué diablos te hiciste después de aquella mañana? ¿Desapareciste como por ensalmo? ¿Acaso te esperaba tu hipogrifo al desembarcar en Pallanza? Debéis saber, añadió dirigiéndose á mí, que Filips es un nigromante, un Villena, un Cagliostro ¡voto á Cribas!

—No me encontré con un hipogrifo; pero sí con un telegrama del Ministerio de Gobernación que, haciéndome embarcar en el primer vapor para Arona, me llevó á Londres dos días más tarde.

—¿Te dedicas aún á las artes ocultas? preguntó Sir Marmaduke.

—¿Quieres decir á la magia blanca y negra? le contestó sonriendo, ¡Oh, sí! aunque poco. Pero, perdonadme, tengo que marcharme, pues no quiero perder el último acto de Ruy Blas; y además, no he venido sólo al teatro.

—¡Bien! pero atiéndeme: no quiero que me hagas la misma jugarreta desapareciendo por arte de birlibirloque, como en aquella ocasión; porque tengo algo que devolverte, *aquello*, con un millón de gracias.

—¡Ya, ya! exclamó el otro. ¡Bueno! No tengo inconveniente en volverle á poseer; sobre todo si, como presumo, no es prenda de gran valor sentimental para tí. ¿Dónde páras?

—En la hostería de Mauricio.

—Y yo en la Continental. Cuando esta noche deje mi compañía en su casa, iré á verte si así te place.

—Convenido, dijo Sir Marmaduke, te esperaremos en el salón de fumar.

—Corriente: esperadme hacía las doce. Y después de pagar su taza de café, se dirigió apresuradamente al teatro.

—¿Quién es ese misterioso amigo de Vd.? pregunté á Sir Marmaduke y ¿qué cuentos son esos sobre la magia negra?

—Nada de cuento, me replicó Sir Marmaduke con la mayor convicción. Ese es un verdadero taumaturgo, el ser más prodigioso con quien he tropezado en toda mi vida. Si no hubiera sido por él, amiguito mío, hoy estaría casado y Dios sabe cómo.

—¿Os quitó la novia? ¡Es un prójimo admirable!

—Impertinencia tan obvia como gratuita es vuestra suposición, me respondió el querido y viejo camarada con tranquilo acento.

—Perdonadme, le dije, y contadme todo éso. Por su facha nadie le creería nigromante.

—Pero por sus hechos y palabras nadie lo podrá negar, me contestó mi amigo. Los títulos de un nigromante están en los actos de su magia; y yo soy un testigo, una prueba viva de sus poderes ocultos. ¿Queréis otro cigarro?

Acepté su oferta y habiendo cada uno encendido el suyo, Sir Marmaduke, prosiguió:

—Antes de establecerme en Venecia, viví por algún tiempo en una villa de mi propiedad, junto al lago Mayor, en Estresa. Era una preciosa casa de campo, bien elevada sobre el nivel del lago y con una vista encantadora que abarcaba á las islas Borromeas. Llenaba todos mis gustos y bien puedo aseguraros que aún me encontraría en ella á no ocurrir los sucesos que voy á narraros.

Otra villa, mayor que la mía, se alzaba precisamente á espaldas de ella sobre la misma colina, estando los jardines de ambas separados por un angosto callejón. Por mucho tiempo estuvo desocupada, con gran satisfacción mía, que

no deseaba estar bajo las miradas de nadie ; pero una mañana mi ayuda de cámara me trajo la noticia de que había sido tomada, y tomada por una señora. Mi criado italiano, había podido averiguar, que la nueva vecina se intitulaba Marquesa de Trabelli y daba pruebas de ser muy rica, y los lujosos muebles que en carro tras carro, pronto comenzaron á llegar confirmaron su último aserto. No tardó mucho mi criado en traerme maravillosas descripciones del esplendor oriental que iba apareciendo en la antes solitaria y desnuda vivienda : los muebles venían no de Milán y sí de París, y parisiense era también el encargado de hacer la decoración.

Pocas semanas bastaron para que aquella casa fuese transformada de barraca en palacio ; y el abandonado jardín, de inculto zarzal en un lugar delicioso : entonces, vino á habitarlo la señora acompañada de dos criados, una doncella y un mayordomo, el cual completó el servicio con personas de la vecindad. Ella ni pertenecía á la nobleza de la localidad, ni tenía en ella amigo ó conocido alguno, siendo un verdadero misterio para todos. Sus dos criados franceses, no sabían una palabra de sus antecedentes ; ó si los conocían, guardaban sobre ellos una absoluta reserva.

En dos puntos solamente estaban de acuerdo las innumerables versiones, que su aparición hizo correr de boca en boca ; y estos dos puntos consistían en la afirmación de que era una verdadera italiana, y que en loque á belleza concernía, no sólo podía ser marquesa, sino princesa y aún reina.

Especie fué esta que no rindió mi crédito, porque la belleza ante la cual la generalidad de los italianos se postran admirados y aturdidos, peca de demasiado florida para mi gusto. Pero ¡ por dios ! señor, bien pronto fué castigado

mi ecepticismo. En el mismo instante en que mis ojos la descubrieron, su imagen me sorprendió por ellos para hacerse tirana de mis pensamientos. Vino, la ví y me venció. No se hallaba en la primavera de la juventud : contaba lo menos treinta ; pero su belleza acababa de llegar á la época de su mayor desarrollo, sin perder lo más mínimo de su natural frescor. Alta y de encantadoras proporciones : con un cabello suave como mis esperanzas, largos como mis suspiros, y negros como mis temores : verdadera catarata de rizado azabache, que cayendo sobre sus redondos y mórbidos hombros, cercaban á modo de marco un rostro ovalado de piel morena y aterciopelada ; con unos labios como ascuas, y si viera Vd. para saber lo que es gracia, cómo se asentaba aquella arrebatadora cabeza sobre sus hombros ; y qué elegancia, y qué movimiento más encantador, aquel de su admirable cuello cuando volvía majestuosamente su cara hacia Vd. y deslumbraba con el fulgor de sus grandes ojos : fulgor semejante, semejante . . . ¿ al nuevo faro de Calais que irradia rayos y rayos de vivísima luz que lentamente recorren el arco del remoto horizonte ?

Este arranque de entusiasmo dejó á mi viejo amigo sin aliento, trayéndole á repentina pausa, que aprovechó para, acudiendo á la mímica ilustrar con el extendido brazo, de pies y girando sobre sus talones, la marcha de los rayos luminosos del faro de Calais y el mirar de los ojos de la Marquesa.

—¡ Vaya ! se está haciendo Vd. completamente Mussetista, le dije :

"Avez-vous vu, dans Barcelone,
Une Andalouse au sein bruni,
Pâle comme un beau soir d'automne?
¡ C'est ma maîtresse, ma lionne!
La Marquesa d'Amaegui."

—¡ Eso es ! exclamó Sir Marmaduke, y ahora que pienso en ello, me recuerda Vd. que Musset era su poeta favorito. No necesito decirle cómo nos conocímos, ni cómo nuestro conocimiento se fué gradualmente desarrollando. Su educación esquisita y completa, pasaba mucho más allá de los límites con que por lo general se satisfacen los italianos : hablaba el inglés y el francés casi tan bien como su lengua nativa, había leído mucho en estos tres idiomas, cantaba con una espléndida voz de contralto y, por último, vestía con estudiada y sobria sencillez. En verdad, aún guardaba medio luto por el difunto marqués, con cuya muerte se extinguía una de las familias más antiguas de Nápoles. Desde aquel triste suceso había vivido en París con unos amigos ; pero aunque su acento inglés era purísimo, jamás había cruzado el canal. Sus amigos parisienses se vieron precisados á irse á la América del Sur ; y en vista de ésto, atendiendo á que el clima de Nápoles no le sentaba bien, por no decir nada de los luctuosos recuerdos que aquel lugar guardaba para ella : resolvió retirarse al norte de Italia, y vivir tranquilamente entregada al estudio y á la práctica de la beneficencia.

Decirle que nos enamorámos perdidamente, sería faltar á la verdad de lo sucedido : yo me andaba por los cuarenta ; ella no me iba á la zaga con menos de diez, y, además : se revelaba en su carácter, tal confianza, por no decir presunción, en sus propias fuerzas, que los arranques de ternura eran cosas completamente fuera de lugar. En una palabra : era una criatura nacida para la adoración, y no para las caricias. Aún después de ser mi prometida, nuestras relaciones se conservaron dentro de los límites de la cortesanía ; sin traspasarlos jamás para entregarnos á una dulce cordialidad, y no porque fuese ella indiferente, sino porque parececía estar convencida, como yo también lo estaba, de que una belleza como la suya debía mostrarse siempre con la mayor

dignidad, y que un aire alegre ó un instante de abandono, hubieran sido tan indignos de ella como de Agripina en el Capitolio. Yo sentía por aquella mujer lo que se siente por lo bello.

¿ Jamás le ha tentado la idea, al contemplar una de esas grandiosas creaciones del arte, de vender cuanto posee, para comprar alguna obra maestra, por más que, como Frankenstein, viniera Vd. á convertirle en su esclavo ? Pues bien : un sentimiento semejante á ese era el que la Marquesa Lucrecia me inspiraba. Yo creía ó mejor dicho sabía que ella era uno de los seres más bellos de cuantos Dios ha creado ; y me dominó el loco deseo de llamar mío á ese fénix, así como Fausto suspiraba anhelante por ver la cara aquella de quien hizo que mil naves cruzaran las aguas para destruir á Troya.

Bien pueden los socialistas decir cuanto se les venga á las mientes ; pero á menos que la naturaleza humana no se reforme de un modo radical, puede asegurarse sin duda alguna, que habrá siempre un inmenso é indefinible placer en la práctica del monopolio, ó por lo menos de cierta clase de monopolios. Otra cosa que me animaba á arrostrar los que no podía menos de conocer como peligros del matrimonio, era el pensamiento de la cara que pondría mi dichoso primo ¡ que Dios confunda ! cuando recibiera las gratas nuevas de mi casamiento ; pero ésto se limitaba á un goce secundario, porque en realidad yo me encontraba bajo un encanto, al estilo de aquellos galanes tan celebrados en las baladas de la Edad Media.

—¡ Bien Sir Marmaduke Tannhauser ! exclamé yo

" Yo guardo aquí en mi mente
Como un tesoro,
Una mujer tan buena . . .
Que es un demonio."

—¡ Alto ahí ! exclamó Sir Marmaduke, no vayáis tan de prisa : esperad y ya veréis.

Cuesta abajo y por suave trillado hacíamos nuestra jornada hacia el altar de Himeneo, viendo, á lo menos por mi parte, con indecible contento, los pocos días que nos separaban del que habíamos fijado para suceso tan feliz ; el cual debía verificarse sin ruido ni celebración : en una palabra, del modo más privado. Lucrecia manifestaba invencible repugnancia, por no decir verdadero horror, á la publicidad, especialmente tratándose de unas segundas nupcias : y yo, estaba para reventar de risa ante la idea de sorprender á mis amigos y parientes (incluso el primito, mi presunto heredero) dándoles la nueva de sopetón por medio de la primera columna del *Times.* Nuestra luna de miel la pasaríamos en Oriente : y como Lucrecia tenía un miedo cerval al clima de Londres, y en cuanto á mí, puedo decir usando las palabras del Doctor Johnson con referencia á la ropa limpia,—yo, señor, no siento pasión alguna por cosa tal—decidímos vivir permanentemente al sur de los Alpes.

Un día que hube de pasar á la isla de los Pescadores para cumplir un encargo caritativo de la Marquesa, me encontré de manos á boca en la única y estrecha callejuela de aquel lugar, con mi amigo Filips, antiguo é íntimo camarada de Oxford, á quien hacía diez ó quince años que no veía : ambos celebrámos el encuentro, y habiéndome dicho que estaba de temporada en Pallanza, le hice despedir su bote, prometiéndole que yo le llevaría á la tierra firme en mi barca, la cual estaba convenientemente aparejada para navegar á vela. Así lo hizo, y como el viento fuera escaso, tuvimos durante la travesía sobrado tiempo, para recordar nuestras antiguas aventuras.

Uno de los recuerdos de nuestra juventud que yo tenía más grabado en mi memoria; por haber sido lo único que le

hacía perder su imperturbable paciencia, cuando lo chacoteaba por ello, era su convicción, su fe ciega en la posibilidad de descubrir el carácter de un individuo por la forma de su letra : cosa á que dedicaba lo mejor de su tiempo y estudios constantes, y que entonces yo consideraba como mera superstición. Preguntéle si todavía conservaba aquella manía, como yo la llamaba, y me contestó encogiéndose de hombros, que así lo hacía en efecto.

Al oir su afirmación ocurrióseme una idea. Tenía en el bolsillo una simple esquela de la marquesa, escrita en italiano, idioma que Filips no entendía según hacía poco acababa de decirme ; y en la cual, después de hacerme mi prometida varios encargos, me invitaba á comer. Era su letra enteramente masculina, y, por este motivo con la firme creencia de que ni aún descubriría el sexo de su autora, partí el papel para quitarle la firma; y entregué el resto á Filips, pidiéndole su opinión sobre el carácter de quien la había escrito.

Observé ciudadosamente la expresión de su rostro mientras examinaba el escrito : al poner los ojos en él, arqueó las cejas y se comprimió los labios, con el aire de un hombre que se encuentra frente á frente de un inesperado problema. Luégo, arrugó el entrecejo y entonces haciendo un minucioso examen, fué analizando rasgo por rasgo, tilde por tilde, curva por curva el escrito entero de cabo á rabo. Este examen duró cinco minutos bien largos, durante los cuales ambos guardámos el más profundo silencio.

Por fin levantando la cabeza y mirándome fijamente me preguntó :

—¿ Te interesa mucho esta . . . dama ?

—¡ Hola ! ¡ con que sabes que es una dama ! exclamé yo bastante sorprendido.

—Y aún algo más, me contestó con semblante muy grave ; escúchame, añadió, mostrándome la carta y recorriendo las

líneas con la punta de su dedo índice ¡ esta letra es la letra de una homicida !

Solté la caña del timón y me abalancé hacia él, ebrio de cólera ; pero como mi ímpetu nos puso á punto de zozobrar, y el viento, ya bastante fresco, nos cogía de costado, hube de volver á mi puesto ; sino creo que le hubiera acometido.

—Vamos, Filips, le dije, bromas son bromas ; pero ya esta es demasiado pesada.

—Si fuera broma, maldita la gracia que tendría ; pero te engañas, hablo muy seriamente.

—Entonces estás loco, rematado. Tu antigua necedad se ha convertido en monomanía. La dama que ha escrito esas líneas es hoy mi prometida, y dentro de pocos días será mi esposa.

—Entonces todo cuanto puedo decirte, y recuerda que te hablo con la mayor gravedad, es que tu vida no tendrá más de doce meses de duración : será un detestable riesgo para una compañía de seguros. Volvió á examinar cuidadosamen la esquela y prosiguió : Créeme ó deja de creerme, has lo que gustes ; pero te repito que esta es la letra de una homicida ; y aún puedo decirte más : la mano que ha hecho esos caractéres ha manejado un puñal, ¡ esa es su arma !

—¡ Bah ! exclamé, no sin que á despecho mío me sintiese algo impresionado. ¿ Me tomas acaso por un chiquillo ? Óigame el nigromante y contésteme : si en vez de tratarse de una asesina se tratara de una envenenadora ¿ podría decirme por su letra qué veneno empleaba ?

—Todo pudiera ser ; pero ocupándome ahora del presente caso veo sin género de duda, que la mano que ha escrito estas líneas se ha valido del acero. ¿ Conoces tú la historia de esa señora ?

—Sé que es una viuda.

—No es improbable.

—Y que su marido era un noble napolitano.

—¡ Tate ! ¿ y qué más ?

Como lo que acababa de decir era todo cuanto sabía, permanecí silencioso; y entonces procediendo á preguntarme mil y mil cosas, me hizo pensar en lo que en realidad jamás se me había ocurrido : ésto es, en que sólo conocía un simple suceso de su pasado y éso, sin otra prueba que la de su propia afirmación. Apurado, acosado, en una palabra materialmente acorralado por su habilísima indagatoria, no pude menos de exclamar impacientemente.

—¡ Por Jesucristo ! ¿ Qué demonios quieres que haga ? ¡ Lindo estaría que la fuese á ver y le dijese : Marquesa, un taumaturgo, un nigromante, amigo mío, me asegura que Vd. ha matado á puñaladas no sé á quien diablos ; . . . acaso á vuestro lamentado Marqués ! ¿ Os ruego me digáis si por ventura es cierto ?

—Dejadme reflexionar un momento, me replicó Filips : y en efecto, después de meditar un momento con la vista clavada en la carta, volvió á mirarme y continuó : lo que debes hacer es cogerla por sorpresa. Esa mujer tiene un temperamento extremadamente nervioso.

—¡ Te equivocas de medio á medio !

—¿ De veras ? Pues oye : añadió imperturbablemente, apuesto mi propia reputación á que algo dirá ó hará que revelará su secreto, si le presentas inesperadamente este juguete ; y, dejándome atónito, llevó la mano á su cintura de donde la sacó armada con un puñal que resplandeció á la luz del sol.

—¡ Hombre, eso sólo te faltaba ! exclamé yo riéndome á carcajadas. ¡ Andas armado en Italia ! ¿ Crees que aún estamos en los días de la Edad Media ?

—¡ Cállate y no desbarres ! Siempre llevo conmigo esta

alhajuela ; la cual, además de ser útil para diferentes propósitos, tiene algunos recuerdos para mí. Tan lejos estoy de pensar sea prenda indispensable en Italia, que no temo afirmar que tú, actualmente en ella, andas sin llevar una pulgada de acero sobre tu persona.

—Así es efectivamente.

—¡ Bien ! Entonces voy á hacer una especie de apuesta contigo : prosiguió mientras desprendía la vaina, que, oculta por su levita, llevaba pendiente del cinturón. No negarás que ésto es un preciso juguete, ya lo ves : un antiguo puñalito de la tierra de las Borgias, con puño y vaina de marfil, incrustado de oro ; una magnífica amatista por pomo y otra en el remate de la contera. Tómalo ; pero con una condición : haz de presentarlo de improviso, ¿ entiendes ? sin preámbulo alguno á tu aristocrática prometida. Si ella al verlo no manifiesta evidentes indicios de una gran perturbación, suya es mi prenda ; pero si como ha de suceder, hace ó dice algo extraño, si pierde el color, ven á verme en seguida y profundizaremos su misterio.

—En realidad, acceder á lo que me propones es casi hacer un insulto á la marquesa ; pero, tienes razón, el puñal es una preciosidad y ¡ por el Cielo ! me seduce la idea de hacerle un valioso presente á expensas tuyas ; dándote de paso una buena lección, que indudablemente te hará bien, enseñándote esta máxima : No te fíes de perfiles.

—Perfiles á veces llevan al palo : me replicó sin que hasta hoy haya sabido qué me quiso decir con semejantes palabras, últimas de nuestra conversación sobre el particular ; puesto que en aquel mismo momento, habiendo atracado mi barca al muelle del vapor en Pallanza, saltó á tierra. Dióme la dirección de su posada y, habiéndole prometido una visita para el día siguiente, con la relación de lo que del experimento resultara, volví el rumbo hacia Estresa á donde

me llevó una fresca brisa ; mientras reflexionaba en la ridícula manía y final sentencia de mi antiguo amigo.

Aquella misma tarde y á la hora de costumbre, fuí á la villa de Trabelli ; llevando el puñalito esmeradamente envuelto en papel blanco, atado con cintas rojas y lacrado por los extremos. Encontré á Lucrecia en la galería, sentada en una mecedora de mimbre, y luciendo, con todo su esplendor, las ricas galas de su arrebatadora belleza : vestía, ¡ no se me olvidará jamás ! un traje negro, de tela sutil y diáfana como la gasa que, con cierta coquetería, so pretexto de encubrir dejaba adivinar los admirables contornos de su seno, para desesperación de los ojos y enloquecimiento de la imaginación, sujeto á la garganta y á las muñecas con lazadas de cintas de un vivísimo rojo ; y adornaba su preciosa garganta con tres sartas de coral, color de sangre.

—Marquesa, le dije al besarle la mano, voy á haceros un pequeño presente : es una fruslería ; pero no carece de mérito : hélo aquí.

Tomó el paquete, rompió los sellos y comenzó á desatar las cintas, diciéndome : ¡ Ah ! alguna agradable sorpresa ¡ gracias, gracias ! pero antes de que hubiera deshecho las ataduras, puñal y vaina, deslizándose por uno de los abiertos extremos le cayeron sobre el regazo.

Al ver el arma apartó rápidamente de ella la mano con que estaba á punto de cogerla, y veloz como un relámpago, saltó de su asiento, dejando escapar un ahogado grito de terror. El puñal cayó sobre el tapete á los pies del asiento ; y la marquesa, clavó en él los ojos que parecían salírseles de las órbitas ; mientras en su descompuesto rostro se pintaba, con la lividez del cadáver, tremendo espanto y mortal angustia. En seguida retrocedió vacilante algunos pasos, como si tratase de acogerse en el salón ; pero se le doblaron

las rodillas y vino al suelo, retorciéndose las manos y exclamando con atribulado acento:

—¡Oh, nó! ¡no fuí yo! ¡no fuí yo! ¡fué ella, . . . la malvada, . . . la infame! ¡Soy inocente! ¡Lo juro por Dios! . . . ¡Soy inocente, inocen . . . !

Un sollozo le cortó la voz, y comenzó, como si se hallase en las ansias de la agonía, lanzando gemidos y murmurando frases incoherentes.

Llamé á su doncella, quien acudiendo rápidamente á mis voces, corrió al lado de la marquesa, junto á la cual ya estaba yo; y entre ambos la levantámos, movimiento que al parecer le devolvió en cierto grado su conocimiento: entonces hice ademán de ayudarla á sostener para conducirla con su criada á sus habitaciones, pero al notarlo se apartó bruscamente de mí con un gesto de horror: y, descansando todo su peso en el robusto brazo de la francesa, se dirigió tambaleándose hacia el salón en donde al entrar desapareció de mi vista.

Lo sucedido me tenía confuso y pasmado: recogí el puñal, lo guardé en mi bolsillo y corriendo á todo escape hacia el lago, salté en mi barca; que con cuatro remos y á remar de regata me llevó al muelle de Pallanza, desde donde me encaminé directamente al alojamiento de Fílips. ¡Mi amigo se había marchado! Había salido para Arona y Milán, pero no se sabía á que punto iba: y desde aquel día hasta esta noche no he tenido la menor noticia de él. No me dejó una línea de despedida, y yo no conocía á nadie que me pudiera dar su dirección. Por lo que nos ha dicho, hace poco, veo que estaba empleado en el Ministerio de gobernación: cosa á la cual no hizo la menor alusión en nuestro casual encuentro. Yo le creía una especie de vagamundo ó judío errante, semejante á mí; y fiaba en el destino, que tarde ó temprano nos haría tropezar en este nuestro peque-

no mundo, lo cual, como acaba Vd. de ver ha sucedido al fin ; aunque para ello han tenido que trascurrir once años.

De regreso á Estresa, fuí á la villa de Trabelli donde se me dijo que la marquesa estaba enferma y no podía recibirme. Á la siguiente mañana repetí mi visita, y entonces, uno de los criados italianos me entregó una esquela, noticiándome al mismo tiempo que la marquesa y su doncella habían partido por la mañana sin decir á donde se dirigían. La esquela estaba escrita en inglés ; y sus palabras, una por una, eran las siguientes :

"Creí que Sir Marmaduke Middletón era un cumplido caballero; pero ¿es posible que lo sea quien sin miramiento alguno, de un modo brutal, desquicia y exaspera los nervios de una bien atribulada mujer? Sean cuales fueren las faltas que se me atribuyen, jamás he torturado á un ser más débil que yo, ¡ á un amigo que ningún daño me ha hecho ! Si acaso habéis salvado un mísero resto de hidalguía ; no trataréis de seguirme, ni diréis una sola palabra de mi secreto."—L. T.

Cuando leí ésto, me quedé, materialmente aplastado : nunca he podido descubrir á nadie su secreto, por la sencillísima razón de que también lo era para mí ; pero en desagravio y por vía de penitencia, mortifiqué mi curiosidad, absteniéndome cuidadosamente de hacer la menor averiguación que me pusiera sobre su pista.

Uno ó dos meses después, supe que un banquero alemán había comprado la Villa de Trabelli con todos sus muebles y accesorios ; tal como se hallaba cuando la marquesa vivía en ella : y á poco, vendiendo también la mía, emprendí una correría que duró tres años, por China, el Japón, California y esos mundos de Dios. Una vez, al dejar una pequeña estación del ferrocarril del Pacífico, me pareció ver en un tren que pasaba para California, el bellísimo rostro de aque-

lla encantadora mujer: el mío me llevaba hacia Nueva York, y aunque grandes tentaciones tuve de saltar fuera de mi coche é irme tras ella en el tren inmediato, dominé mi impulso y . . . ¡héteme aquí!

* * * * * *

El Señor Fílips, cumpliendo con lo ofrecido, y para honor de su palabra, llegó á la hostería de Mauricio pocos minutos antes de la media noche. Arrastrado por la curiosidad que el relato de Sir Marmaduke había despertado en mí, lo miré atentamente; y ¡cosa rara! mientras más estudiaba sus bien marcadas y comunes facciones, menos creía en su claravidencia y demás poderes ocultos que mi amigo le atribuía; siendo esta manifiesta contradicción entre tal fondo y tal forma, causa del vivísimo interés con que esperaba su conversación.

Sir Marmaduke comenzó por contarle sin omitir detalle alguno y como no hacía mucho, me lo había relatado, los efectos que la vista del puñal produjo en su encantadora Lucrecia; y, cuando describía el accidente que acometiera á ésta, su amigo le interrumpió, exclamando:

—¡Hubiera jurado que tenía mucho más nervio!

—¡Entonces tu ciencia diabólica, seor nigromante, no se puede colocar de un modo absoluto entre las exactas! exclamó Sir Marmaduke; ¡Toma! ¡le es acaso imposible calcular el nervio de un individuo de una manera aproximada!

—La verdad es, dijo Fílips sonriéndose, que hasta cierto punto te hice una buena jugarreta en justo desquite de la sempiterna mofa y obstinada incredulidad, que siempre te habían merecido mis investigaciones, para descubrir las relaciones que hay entre el carácter de una persona y la forma de su letra. La escritura da realmente algunos indicios de la índole de los individuos; y á causa de mis largos y detenidos estudios sobre el particular, he adquirido una rara

percepción que me permite distinguir las diferencias y semejanzas más insignificantes entre dos manuscritos cualesquiera: en una palabra, logré hacerme un perito en la materia. Pronto se supo mi habilidad en el Ministerio, en donde tuve frecuentes oportunidades de ejercitarla. Más tarde los tribunales empezaron á valerse de mi conocimiento, haciéndome prestar un servicio que me era en extremo desagradable, por la incredulidad impertinente con que generalmente se oyen las declaraciones periciales. ¿No recuerdan Vds. una célebre causa criminal, seguida hace catorce ó quince años contra una italiana, antigua cantarina, en la cual se le acusaba de haber asesinado con premeditación á su marido, inglés muy acaudalado; ya llevada de los celos, yá de un sentimiento de despecho, ó quizás de unos y otro á la vez? Sospechando ella que su esposo tenía una intriga amorosa con otra mujer, le escribió una carta disfrazando la letra á fin de que apareciese como escrita por la mano de su rival, y en la que le daba una cita para la noche, en uno de los lugares más recónditos de su propio parque. Nuestro hombre, cayendo en el lazo, fué al sitio designado; y sentado en un tronco esperaba cómodamente la llegada de su amante, cuando su esposa, acercándose le cautelosamente por la espalda, le dió tres puñaladas que le arrancaron la vida antes de que pudiese dar un solo grito. Tal, por lo menos fué la teoría de la acusación; pero todo dependía de probar que ella era la autora de la contrahecha esquela. Yo fuí uno de los peritos llamados, y no tuve la menor duda en identificar la escritura de dicho documento con la usual de la acusada; pero mis dos compañeros, quienes eran unos puros charlatanes, manifestaron ciertas dudas que permitieron se escapase impune la homicida. ¡Middletón, en el mismo momento en que me enseñaste aquella carta, reconocí su letra! Terminada la causa, pude conseguir y guardé

como un objeto curioso, el pequeño puñal con que se había perpetrado el crimen : y ésto y el llevarlo en aquella ocasión en el cinto, me dieron pie para confundirte un tanto á la par de librarte de los manejos de aquella buena señora. Creí que á la inesperada vista del arma, se vendería de una ú otra manera, y que de cualquier modo, tomaría tu presente como una indicación de que ya conocías su historia ó estabas en vísperas de conocerla ; pero, recordando su firmeza ante los tribunales, no podía imaginar le ocurriese lo que me has contado, lo cual en mi concepto equivale á una completa confesión de su delito.

—¡ En forma de una aserción de su inocencia ! exclamé sin poderme contener. El puñal recordaba sucesos demasiado dolorosos para que no se conmoviera de un modo más ó menos rudo, por inocente que fuese.

—Me parece, dijo Sir Marmaduke, que aún he sido más brutal de lo que creí. Y por lo que me dices, veo, Fílips, que tú eres el único testigo que la acusa.

—Te equivocas, Middletón, su propia mano fué la que la condenó, respondió el perito.

—Por el contrario, fué precisamente lo que no hizo, observó Sir Marmaduke. En este caso : los perfiles no llevaron al palo. Pero ¿ por qué se ocultó bajo un nombre supuesto ? ¿ Y por qué . . ? ¿ Y por qué . . ? En resumen, Fílips, no te guardo rencor por haber desbaratado mis proyectos.

TAL PARA CUAL

Por Enrique Norman

I

Pesada sesión había sido la del Miércoles por la tarde en la Cámara de los Comunes; y aún más pesados, los individuos con quienes Arturo Galton pasara la mayor parte de ella discutiendo, en la sala de fumar, la cuestión irlandesa; cuestión completamente clara para él, desde que, libertándose de la corredores de votos que lo traían aperreado por salones y pasillos, dijo, por fin, "sí", hacía algunos meses, á uno que lo asaltaba dos ó tres veces al día con un ¿me permite Vd. incluir su nombre en mi lista?" y un nó rotundo, á los demás. Dificultoso en extremo le había sido llegar á una decisión; encontrándose, por otra parte, muy disgustado con la vida política, por las intrigas y cábalas en que se habían visto forzosamente envueltos los miembros independientes; pero, al cabo, logró colocarse en una firme posición, desapareciendo las dudas que aún le restaran sobre el particular al ser reelegido por sus electores, quienes lo conservaron en su puesto por una mayoría casi igual á la que lo llevara á él. De aquí que se aburriese soberanamente, y aún más que aburrirse, se irritara de que muchos de aquellos hombres con quienes había pasado la tarde, pudieran divagar todavía en sus opiniones. Galton en sus mocedades, cuando asistía á las aulas en Leipzig, prometíase que andando el tiempo habría de ser un metafísico de primera fuerza; y bastante

de su estudiantil presunción, le animaba á creer en la actualidad que, por su parte, había resuelto el asunto de un modo filosófico; pero á pesar de ésto, sus compañeros allí presentes, sordos á los más contundentes razonamientos, ni se convencían por sí mismos, ni se dejaban convencer; añadiendo al enojo, efecto natural de un espectáculo como aquel, lo mucho que le había mortificado la conducta del distinguido jefe del partido contrario, quien habiéndole tratado en términos afectuosísimos durante su pasada indecisión, le volvía ahora la espalda al ocupar su puesto, no lejos del de nuestro diputado, en el salón de sesiones.

No es la política profesión á que debe dedicarse un hombre de corazón y espíritu independiente; no, que para prosperar con ella es preciso unir á un completo estoicismo, una hipocresía á toda prueba, y una flexibilidad á prueba de todo, para marchar y contramarchar como culebra que se arrastra hacia la apetecida presa: no, repito que son virtudes y como virtudes, honra y prez de los políticos, aquellas cualidades que deshonran á los demás individuos de la especie humana. Así reflexionaba Galton al dejar sus compañeros y dirigirse por la calle de San Jaime á su casino, estando casi decidido á retirarse de la política, al llegar á la entrada de este. Dió la casualidad de no encontrarse allí con ningún amigo ó conocido suyo, por lo cual tuvo que comer solo; y como le sirviesen el pescado y el clarete fríos, y finalmente el mozo le pusiese delante para postres un plato de amacenas agrias, fruta que jamás había sido de su gusto, se levantó de la mesa para comenzar la digestión aún más hosco de lo que estaba al empezar su comida. Sin embargo, el puro que llevaba en su petaca, era de lo bueno; y así subiendo al salón de fumar se arrellanó en la butaca más cómoda que pudo encontrar, con una taza de café delante y

determinado, á pasar como buen filósofo que era, lo menos malamente un día muy malo.

Rato hacía que se aplicaba á fumar, y ya su mal humor comenzaba á ceder á los invisibles halagos de su buen tabaco, cuando notó que alguien lo miraba con grande curiosidad.

—¡ Toma, es Galton hecho y derecho ! exclamó una voz placentera. ¿ Cómo estás, viejo camarada ?

—¡ Hola, mi querido Hughes ! contestó Galton, levantándose rápidamente al reconocer un antiguo amigo y compañero : ¡ Cuánto me alegro de verte ! ¿ Cuándo llegaste ?

—Anoche bien tarde : hemos tenido una magnífica travesía.

—¿ Has comido ? ¡ Bien ! : entonces siéntate y toma un tabaco. He pasado un día de perros, y vienes más á propósito que el agua en una sequía. ¿ Qué diablos has estado haciendo en América todo este tiempo ; cerca de un año, no es así ?

—Sí, replicó Hughes tomando el ofrecido tabaco y dejándose caer en una butaca. He hecho lo que casi todo el mundo hace allí ; y, por mi fortuna, pocas cosas de las que ese mismo mundo no hace. En Nueva York, chico, siempre de Ceca en Meca : comidas en Delmónico, bailes en el cuartel del Sétimo Regimiento, varias noches ¡ qué noches ! en una escuela de equitación, que es lo que priva allí; los mejores bailes del siglo, y algunas soberanas trotadas. En Boston, grandes raciones de la calle de Beacon y mucha broma en lo que ellos llaman la apertura ó inauguración de Harvard, la Universidad de allí, como sabes. En Washington, un apretón de manos con el Presidente. No tuve tiempo para visitar el Oeste. En resumen, una temporada de primera entre personas inteligentes, vivas, divertidas y hospitalarias. He aquí pues, y en conjunto, cuanto traigo del

otro lado del mar, que supongo es semejante á lo que tu aportaras á nuestras playas después de tu primera excursión por los Estados; y con lo cual tengo alimento para muchos años de reflexión.

—¡ Bien !, dijo Galton, mirando la redonda y llena cara de su amigo, que el aire del mar había curtido, dándole un color que no decía con lo rubio de su cabello y mostacho : has vuelto con lo que fuiste á buscar ; una nueva reserva de salud.

—Sí, y una caja de tabacos verdes y, también, algo más que te alegrarías de conocer.

—¿ Una mujer ?

—No, y no por mí, sino por ella que no me quiso.

—Pero ; . . . entonces no lo entiendo, porque, ó debe haber consentido ó no te hubiera acompañado.

—¡ Calla hombre ! si se trata de una prima mía, cuya existencia hace un año ni siquiera sospechaba. Ya sabes que un medio hermano de mi padre quiso casarse con la hermana de su difunta esposa ; y como la ley aquí no se lo consentía, se fué á los Estados Unidos en donde contrajo los deseados lazos y se quedó á vivir ; así pues la Señorita Ayrton es en realidad una inglesa, nacida y educada en aquellas tierras.

—¿ Ayrton ? bonito nombre, observó Galton.

—Sí ; y ella vale un Potosí ; añadió Hughes con entusiasmo. En realidad es la joven más bonita que he visto y espero ver en toda mi vida : sí, es bonita . . . pero bonita no es buen calificativo para ella ; es preciosa, es espléndida hechicera, divina . . .

—¡ Pára ! exclamó Galton, añadiendo muy gravemente : Chico, te compadezco y doy mi sentido pésame.

—¡ Vete á parear con tu compasión y pésames ! replicó Hughes soltando una carcajada : lo que te aseguro, hablán-

dote con toda formalidad, es que mi prima Ayrton, no tiene rival en la tierra entera : fama de ello alcanza en el otro lado, donde sé de buena tinta que, uno á uno, la han ido pretendiendo cuantos la conocían ; ya declarando francamente sus aspiraciones, ó ya con ellas en la mente y saliéndosele por los ojos, á falta ó en espera de ocasión que les permitiese declarárselas. Hubieras tú visto, la cara de aquellos infelices, desahuciados. Entre éstos sé de dos que han ido á enterrarse en el corazón de Méjico ; otro que abandonó cuanto tenía en Nueva York, y hoy distrae sus sinsabores arreando el tiro de una diligencia por los caminos de Tejas ; y asegura la gente, que un cuarto, tomándolo más á pecho, se quitó bonitamente del medio, aunque tengo mis dudas sobre esta historia de suicidio. Ella lleva una lista de todos, con sus fechas de entrada y salida, en su libro de memorias.

—¿ Incluyendo el tuyo ?

—¿ Y por que no confesártelo ? continuó Galton con acento más grave y sacudiendo la ceniza de su tabaco : me enamoré perdidamente de ella y le ofrecí mi mano : no me avergüenza el confesarlo, y á tí te hubiera sucedido lo mismo.

—¡ Pues nó ! ¡ Como dos y dos son cuatro ! replicó alegremente Galton, quien encontró un medio de concluir con los restos de su mal humor, volviendo á su viejo hábito de embromar á su más joven é impetuoso amigo ; como siempre lo había hecho desde que ambos eran escolares.

—Nada más fácil para tí Galton, repuso el joven algo quemado, que el estarte tranquilo ahí, y, tratar de picarme con tus usuales agudezas ; pero si tú la hubieras conocido tanto tiempo como yo, ya sería otro cantar.

—¿ Séis meses, no ?

—No importa cuánto ; pero afirmo que como cada hijo de vecino, tú también le hubieras propuesto tu candidatura.

—Mi querido Hughes, le respondió Galton con reposado acento : tu entusiasmo es muy hermoso y muy natural, y no seré yo quien trate de destruirlo ; pero olvidas que hablas con un hombre entregado hace años á la vida de la política : soy demasiado machucho para sentir tus arrebatos.

—¡ Ya, ya ! exclamó Hughes. ¡ Con cuanto gusto haría una apuesta contigo sobre el particular !

—No apuesto tampoco.

—Entónces mi querido holandés, continuó Hughes arrellanándose en su asiento como quien sabe que lo que va á decir termina la discusión ; voy á enseñarte algo, que también he aprendido en América, y es que cuando se hace una proposición como la que acabo de hacerte, no cabe más remedio que aceptarla ó cerrar el pico ; y perdona la vulgaridad.

—¡ Vaya ! si esa es tu opinión, exclamó Galton riéndose y enderezándose en su asiento, oigamos la apuesta.

—Apuesto, en suma redonda, cien libras, le contestó Hughes, á que antes de los seis meses de haber sido presentado á mi prima, le has pedido te conceda su mano, y tu nombre va á aumentar la lista del consabido librito ; y para ser más hidalgo que un antiguo castellano, te allanaré el camino desde el principio, dándole los informes más brillantes de tí.

—Aceptado, dijo Galton riéndose, y ¡ Ay de tí ! De todos modos la prueba será divertida ; pero antes quiero advertirte con toda nobleza que no le pediré su mano, aunque reuna á la belleza de Venus, los atractivos de Minerva ; y que, por consiguiente, vas á perder tu dinero.

—Corro el riesgo, repuso el joven, recuerda que "hasta el fin nadie se ríe ;" y mientras tanto, ésto pondrá punto á tus bromas. Ahora, hablemos de tí. Parece que habéis librado grandes y porfiadas batallas en el parlamento.

Poco se necesitaba para inducir á Galton á tomar la palabra sobre sus trabajos é intereses políticos; y habiéndolo hecho así; la usó por largo tiempo, casi sin detenerse, intercalando en la narrativa de su vida intelectual, durante la ausencia de su amigo, todas las anécdotas, chanzas y epígramas que se cruzaban á granel sobre la arena de la grande y reñida batalla parlamentaria; puesto que la parte cómica de la vida no era menos interesante que la seria, á un hombre que como él, había envejecido prematuramente. Vivísimo como escolar, inteligente y amigo de los libros aunque algo atolondrado, como estudiante en Cambridge, había hecho los cursos universitarios adelantándose en dos ó tres años á la generalidad de los hombres; y habiendo perdido á su padre cuando se sentaba en los escaños de la escuela, y á su madre poco tiempo después de salir del colegio; se encontró aún muy joven dueño y señor de sí mismo y de una buena fortuna, lo cual le permitió seguir su propio gusto por los viajes y tranquilas aventuras. Contaba treinta y dos; pero las personas que lo conocían de vista, le creían mucho más viejo. Era su frente hermosa, y los cabellos que la coronaban, cayéndosele año tras año, iban dejando al descubierto con prematura calvicie, la arrogante curva de su cráneo; sus ojos tenían ese color azul de acero, que por lo general y cual si fueran redondas chapas de esta durísima sustancia, ni permiten que los penetre mirada alguna, ni revelan las agitaciones del alma ó la índole de quien los posee; y, por último, su barba, bien poblada, castaña y cuidadosamente arreglada, le daban casi aire de extranjero. En su juventud, sino pasión había tenido gusto por los ejercicios atléticos, y, por consiguiente, tanto el remo y la pelota como el combate á puñadas, la esgrima y la equitación, habían desarrollado su cuerpo dotándole de fuerza y agilidad. Sus dos grandes placeres habían consistido siempre en el estudio y en respi-

rar el aire libre ; pero durante uno ó dos años llevó en el continente una vida demasiado alegre, y nó, por natural vocación, sino arrastrado por el ejemplo de las personas con quienes entonces trataba, las cuales buscando la felicidad por senderos epicúreos, cifraban la dicha toda en los vivaces ojos que fácilmente reflejan más fáciles y fugitivos afectos ; en las emociones del tapete ; y, para compendiar, en todo cuanto se puede simbolizar con el beso, la copa y el cantar : y no se crea que aquella época de trueno, verdadero paréntesis en el discurso de su existencia, fuera cosa que deplorara ; pues tomándola por su lado filosófico, la consideraba como el único medio de adquirir la experiencia que le había dejado y como verdadedra vacunación contra un mal que, según sabía, cuando no se deja á la espalda, nos acecha crecido en fuerzas vida adelante, y con más graves riesgos de hacernos caer y caer de firme. De vuelta á su patria ingresó en el mundo político, y como unía una buena figura y cierta posición social, á una palabra fácil y persuasiva y un bolsillo lo bastante repleto para pagar por sí solo los gastos de su elección y aún algo más ; se encontró casi con sorpresa suya en el Parlamento antes de que hubiese definitivamente elegido un lugar donde residir. En la actualidad sentíase cual si se le hubiese robado parte de su juventud con sus ideas alegres y generosas ; y como siempre acariciara la idea de tornar á esos días por una temporada, después de haber hecho su papel de hombre por algunos años en los combates políticos, arena donde mueren las aspiraciones de aquella especie ; celebraba de todas veras su encuentro y conversación de estudiante con un hombre más joven que él, con Hughes, aceptando su apuesta por pura afición á dejarse llevar de arranques de atolondrado. Por supuesto, no pensaba aceptar el dinero de su amigo, que daba como ganado ; pero se le proporcionaba una di-

vertida aventura, que daría á su trato con la maravillosa Señorita Ayrton un sabor que le seducía.

La conversación sobre política duró hasta que Hughes, sintiéndose cansado, se aprovechó de las once campanadas de un reloj, para despedirse de su amigo, darle una cita para la siguiente noche é irse á dormir. Galton acompañándolo hasta la puerta del Casino, le dió en ella las buenas noches y andando con lentitud y calle abajo se encaminó hacia su habitación, entregado completamente al estudio de los complicados problemas que se había propuesto resolver. Tenía aún que trabajar por un par de horas, antes de recojerse; para terminar un artículo que versaba sobre "La esfera del sentimiento en Economía," y había prometido enviar al editor de un periódico de su comunión á la mañana siguiente: en consecuencia, una vez en su cuarto encendió un tabaco y las bujías de su escritorio, descansó los pies en unas babuchas y, envolviéndose en una bata de terciopelo, se sentó delante de la última página de su manuscrito. Una vez soltó la pluma para encender un nuevo tabaco; otra, para sacar un gran libro azul, que guardaba bajo el escritorio; y finalmente una tercera, para coger de su estante un tomo de Mill. De cuando en cuando el ruidoso traqueteo de un desvencijado coche de alquiler venía á distraerle por un momento; más su pluma corría rápidamente sobre el papel á medida que las bujías se iban consumiendo, y no era menos de la una de la mañana antes de que con un rápido rasgo describiese ese trazo, cuyo significado es "fin," en los jeroglíficos del escritor. Entonces tiró la pluma y se levantó exclamando el consabido ¡"Gracias á Dios que he terminado!"

Su habitación estaba iluminada por una gran lámpara de cobre, colgada de una cadena de hierro que se extendía de una á otra pared; y como la llama estuviese escondida en

una media esfera de dicho metal, la luz se reflejaba hacia el suelo, produciendo en él una tenue claridad que decrecía gradualmente hacia el techo, en donde se marcaba cual brillante círculo de oro, el lugar en que caían los rayos escapados por la redonda abertura, desahogo de los gases de la combustión. Era el mueblaje de color verde oscuro y forma antigua, y el friso de las paredes hasta la primera tabla del estante estaba pintado en igual tono, que se dilataba al rededor de toda la habitación, y en el cual ocupaban varios huecos, algunas esculturas pequeñas de mérito exquisito. Unas cuantas acuarelas, colocadas en lujosos marcos; dos antiguas lámparas de bronce que colgaban á los lados de la chimenea; y sobre esta una alta Venus de Milo, con un crucifijo de plata pendiente del cuello, completaban el decorado de aquel cuarto, que revelaba al viajero que ni un instante se olvidara de su hogar. Detúvose Galton delante de su chimenea y abarcó con una mirada su gorra y enorme pipa, el busto de Kant, y los dos tamaños jarros de cerveza, recuerdos de sus días estudiantiles en Leipzig; y sobre ellos, seca y arrugada, una rosa fija á la pared, por un clavo. Entonces recordó su apuesta con Fílips y sonriéndose desdeñosamente, clavó los ojos en aquel seco emblema de su perdida fe. Una mujer, después de haberla llevado sobre su seno en un baile, se la había entregado á él, jurándole eterno amor; y aunque en aquel tiempo amaba la inmortalidad, no hubiera dado aquella flor por gloria ni grandeza alguna. Sin embargo, le fué falsa: sus juramentos, sus protestas no duraron lo que el débil pétalo que los simbolizaba; y cuando volvió de su largo viaje, sacándola de un relicario, unió con goma sus diversos fragmentos volviéndole la forma que con sus ardientes besos le había quitado, y la clavó á la pared, para tenerla como testigo irrecusable, como constante denuncia, siempre á la vista. Tal vez

ahora, su sonrisa era algo amarga cuando sus ojos tropezaban con aquel pajizo emblema, único resto, cruda realidad de lo que él soñara un cielo; pero de todos modos estaba muy seguro de no darla otra compañera. "De aguja y alfiler," murmuró al apagar las bujías, y escribir en una tarjeta la hora á que su criado debía llamarlo á la siguiente mañana:

"De aguja y alfiler las pinchaduras,
Comienzan del casado las torturas."

II

Dos días después, cuando Arturo Galton entraba por la noche en el salón de la Señora Hughes, había olvidado completamente la conversación que tuviera con el hijo de ella, en el casino. La tempestad política, que hacía tan largo tiempo encapotaba los horizontes parlamentarios, comenzaba ya á desatarse con inusitada furia; siendo pocos, muy pocos los diputados que en la desesperada contienda, no hubiesen dado de mano sus intereses ordinarios, y usuales quehaceres. Los jóvenes especialmente, sin que hubiera una excepción, no pensaban sino en los altos servicios que la patria les pedía; creyendo, para su mayor entusiasmo, que en aquellos momentos aumentaban con dorada página el libro de la historia; motivo más que suficiente para justificar el abandono de la esposa y de la amante, las cuales, desconociendo la grandiosa misión de sus preferidos, no los recibían orgullosas y alegres, sinó con quejas, reconvenciones y desvíos. Galton no se hallaba tan lejos del vórtice del torbellino para conservarse más sereno que los demás, y el eco de los gritos, vociferaciones y destempladas carcajadas del debate que acababa de abandonar, le aturdía aún; cuando, llegando á la plaza de Belgrave, se encontró con dos hileras de personas, mujeres y hombres, que desfilaban en sentido contra-

rio por las escaleras de la casa de su amigo : unos descansados, presurosos, y como llevados sólo de la idea de aparecer momentáneamente en los salones, para cumplir con las conveniencias sociales ; otros, sofocados y con los rostros encendidos por la agitación del baile ; las mujeres apoyadas en el brazo de sus compañeros, y éstos mirándolas con complacencia ó urbana tolerancia, según los dones que las primeras debieran á la madre Naturaleza. Era aquello un caos de palabras, risas alegres, ligeras pisadas y crujidos de trajes, con un aire templado, rico en perfumes ; y en el cual, dominando el bullicio, se escuchaban las agudas notas de pruebas que los violinistas arrancaban de sus instrumentos en la sala, y los taponazos y choques de las copas que resonaban en el comedor. Toda esta escena sacudió los ya excitados nervios de Galton, quien subió á los salones medio distraído, pensando cómo era posible que aquella gente estuviera tan alegre, y charlase y riese, anhelantes por una mirada ó la dulce presión de una mano ; cuando la suerte de un pueblo, la existencia de un poderoso imperio se discutían á la sazón sin que dos hombres de valer pudieran ponerse de acuerdo sobre la resolución que se debía adoptar. Como íntimo de la casa, le bastó decir una palabra á los criados para que no se le anunciase, y por consiguiente, pudiera entrar desapercibido en un saloncito situado entre las salas de baile y una serie de habitaciones, donde parte de los concurrentes descansaban, formando pequeños grupos y hablando animadamente.

Durante algunos minutos los observó maquinalmente; medio levantándose de vez en cuando, para saludar con una inclinación de cabeza á uno que otro alegre par, que pasaba cerca de él ; pero con todo, su pensamiento puesto aún en Westminster. Repentinamente y por uno de esos giros caprichosos del espíritu, empezó á ver á las personas allí

reunidas ; y su mirada, pasando de grupo en grupo, vino á fijarse con ahinco en la figura central de uno situado en el lado opuesto de la habitación. Componíase este de cuatro caballeros, de pie en derredor de una joven de alta estatura, elegante cuerpo y negro cabello, que vestía una preciosa bata de color pajizo, adornada con encajes. Ella volvía la espalda á Galton, quien no pudo menos de admirar la riqueza y brillo de aquella magnífica melena ; en la cual, para mayor contraste, lucían su pálido y amarillento color, varias rosas con ella artísticamente entretejidas. En la cara de los que la cortejaban, se veían esas señales infalibles, que bien pudiéramos considerar como reflejos de un rostro bello del dulce sexo ; mientras él, por su parte, contemplaba, con esa sensación de placer que nos produce la belleza en cualquiera de sus manifestaciones, sus graciosos movimientos al echar hacia atrás la cabeza, levantar las manos y abrir y cerrar su abanico. Tres de sus caballeros, con la sonrisa en los labios y disputándose su atención, le hablaban al mismo tiempo ; al paso que el cuarto permanecía silencioso, sin separar jamás la vista de ella y sonriendo solamente cuando la joven se volvía hacia él. Mientras más la miraba Galton, más le encantaba la esbelteza de su cuerpo, la gallarda y natural coquetería de sus ademanes, la admirable postura de aquella cabeza, las soberbias curvas de sus hombros y las perfectas líneas de sus delicadas manos. Hubiera dado cualquier cosa porque ella hiciera algo, en que pudiera desplegar toda su gracia y vigor : sí, deseaba verla correr en persecución de ligera mariposa ; galopar en los campos, juguetear con una amiga, ó bailar ; como igualmente lo anhelara antes, en los museos de Roma, al encontrarse enfrente de una antigua Diana ó Atalanta, puesto que en aquel instante no le animaba otro sentimiento que el de admiración ; pura admiración de artista tan exenta de otras

aspiraciones, como la que en él despertaran aquellos renombrados mármoles.

—¡ Vaya ! ¿ No valdría más que me extendieses ahora mismo el consabido talón ? dijo burlonamente alguien á su espalda.

Galton se volvió repentinamente para encontrarse con Hughes, quien con las manos en los bolsillos, se sonreía por la sorpresa que había dado á su amigo.

—¡ Ah ! ¿ Eres tú, Hughes ? ¿ Cómo estás ? tartamudeó nuestro estadista algo confuso como si se le hubiese sorprendido cometiendo una indiscreción : He salido muy tarde de la Cámara, y en extremo cansado y aturdido, con los gritos y la agitación que allí reina ; motivo por el cual, al entrar en esta habitación, hace muy poco, he venido á refugiarme en esta solitaria esquina. Como comprenderás no tengo el menor deseo de bailar.

—¡ Entiendo perfectamente ! exclamó Hughes riéndose, basta de explicaciones, y ven á entregarte en manos de tu destino.

—¿ Qué me quieres decir con éso ? preguntó Galton tratando de hacer la disimulada.

—¡ Hombre ! quiero decirte, mi viejo hipócrita, le contestó su amigo enlazando su brazo con el de él, que aquella arrogante joven del traje pajizo, Señora absoluta de tus miradas por más de veinte minutos, es nadie menos que la Señorita Isabel Ayrton, de Nueva York ; y, perdóname lo prematuro del pronóstico, la futura Señora de Galton.

—¡Ta, ta ! y ¡ por Jesucristo ! pára y no barbarices más; replicó Galton bastante contrariado. Te suplico olvides completamente nuestra estúpida charla de anteanoche ; que, en realidad, la especie no es muy respetuosa que digamos para tu señorita prima.

—Una puesta es una apuesta, dijo Hughes en voz baja,

y al mismo tiempo que ambos se acercaban al grupo; pero á mí no me corre prisa alguna, y, por consiguiente, puedo aguardar con paciencia.

Entonces pasando familiarmente por entre los caballeros, quienes no manifestaban el menor deseo de contar un nuevo compañero; prosiguió, dirigiéndose á la Señorita Ayrton.

—Permíteme, querida prima, que te presente á mi antiguo condiscípulo é íntimo amigo, el Señor Don Arturo Galton, individuo del parlamento, viajero, filósofo y político de quien me habrás oído hablar con mucha frecuencia.

La Señorita Ayrton habiéndose vuelto hacia su primo, Hughes y hacia su amigo, al oir la voz del primero, miró afablemente al segundo; quien, entonces pudo examinar su cara.

Eran sus ojos vivos, hermosos y de un brillante color verde oliva; su cara, lo suficientemente ovalada para no merecer el calificativo de redonda; noble su frente, y rizo y espeso el espléndido cerco de cabello que la embellecía; fina y recta su nariz; y pequeña y graciosa su bonita boca, cuyos labios medianamente gruesos y de admirables contornos, parecían en su constante movimiento, seguir las diferentes ideas que cruzaban por el cerebro de aquella encantadora criatura. Galton estaba furioso con Hughes por lo pomposo de su presentación; pero no obstante, seguía contemplando á la mujer que tenía delante, como si fuese una nueva obra de arte, una creación del cincel. Desde su nuevo punto de vista, la encontraba tan bella como desde su antiguo asiento la juzgara; creyendo descubrir, durante su brevísimo examen, una rápida expresión de burla en su penetrante mirada, y esa contracción inequívoca que en los ángulos de la boca delata la represión de una desdeñosa sonrisa. La joven entornó los ojos, despegó los labios mostran-

do las puntas de sus blancos y diminutos dientes, y tendiendo á Galton su preciosa mano, le dijo simplemente :

—Celebro conocer á Vd.

Galton la cogió galantemente, inclinándose algo más de lo que acostumbraba, mientras se decía : ¡ Vaya ! está tomando posturas.

—Te advierto que Galton baila como no he visto bailar á nadie en el mundo : es un maestro en el arte, dijo entonces Hughes, quien en seguida se alejó de allí, añadiendo : ya volveré por mi turno.

Efectivamente era cierto que Galton bailaba á las mil maravillas ; pero pecaba por demasiado escrupuloso, á causa de su misma maestría, en la elección de pareja ; y así jamás se arrojaba á invitar de buenas á primeras á quien tal vez le hiciera sudar la gota gorda : además, estaba aquella noche lo bastante cansado para tener los más mínimos deseos de bailar : sin embargo, las últimas palabras de su travieso amigo, le pusieron en el caso de saltar por encima de todos sus reparos, y, como aquel se propusiera, invitar á la Señorita Ayrton, lo que hizo, con estas palabras :

—Mi amigo Hughes, señorita, es la persona más bromista que huella la tierra, y no debe Vd. dar crédito alguno á sus palabras ; no obstante, sería para mí una verdadera dicha, si Vd. tuviera por comprometer algún baile y me quisiera honrar con él.

—Creo que puedo disponer del próximo vals, contestó la Señorita Ayrton, echando una mirada á su programa : sí, no lo he comprometido y se lo concedo á Vd.

—Perdóneme Vd., señorita ; pero si no me equivoco creo que ese vals me pertenece : dijo el más reposado de los individuos que la rodeaban.

La joven volvió á levantar su programa, lo miró tran-

quilamente por un instante, y, entonces, dejando caer la mano en que lo tenía, dijo con calma :

—¡ Nó ; nadie desde que entré en el salón me ha pedido este vals ! lo siento mucho Señor Espokes ; y más, si su equivocación lo deja á Vd. sin bailar.

El Sr. Espokes se inclinó de un modo muy ceremonioso y murmurando algunas palabras en un tono de excusa. Sabía perfectamente bien que ella le había prometido bailar con él aquel vals ; y le faltaba el mundo suficiente para no dejar que su convicción se trasluciera. Los hombres sabemos leer con regular certeza en la cara y movimientos de unos con otros ; y Galton, comprendió perfectamente el desagrado de aquel individuo y el pequeño dolo de la joven.

—Todos mis bailes los tengo . . . , comenzó á decir el Señor Espokes; sin detenerse á considerar la inferencia que ella hubiera sacado de su observación dado caso que él la hubiese terminado.

—Sólo puedo disponer de este vals, Señor Galton, dijo la joven, interrumpiendo al desairado caballero, y con un poco de menos calma en el tono. Si Vd. lo desea . . .

—¡ Ah, señorita ! ¡ Con toda el alma ! exclamó Galton, presentándole el brazo, y muy satisfecho de la oportunidad que aquellas palabras le presentaban, para reparar á tiempo la falta de galantería que venía cometiendo : puesto que desde el principio de la discusión, las animadas notas de la orquesta arrebataban á los concurrentes en rítmico y voluptuoso voltear.

Durante el vals, siguiendo la costumbre de los buenos bailadores, apenas cambiaron dos ó tres frases ; pero cuando aquel terminó, Galton condujo á la Señorita Ayrton á un saloncito algo desierto, con el fin de descubrir en las maneras y conversación de ella las cualidades que la habían con-

quistado puesto tan alto en la imaginación de tantos hombres, entre los cuales se contaba Hughes, su antiguo amigo y condiscípulo. La tarea estaba muy de acuerdo con sus hábitos metafísicos, y pronto llegó á la conclusión de que jamás él se había empeñado en una más fácil que aquella; porque teniendo la Señorita Ayrton la costumbre de hablar sin reserva, sólo tuvo necesidad de oírla, murmurando por mera política varias palabras de asentimiento, y presentarla, de vez en cuando, algunas opiniones paradójicas, cuya solución picara el amor propio de ella; quien, por su parte, como no se pasó desapercibido para Galton, estudiaba discreta, pero atentamente, el efecto de sus palabras en él. Éste fué llevando gradualmente la conversación á un terreno vedado para los que no están unidos por una franca intimidad; y su interlocutora, en lugar de contenerlo, lo siguió por ese rumbo, llegando aún á hacerle algunas pequeñas confidencias sobre su pasada vida, sus sentimientos y su ideal: le habló del machucho y titulado diplomático, que en Washington le había ofrecido con su mano y rango, una renta de medio millón de francos al año; como también del pobre y enamorado estudiante de medicina, orgullo y gloria de la universidad en que cursaba el hermano de ella, y el cual rendidamente le suplicara, esperase hasta que volviese de sus estudios en Europa, con un nombre que rendir á sus pies. En el hilo de esta plática, Galton aventuró una embozada alusión á su amigo Hughes; y ella, cogiéndola al vuelo, le respondió, internándose más en el capítulo de las confidencias:

—¡Magnífico muchacho! ¿No es verdad? En Nueva York todos, hombres y mujeres, estábamos encantados con él por su entusiasmo, precioso fondo, y perfecta sinceridad. Me distinguió particularmente á mí, no puedo negarlo . . . en una palabra, aquello fué un completo romance; pero ¿á qué he de contar á Vd. lo que él sin duda alguna ya le ha-

brá dicho? y al terminar esta interrogación, se detuvo, dejando escapar una alegre carcajada, que en vano quiso reprimir, y colorándosele las mejillas con el carmín del primer rubor que Galton viera en su expresiva cara. La actitud de la joven en aquel instante era lo más ingenua y gracioso que se puede imaginar, y así hubo de pensarlo nuestro diputado, á la sazón movido por varios sentimientos. Entonces la orquesta comenzó los preludios de un schottische, y ella mirando á su programa, exclamó :

¡ Dios mío, me he estado sentada aquí durante tres bailes ! ¿ Que dirán los caballeros con quienes los tenía comprometidos ? Este no lo puedo perder, puesto que yo misma he suplicado á Lord Walter me enseñe á bailarlo al estilo escocés ; así le suplico tenga la bondad de volverme á la sala.

Al acercarse á la entrada de ella, añadió en voz baja y dulcísima :

—Temo haber sido extremadamente indiscreta, al hablar á Vd. con la intimidad de aquellos que se conocen hace muchos años.

—Yo conozco á Vd., señorita, desde que comencé á pensar : contestó Galton en el mismo tono.

La Señorita Ayrton lo miró rápidamente y por un momento, para asegurarse de si le hablaba en serio ; y, no habiendo sorprendido expresión alguna en su rostro, que diera indicio de lo contrario, dijo :

—Si lo que Vd. acaba de decirme es un cumplimiento, nunca se me ha halagado con otro más bello. ¡ De todos modos no me fué posible el evitarlo ! Vd. es muy distinto de la mayoría de los hombres : se hace imposible hablar seriamente con ellos, y no quieren comprender que una mujer ama la sinceridad sobre todas las cosas.

—Confío en que yo he sido franco con Vd., murmuró

casi ininteligiblemente Galton; al entregar el brazo de ella á Lord Walter, quien vino presuroso al encuentro de la Señorita Ayrton á reclamarla su schottische.

—Así lo creo. ¡ Hasta la vista !

Cuando la Señorita Ayrton desapareció en aquella turba inquieta de apuestos caballeros y elegantes damas, quienes obedientes al compás y con ligera planta, saltaban sucesivamente á uno y otro lado, marcando los pasos laterales y formando un verdadero caos, para en un instante dado y al influjo de esa fuerza poderosa que se llama música, concertar sus opuestos movimientos en los tres tiempos de vals; Galton dejó asomar á sus labios la sonrisa que hacía algún tiempo refrenaba. ¿ Cómo era posible que Hughes fuese tan ciego que no hubiera visto con toda claridad el carácter, la manera de ser, de su preciosa prima americana? ¡ Jamás un problema más fácil se había presentado al análisis de un simple observador del corazón humano ! Él no tenía la más pequeña duda de la exactitud de su diagnóstico en aquel *caso* que acababa de estudiar. Era ella una criatura bellísima por su forma, que la Naturaleza, había sin duda, fundido en espléndido molde, pintado con colores italianos y animado con la exuberante vitalidad de nuestra madre tierra en la primavera: su propio engreimiento era la natural consecuencia de su superioridad física. Nacida en los bosques arcadios hubiera sido otra inhumana Atalanta, venciendo en la carrera á todos sus amantes, para contemplar después con serena mirada, como pagaban el castigo de la derrota: hija hoy del Nuevo Mundo, era aún una Atalanta moderna que se revelaba contra toda especie de sentimiento que pudiese dominarla, deleitándose en vencer á todos cuantos vinieran á conquistar su amor, sin cuidarse de los crueles sufrimientos á que los condenaba:—los dos expatriados, en Méjico; el cochero, en Tejas; el suicida; y, por último el

pobre y desesperanzado Hughes. Nada se ocultaba á la sagacidad de Galton, que embebido en sus pensamientos y sonreído, se pegaba á la pared para no obstruir el paso á las parejas. ¡ Y ahora, lo había elegido á él también, para una nueva víctima ! Esta idea inquietaba un tanto á Galton, á pesar de la mucha luz que su brillante análisis acababa de hacer sobre la conducta de la joven ; porque indudablemente aquella sirena esgrimía armas poderosas ; y, en conclusión, él no ignoraba cuan débiles son los hombres á la vista de una cara bonita, ni cómo se dejan seducir por unas frases halagüeñas. No bastaba, pensó, estar simplemente en guardia ; no debía contentarse con meras paradas ; nó, era preciso que él también atacase ; y que, no satisfecho con sólo librar su cuello del floreado acero de esta moderna Atalanta, la hiriese en su propio y desapiadado corazón, con la afilada punta de su misma arma. Hé aquí la explicación de su galana frase ; y hé aquí porque había comenzado á halagarla con su deferencia. Ya antes, se decía, he festejado á otras mujeres ; y todas mis facultades, y todo el arte que la experiencia me ha dado los pondré ahora en juego, para realizar mi propósito. Si venzo, . . . por lo menos el infeliz suicida habrá sido vengado : y entonces dirigiéndose á una de las puertas, salió de la sala y fué al comedor en donde estuvo por largo tiempo, hasta que se retiró á su casa.

Durante los días y semanas que siguieron al baile, Arturo Galton é Isabel Ayrton se vieron con mucha frecuencia. La tormenta política, había entrado en un período de calma, y tanto nuestro diputado como sus compañeros, volvieron gozosos á tomar parte en los placeres de la sociedad. Los saraos de Mayfair presentaban un nuevo encanto cuando seguían á los debates de Westminster ; contribuyendo poderosamente el recuerdo del perentorio campanillazo que les po-

nía término á hacer más arrebatadores los valses de Strauss. De aquí que Galton tuviese sobra de tiempo disponible para gozar de la compañía de Hughes, quien, al parecer, intentaba recuperar en unas semanas, todas las horas que su larga ausencia en América, le hiciera perder en el trato de su amigo. Pero esta compañía de Hughes no se conformaba ya con los viejos hábitos de nuestro empedernido solterón ; porque el *duo* se había transformado en *trío* á causa de la invariable presencia de una tercera persona : *ella*, la irresistible Señorita Ayrton. La vida de Londres seducía á ésta, que respondía á las incesantes demandas de la sociedad, con creciente vigor ; mientras que su émulo se entregaba libremente á los arranques de su fresca y juvenil naturaleza. En el fondo de su mente se ocultaba un perfecto conocimiento de que obedecía á un plan para protegerse contra el peligro que ella personificaba. Por algún tiempo siempre tuvo en el pensamiento su determinación de volver contra ella, las mismas armas que ella empleaba ; de responder á sus ataques con una defensa agresiva, y que, por consiguiente, sólo por ésto, y con toda deliberación, ponía su empeño, en desplegar á su vista los dones que debiera al cielo; no perdiendo ocasión de hacérsele agradable con el inteligente empleo de aquellas finezas, meras fruslerías, que dan á los hombres un medio tan seguro como corto, de ganarse el corazón de la mujer. Sin embargo, poco á poco y sin darse cuenta de ello la causa determinante de sus actos fué gradualmente borrándose de su memoria, sin que los efectos, sufriesen la menor modificación. Era tan dulce dejarse llevar, como por mansísima corriente, á una tierna intimidad con aquella preciosa criatura : ir penetrándose día por día y más y más del entusiasmo y las ambiciones de aquel joven corazón ; contemplar las cosas de la vida, las engañosas ilusiones ; la fe, vendida ; la oculta falacia, en la mirada

ideal de sus hermosos ojos; que Galton, abandonándose á su natural inclinación, sólo conservó como rastro de su designio primordial, una vaga reminiscencia de que había tomado ya sus precauciones y nada tenía que temer. Semejante á un caballero de los tiempos antiguos, se olvidaba del peligro, hasta el punto de no reconocerlo como tal; cuando el preciado talismán colgaba de su cuello.

Mientras tanto, Isabel Ayrton, no hacía nada que pudiese originar en la mente de Galton un momento de duda respecto á la opinión que de ella había formado: sus actos todos, en los más mínimos detalles, comprobaban la exactitud del juicio que desde el principio le mereciera su carácter. Aceptaba placentera cuanta diversión él la proponía, anticipándole muchas veces, su acquiescencia cuando, como ocurría amenudo, se detenía indeciso en las primeras palabras de una proposición demasiado angloamericana en forma y fondo, para las buenas costumbres de las jóvenes inglesas. En los bailes, su programa estaba sin restricción alguna á la disposición de él; era su lado el puesto que ella invariablemente ocupaba en la mesa de la Señora Hughes, cuando Dalton comía allí; y en el paseo, ya los caballos de una y otro se reconocían y buscaban como compañeros. Varias veces, Galton, con el consentimiento de la Señora Hughes, organizó pequeñas cabalgatas, al estilo de las que se acostumbran en los Estados Unidos. En estos casos se enviaban los caballos necesarios para una media docena de jóvenes, una pareja de personas sesudas y un lacayo, á un pueblecillo ó lugar inmediato: y al día siguiente, reuniéndose los jinetes en Charing Cross ó calle de Liverpool, iban á encontrarlos ya ensillados, en alguna vieja cuadra desde donde emprendían alegre excursión que duraba un par de días; y en los cuales, Galton y la Señorita Ayrton, siempre se adelantaban ó retrasaban del resto de la partida, pudiendo así gozar

horas y horas de deliciosa conversación; mientras que descuidada la rienda avanzaban lentamente por los tranquilos senderos de los campos ingleses. Como era natural, también Galton, invitaba frecuentemente á sus amigos á las sesiones del parlamento; después de las cuales los conducía á su propia casa, en donde los obsequiaba con espléndida comida; y en estas ocasiones era cuando Isabel Ayrton se mostraba más complacida. Tiempo fué aquel de no interrumpida felicidad, y tiempo también de esos en que una espontánea intimidad sorprende y enlaza dos seres, sin que ellos lo perciban.

El otoño corría á la sazón con mucho sol y buen tiempo, que rara vez ocurre en las tierras inglesas; y en uno de sus días, Galton, al asomarse á una ventana, poco después de levantarse, contemplando la calle de San Jaime, halló tan suave el ambiente, que no pudo menos de tener á pecado mortal el permanecer en días como aquellos dentro de los límites de la gran ciudad. ¿Qué podríamos hacer? fué realmente la forma en que se interrogó á sí mismo, al pensar en la mejor manera de aprovechar aquellos preciosos días. ¡El río! fué la idea que su pregunta le inspiró: sí, el río, el "dulce Támesis," el único de los placeres que brindaban los alrededores de Londres, aún no compartido con ella; el Támesis, que sólo llega á su perfección cuando los bosques de Cliveden cambian su verde follaje por otro de oro y grana; y cuando los últimos días de la estación al huir precipitadamente, llevándose consigo las galas que con mano pródiga derramaran en cielos y tierras, ante el tétrico y helado invierno; nos invitan á gozar de la grandeza y majestad con que la Naturaleza va rindiéndose lentamente á su largo sueño invernal. Dos horas más tarde había logrado que la Señora Hughes invitase á los amigos que formaban el acostumbrado grupo en esta clase de diversiones,

á una excursión por el Támesis para el día siguiente; aunque, como Domingo y de los postreros del otoño, no pareciese propio para pasarlo surcando las aguas del río, orgullo y gloria del inglés. La Señorita Ayrton apoyó los argumentos de Galton con sus ruegos; y Hughes, también secundó calurosamente la proposición de su amigo.

El sol á las nueve de la mañana del día que sucedió al del proyecto, bañaba en sus templados rayos á un grupo bullicioso y alegre, que en el andén de la estación de Paddington y capitaneado por Galton, esperaba la partida del tren. Después de comprar los billetes, pasó á examinar los coches, fijándose con mirada de avariento en un lujoso coche salón, que incidentalmente formaba parte del tren. El conductor notó su curiosidad y acercándosele, previas dos ó tres frases sobre la bondad del tiempo, le dijo que aquel coche se había unido al tren en cumplimiento de un contrato de la compañía con la Sociedad de los Guardias; y por el cual, la primera se obligaba á conducir á los miembros de la segunda, que así lo deseasen, á la casa de campo de dicha sociedad en Maidenhead.

—Pero, sólo faltan unos tres minutos para la partida, añadió, y es cosa segura que ninguno vendrá hoy: así, pues, si Vd. desea, Señor, ocuparlo con sus amigos . . . .

Galton no esperó que terminase la sentencia para aceptar su oferta, y treinta segundos antes de que el reloj señalase las nueve y cuarto, se apresuraba á entrar con sus compañeros en el deseado salón; mientras que el conductor, de pie en su puesto, con el cordón de la campanilla en la mano y la vista alerta, mirába hacia el camino, temeroso de ver aparecer en él algún retrasado guardia, hasta que al sonar la campanada del cuarto, dió la señal de marcha arrojando un suspiro de satisfacción.

Dos horas más tarde, un pequeño esquife con Galton al

remo y la Señorita Ayrton al timón, cortaba con afilada quilla las aguas del Támesis, siguiendo el hilo de la corriente desde Marlow. Otros se habían adelantado á nuestros excursionistas, atraídos por lo agradable del día para paseos de aquella naturaleza; y no hubieran encontrado botes suficientes para todos, á menos de que alguna Señorita no se hubiese aventurado en una frágil embarcación. Isabel, al enterarse de la dificultad, la había resuelto inmediatemente prestándose á embarcarse en un ligero esquife; que Galton, al oir su decisión, hizo atracar al embarcadero, y dentro del cual saltó en seguida, para presentar su mano á la Señorita, quien apoyándose en ella, y con gracia y ligereza suma, siguió alegremente á su habitual caballero. Pronto la fiambrera ocupó su puesto á proa, los cordones del timón se encontraron en las preciosas manos de la encantadora Isabel; y más pronto aún, el mismo esquife dejaba muy atrás los más pesados botes del resto de la flotilla, impelido por el acompasado, firme y rápido remar de Galton.

Este, después de haber ganado una milla que los puso fuera de la vista de los demás de la partida, abandonó los remos y se dejó llevar por la perezosa corriente. Mientras tanto ella parecía haberse entregado á un completo arrobamiento, del cual la distrajo el silencio que siguiera al uniforme golpe del remo, y el murmurio de las removidas aguas: entonces miró á Galton y sonrió. Galton apenas había separado su vista de la cara de su compañera desde que dejaron á Marlow, y la sonrisa que animó los labios de ella, por más que expresara un mundo de sentimiento, palideció ante la tierna y estraña intimidad con que sus ojos se encontraron. El esquife bajaba lentamente, llevado por la mansa y callada corriente; no se veían otros seres, en cuanto la vista alcanzaba, sino los blancos cisnes que por parejas y silenciosos surcaban la cristalina superficie; y las ovejas que pastaban

pacíficamente en la llanada, á la orilla izquierda; mientras que en la margen derecha, los templados rayos del sol bañaban las temblorosas hojas del otoño, que pálidas y ruborosas se doblaban bajo aquel largo y apasionado beso de despedida, y vibraba en el tibio ambiente el sonido de la campana de una lejana iglesia. Era tal la belleza de la escena, respirábase tanto amor en toda ella, que ambos se miraron silenciosos como en dulcísimo deliquio. Por último, Galton haciendo un esfuerzo, exclamó con voz muy baja:

—¡ Vamonos de aquí—ésto es demasiado !

—Sí, murmuro ella.

Volvió á empuñar los remos y entonces no los abandonó hasta que el bote llegó al canal de Cookham.

Al encontrarse á la entrada de él, Isabel, rompiendo el silencio que desde las anteriores palabras habían guardado, dijo:

—¿ No esperamos aquí á la Señora Hughes y á los otros?

—¿ Lo desea Vd. así? le preguntó Galton, añadiendo en seguida; solamente traemos con nosotros fiambres para dos, y tengo por seguro que ellos se han detenido en algún punto, agua arriba, para merendar. Además; el arroyuelo más poético que va á morir en el Támesis, le tributa sus límpidas aguas á unos cien metros de aquí; y toda la mañana he estado acariciando la idea de llevarla á él.

—No, no deseo esperarlos; lléveme Vd. á ese arroyuelo: contestó Isabel.

Galton, por toda contestación, hizo ganar al esquife unas cuantas bogadas que lo condujeron á la misma entrada del canal, en donde enderezó el rumbo directamente hacia la derecha. Diez ó doce golpes de remo les robó la vista de la corriente principal, llevándolos junto al tronco de un frondoso sauce, cuyas ramas en unión del alto escarpado que

allí formaba la orilla, los resguardaban contra el viento y las miradas de los curiosos.

Terminada la merienda con buen apetito y mejor animación; Galton, tomando una esterilla del esquife, la tendió á los pies de Isabel y se sentó en ella, apoyando la espalda en el tronco del sauce.

—¿Y bien? interrogó ella volviéndose hacia Galton con dulcísima sonrisa.

—¿Y bien? repitió éste, ¿qué me manda Vd.?

—¿Acaso lo ignora Vd.? ¿Qué libro ha traído para leerme? Galton sacó del bolsillo un pequeño volumen, lujosamente encuadernado; y al hojearlo, ella pudo ver las señales y anotaciones que llenaban los márgenes de sus páginas.

—No hace mucho tiempo, comenzó él á decir, que tenía yo un amigo querido: hombre que había visto y conocido todo lo bueno y todo lo malo de nuestro mundo. En su senectud, época en que los años nos roban con ruda mano los movimientos del ánimo, nobles ó mezquinos, pero siempre cosas de la vida; condenándonos á ese reposo, verdadero umbral de la muerte, existencia en que sólo se vive de los recuerdos; comenzó á traducir en tristes y sentidos versos todo cuanto los pasados años le enseñaran. Jamás publicó sus lucubraciones, porque no ignoraba la risotada con que la gente recibiría la noticia, de que él, á los setenta cumplidos se había dedicado á la poesía; pero me regaló sus manuscritos, los cuales he compilado en este pequeño volumen, que él mismo corrigió poco antes de su muerte, que no enseño muy amenudo, y que hoy he traído para leérselo, si es que desea Vd. oírlo.

En la voz de Galton había un timbre de profunda tristeza que la joven nunca antes había percibido en él.

—¡Oh, sí! exclamó ella, pensando en lo que aquel libro

podría decir. En seguida Galton se engolfó en su lectura, la cual duró más de una hora. Leía con voz suave y melodiosa que se unía armoniosamente con el dulce murmurio del agua al correr por su lecho de piedras, el blando susurro que la brisa arrancaba á las trémulas ramas del sauce, el grave son de distantes campanas, y esos vagos rumores, mudos para la razón; pero elocuentes para el sentimiento, que se alzan de los campos. Eran los versos un prolongado quejido: á veces apasionados, tiernos en otras, y en otras resignados, expresaban siempre el desaliento de un alma, que en vano había tratado de alcanzar ese ambicionado y nunca realizable ideal que llamamos felicidad.

—¡Qué filosofía más amarga de la vida! exclamó Galton tristemente después de la lectura. ¿Será esa una verdad absoluta, ó si no lo es, valdrá la pena que otro hombre busque con incansable constancia, lo que él con todos sus años, su vivísimo ingenio, y las excelentes dotes que le adornaban jamás pudo hallar?

—¿Qué alma animaría su cerebro, me pregunto; y en quién su propio espíritu se encarna hoy? Algunas veces siento tanto lo que sus versos me dicen que me ocurre pensar que su alma debe vivir dentro de mí.

—¿Halló, al fin, ese bello ideal de sus sueños? y ¿fué felicidad el hallarle cuando ya hollaba con cansado pie el borde de su tumba? ¿Y cómo pudo distinguir el ángel verdadero, de los engañadoras esperanzas que lo hubieron de preceder? ¿Es que debe el hombre acariciar una esperanza de ventura tal, aunque sea hacia el fin de su camino? ¡Hé aquí las preguntas que todos debiéramos hacernos! ¿Dónde la encontraré? ¿cómo la conoceré? y ¿qué deberé decirle para estar seguro de que me podrá comprender? ¡Ah, sí! Otra cosa sería la vida si sólo pudiéramos alimentar esa esperanza: si pudiéramos creer que, á pesar de

toda la falsía, y de todo el desencanto, y de la traidora doblez ; pasado un período de dolores y combates, al cabo llegara el día en que sin miedo de engañarnos, sin la menor desconfianza, nos fuera dable el exclamar : ¡ Ya encontré al dulce ángel de mis sueños ! ¡ aquí, á mi lado se estremece conmovida al eco de mi voz, como el flexible junco, como la rosa perfumada á las caricias del céfiro, y ya puedo estrechar entre mis ardientes manos su mano temblorosa ! ¡ Oh, sí, veo junto á mí á la dueña de mi vida, á la que con una sola palabra puede elevarme á un cielo, ó hundirme en el más horrible de los abismos, en el báratro de la desesperación ! ¡ Aquí, rendido á sus pies, elevo á ella codiciosa mirada, y aunque mi corazón palpita acelerado y lo dilata el sentimiento, y las ideas bullen en mi abrasado cerebro ; no me es posible decirle cómo la amo ; no me es posible jurarla que ella será señora y yo su siervo ; que ella será la reina, y yo el vasallo ; que ella será el ídolo y yo el idólatra ! nó, la emoción embarga mi voz y sólo puedo decirle suplicante : ¡ Hablad, hablad !

Galton arrastrado por la impetuosa corriente de sus recuerdos y esperanzas, que aquellos versos habían despertado vivamente en su generoso espíritu, hablaba con apasionado acento ; mientras que sus ojos, se fijaban tenazmente en un lejano punto del pintoresco y tranquilo valle. Al concluir le trajo á la realidad, arrancándole repentinamente de aquel arrebato de su exaltada fantasía, la percepción inequívoca de un medio ahogado sollozo. Quedóse helado como un muerto ; y volviéndose hacia Isabel, vió á ésta, que con la cara entre las manos lloraba desconsoladamente.

Si un alud hubiese aparecido inesperadamente sobre la cabeza de Galton, no se hubiera inmutado más. Un sudor frío inundó su frente al comprender lo que había ocurrido : la situación era perfectamente clara por más que

no pudiese recordar cómo se había ido preparando; y así por un momento, mudo y estupefacto miró á la afligida joven. Lentamente fué volviendo á su común acuerdo, y, entonces, su primer pensamiento se tradujo casi en una maldición contra sí mismo. ¿Qué era lo que había hecho y cómo podría destruir su obra? ¡Cuán ciegamente había marchado hacia el abismo! Entonces se compadeció de aquella niña, pues niña parecía en aquel instante, y cogiéndola tiernamente por las manos, exclamó:

—¡Querida Señorita Ayrton! . . . ¡Isabel! La joven separó la cara, húmeda de lágrimas de las también húmedas manos, y le miró sonriendo tristemente.

—¡Por el cielo! no me hable Vd. ahora. Volvamos al bote y aléjeme de aquí. ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico! añadió al comprender que Galton se disponía á hablarla de nuevo.

—¡Sea como Vd. lo quiere! dijo éste con tierna entonación, presentándole la mano, en la cual ella se apoyó ligeramente, para conducirla al esquife; el que, bien pronto y al vigoroso empuje del remo hábilmente manejado por Galton, se apartó de la orilla; y despedido como una saeta, hendió las tranquilas aguas hacia la boca del canal. Al desembocar en el Támesis hizo, que cambiando de dirección presentase la afilada proa á la corriente, é inclinando el cuerpo hacia adelante, bogó con rápida y poderosa mano, y sin decir una sola palabra, hasta que dos millas más arriba y no lejos de Maidenhead, se encontró con el resto de la alegre expedición.

IV

Cuando Galton llegó por la noche á sus habitaciones, aún no se había recobrado completamente de la conmoción, que sufriera aquella tarde. ¿Cómo la partida había verificado su regreso á Londres y cómo pudo, al fin, escaparse de la casa de la Señora Hughes? eran en realidad cosas de

las que no se daba cuenta por completo. Sólo había vuelto á hablar con Isabel, para despedirse de ella y, apenas si había cambiado unas cuantas palabras de cortesía con los demás amigos, sus compañeros en el paseo. Una idea, una sola idea era la que, avasallando todo otro pensamiento, martirizaba su conturbado cerebro ; y esta idea era la de que con perfecta deliberación había cometido una necedad inexcusable y que podría tener fatales consecuencias. Abstraído profundamente en la consideración de su conducta y efectos de ella, se paseaba de un extremo al otro de su gabinete, ahogándose materialmente como si sus actos se hubiesen personificado en verdugo, y le apretasen con férrea mano la garganta.

Una hora pasó antes de que comenzase á considerar su conducta con más claridad y ánimo más sereno ; pero mientras más claramente la veía y más tranquilamente reflexionaba en ella, mayor era su sufrimiento ; puesto que mayor también aparecía ante su conciencia la descuidada confianza de ella. Dejándose llevar de la necia broma de un hombre, mucho más joven que él, había representado una comedia que lo deshonraba ; sí, había manifestado sistemáticamente un afecto que no sentía, y, aunque fuese verdad que después de los primeros días continuara esta indigna simulación, de un modo inconsciente ; no por eso dejaba de ser menos excusable. Deseoso de analizar el carácter de una mujer, se había permitido enamorarla dedicándole todas aquellas atenciones, aquel incesante desvelo, por adivinar sus deseos y sin tardanza complacerla. En una palabra, todas aquellas manifestaciones, tan nobles y bellas cuando se escapan, rebeldes á la voluntad ; son innobles y mezquinas cuando obedecen á ella. ¿Cómo él, el hombre estudioso y prudente, había podido jugar con el corazón de aquella joven sentimental é inocente, como si fuese un juguete? Él la

había alhagado, la había galanteado, y la había instruido, haciéndola concebir nuevas ideas de la vida y dilatando la esfera de su fe; y todo ésto sin que sintiera no ya un real afecto por ella, sino esos movimientos del alma, esos primeros destellos que forman el alba del amor. Por otra parte, ella le había juzgado por sus actos y palabras, le había creído sin desconfianza ni temor, y enamorada de él, en un momento de exaltación, creyendo que pensaba en ella cuando á la sombra del sauce y movido por los versos de su amigo, Galton se dirigía á su forjado ideal; no pudo contenerse, y le descubrió todo su amor con sus sollozos y lágrimas tan claramente como si le hubiese dicho: ¡Sí, bien mío, yo seré tu eterna compañera! No cabía duda, Dios lo había dejado de su mano; ¡se había conducido como un rematado imbécil!

Por horas y horas continuó Galton paseándose por su habitación, en tal estado que más tenía trazas de desesperado que de otra cosa. La vista de todos los objetos, tan acariciados antes por su placentera mirada exacerbaban ahora su digusto y mal humor. Al fijar los ojos sobre ellos le parecía que se apartaban de él, y que ya no eran sus viejos amigos, los recuerdos de sus correrías ni los mudos testigos de sus juveniles aventuras. La seca rosa, aquel símbolo de la constancia y de la venalidad, del sentimiento y de la hipocresía, del juramento y del perjurio; que con amarga risa en los labios había clavado allí, sobre la chimenea, como mentor, como perenne y salvador alerta, extendía hacia él su desecado tallo, cual si lo señalara con sarcástico dedo. Sentíase como si fuera un intruso, una persona extraña á cuanto lo rodeaba, y figurábase él mismo otro Galton distinto del antiguo Galton. Por un momento le pareció que varias figuras invadían su cuarto, que sus muebles se desvanecían, y que las caras de las estatuas y pinturas se

transformaban ; más al fin, deteniéndose en el centro de la habitación, puso término á aquel desvarío por un esfuerzo de su propia voluntad.

—¡ Á lo hecho, pecho ! exclamó hablando consigo mismo. Lo único que debo pensar es en lo que ahora debo hacer. Entonces reflexionó en sus deberes de hombre honrado y caballero, recordando que durante su vida entera había tenido por precepto de verdadera hidalguía y honor personal, la más escrupulosa rectitud, sobre todo en las relaciones del hombre con la mujer ; como también que en cierta ocasión había vuelto la espalda á un amigo, deliberadamente y de un modo insultante, porque ese amigo se burlaba de una confiada é inocente joven ; infamia que él mismo acababa de cometer y que merecía toda su condenación.

Al fin, viendo aparecer en los cristales de las ventanas, los suaves rayos del alba, apagó la lámpara y corrió completamente las cortinas que interceptaban las dulces y argentadas ondas de la primera luz ; y al mismo tiempo que esta, ahuyentaba las tinieblas de su cuarto, una idea, alba de la retornante razón, disipó las aún más densas que oscurecían su espíritu.

—Sí, se dijo, hablando en alta voz ; así debo hacerlo. Mi deber me manda imperiosamente sea realidad lo que fué torpe apariencia, sin que nada pueda decir dónde terminó la farsa y comenzó la verdad, dónde el hombre dejó su triste papel de cómico para asumir el de caballero ; porque ir, ahora á decir á esta Señorita, por la palabra ó por la acción : Vd. ha sido para mí un simple entretenimiento, la he engañado ; todas mis atenciones, todos mis galanteos, en resumen, mi conducta toda ha sido obra de mi amor propio y nó, de mi amor por Vd. ; lo que sería inferirle una terrible injuria y hacerse objeto de su mayor desprecio ; pero quiero reparar el daño que he hecho y vengo á ofrecerle mi nombre. Se

había manifestado como enamorado de ella, por mero pasatiempo, y debía convertirse efectivamente en fervoroso amante; se había presentado constantemente ante ella como un pretendiente á su mano, y debía ofrecerle sinceramente la suya. Él no amaba á Isabel Ayrton, tal era la verdad; pero en cambio sentía por ella admiración y respeto; y como por otra parte, ella lo amaba á él, había en los sentimientos de uno y otro los elementos necesarios para que ella fuese siempre feliz. Además, él se conocía demasiado bien para estar seguro de que nunca quebrantaría su fidelidad; no dando lugar, por consiguiente, á que la desconfianza y mucho menos la decepción, oprimieran entre sus dedos de acero su generoso corazón exprimiendo toda su fe, y con ella todas sus esperanzas; así como se exprime de sazonada fruta el dulce jugo que tan sabrosa la hiciera al paladar. Obedeciendo á sus deseos hubiera preferido permanecer soltero, á menos que su soñado ideal se le hubiese aparecido; porque tenía resuelto el dedicar su vida á muchas otras cosas que no se avenían con los deberes del jefe ó padre de familia. Sin embargo, todos estos últimos pensamientos desparecían ante la idea del cumplimiento de su deber y la gran satisfacción de haber triunfado, obrando honradamente, en el combate supremo de su existencia.

Tomada esta resolución, y movido por sus naturales instintos; empezó á reflexionar que, después de todo, su suerte no era tan dura como á primera vista se podía creer; porque al fin, Isabel Ayrton, con sus admirables cabellos, sus hermosos y vivísimos ojos, su preciosa cara y elegante cuerpo; y aquella, gracia singular, que parecía, como la luz del sol, irradiar de ella misma, era mujer de la cual el hombre más descontentadizo, podía enorgullecerse y considerarse extremadamente afortunado. Además, se decía; tal vez sólo obedezco á la vibración de la cuerda que en mi alma se co-

rresponde con alguna nota pulsada por alguien en el misterioso mundo de los muertos.

Y desde este momento comenzó á divagar por las oscuras regiones de la metafísica.

V

Á las once, Galton llamaba á la puerta de la casa de la Señora Hughes.

—Tenga la bondad de anunciarme á la Señorita Ayrton, dijo al criado que acudiera á su llamada; mientras éste lo guiaba á la librería, en donde entró y se sentó con mucha de su antigua calma.

Cuando Isabel á muy poco tiempo de esperarla, apareció en la habitación, lo primero que él notó fué que ella vestía una elegante bata de color de caña, y llevaba una rosa prendida sobre el pecho. Ella, al verlo, sonrió cariñosamente y tendiéndole ambas manos lo saludó con un sencillo "buenos días"; mientras que Galton, saliéndole al encuentro, se apoderó de ellas, la llevó al sofa y se sentó á su lado en una butaca.

—Mucho tengo que decir á Vd., comenzó; pero como, en realidad, me es imposible traducir en palabras todo cuanto siento, perdóneme Vd. si soy algo rudo. Después de la escena de ayer es preciso hablar y hablar sin demora.

Al oír á Galton una notable expresión de curiosidad animó el rostro de Isabel; pero como él no la observase continuó:

—Nosotros no somos ya dos meros conocidos, nó, hoy nos une un sentimiento más tierno que el de la amistad; y cogiendo una de las mano de ella, prosiguió: Vd. me conoce bien; nada ignora de lo que he sido y de lo que soy, y, yo á mi vez, me lisonjeo de conocer á Vd. ¿Acaso no recuerda

Vd. que la primera vez que la ví, le dije : yo conozco á Vd. señorita, desde que comencé á pensar?

En este instante una sonrisa contrajo los labios de la joven, y Galton sin repararla, continuó :

—No me es posible el servirme de galana frase, para expresar lo que deseo, y viéndome obligado, por consiguiente, á usar de lenguaje más sencillo, me limito á preguntarla : ¿Isabel, me quiere honrar Vd. con su mano? Jamás he cometido uno acto que me haga indigno del amor de una noble mujer, y, puedo prometer á Vd. que toda mi vida sólo tendrá un objeto : el de hacer á Vd. tan feliz como por su bellos sentimientos lo merece. Contésteme, Isabel, añadió con voz muy baja ; ¿me ama Vd.? ¿Será Vd. la dulce compañera de mi vida?

Por un momento ambos callaron, mirándose silenciosamente, hasta que Isabel con voz firme y serena le contestó :

—Mi querido amigo, cierto es que conozco á Vd. perfectamente, como me acaba de decir, y es este conocimiento, causa del respeto y de la estima que le profeso ; respeto y estima que jamás podrán ser mayores que en este instante, al contemplar la grandeza de su alma nobilísima. Pero, nunca seré su esposa, y mi negativa se funda en dos poderosas razones : la primera, porque yo no lo amo ; y, la segunda, porque Vd. no me ama. ¡Espere Vd.! exclamó ella al ver que Galton iba á interrumpirla, voy á probarle lo que respecto de Vd. acabo de afirmar.

Y al pronunciar estas palabras, retiró su mano de las manos de Galton, é introduciéndola en una de los bolsillos de su bata sacó un pedazo de papel, roto y pisado, que presentó ante los ojos de su amigo, diciéndole :

—¿Tenga Vd. la bondad de leer ésto?

Galton leyó entonces unas líneas incompletas, escritas por Hughes, como se veía por la letra, y en las cuales decía :

"bien puedes enviarme esas cien de una vez; porque ya te he visto esta tarde lo más amartelado del mundo con mi preciosa prima. Gano la apuesta como tres y dos . . ."

—Y, ahora, prosiguió la joven me conocerá Vd. mejor que antes.

—¿Pero, Isabel, y ayer tarde . . ? medio balbució Galton.

—Sé lo que piensa Vd., le contestó ella interrumpiéndolo, y prosiguió con sonrisa algo burlona y el semblante encendido: ¿Por qué lloré mientras Vd. hablaba con un ser imaginario? Pues bien, perdonéme la franqueza; pero ¡en aquel instante no pensaba, ni remotamente en Vd.!

* * * * * *

Aquella noche, cuando Galton entraba en el hasta entonces olvidado Casino, vió á un joven que precisamente ponía el pie en el primer peldaño de la escalera.

—¡Hughes! le gritó nuestro diputado, espérame un momento, y llegando junto á él, sacó un sobre del bolsillo, y se lo presentó, deciéndole con aire satisfecho: Chico tengo que darte ésto, ya sabes, aquel talón por las ciento . . .

—¡Mi querido amigo, cuánto me alegro! exclamó Hughes cogiéndole alegremente las manos. ¡Sabía lo que iba á ocurrir y congratulo á los dos con todo mi corazón!

—¡Cállate! le dijo Galton; ni una palabra más sobre el asunto y vámonos á cenar.

EL ESPECTRO DEL CASTILLO ESCOCÉS

Por W. E. Norris

La vieja Señora de Stráthannan, persona por quien tuve siempre especial predilección, no gozaba las simpatías de todos cuantos la trataban ó meramente la conocían. Decíase que muy dada antes á las cosas de este mundo pecaba en la vejez, por demasiado avarienta: muchos la acusaban de haber sido una mala madre; y no eran pocos los que murmuraban de la conducta que había observado para con su sobrino, Roberto Inés. Pero cuando uno se pone á reflexionar sobre estas acusaciones, ¿á qué venían todas ellas á reducirse? ¿Mala?: bien pudo haberlo sido; ¿acaso no lo son muchas, muchísimas agradables y distinguidas damas, sin que ello haga mella á nuestro aprecio? ¿Avarienta?: punto es este, que no se puede resolver con tanta facilidad; á lo menos, por mi parte, no me atrevo afirmarlo ni negarlo; pero si, como curadora,—por voluntad y testamento de su difunto esposo—hacía cuanto en su mano estaba, para que su único hijo tuviese una buena fortuna al salir de su larga minoría y no hacía en verdad más que llenar un sagrado deber, cuyo cumplimiento, dicho sea de paso, abogaba elocuentemente por la belleza de sus sentimientos maternales; dando viso de calumnia á la más grave imputación que se le hacía. ¿Quién puede motejar de mala madre, á la que con ingenio y perseverancia sin iguales ha

logrado casar sus numerosas hijas con hombres de rango y capital? Todo depende; en este mundo, del punto de vista desde el cual se examina nuestros actos. La Señora de Stráthannan había conseguido lo que la mayoría de sus semejantes, no sólo por el sexo, sino también por la edad y posición, tratan de llevar á cabo: y que pocas, muy pocas, en estos nuestros malos tiempos, tienen la fortuna de obtener: y hé aquí algo que, despertando cierto grado de envidia, le hacía objeto de la malevolencia de aquellas que vieran fallidas sus esperanzas. En cuanto á sus hijas, no sabía ni creía, hubieran puesto peros á los maridos que ella les eligió. Con referencia á Roberto Inés lo único que se sabía de cierto, era que éste había estado en relaciones medio informales con su prima, la Señorita Juanita; y que la vieja señora, cortando por lo sano y á tiempo, puso término á esos amoríos. Tal vez se oponía á los matrimonios entre primos hermanos; oposición tan digna de aplauso como bastante general, y que, á mi parecer, no permitía á Roberto, quien aunque era un mozo que valía cuanto pesaba, contaba sólo con un empleo en las oficinas del Estado por toda y triste fortuna, quejarse razonablemente de su tía, al mandarlo ésta con la música á otra parte.

En contraposición de estas faltas que se le imputaban, la Señora de Stráthannan poseía varias cualidades que le captaban el aprecio de la sociedad. Cuando se hallaba en Londres, sin ostentación de especie alguna, sabía hacer muy agradable las horas que se pasaban en su casa, y al verla entonces, siempre imaginaba que sus hijas tan celebradas por su belleza, debían haberla heredado de su madre; puesto que á la edad de sesenta, era una hermosa y venerable Señora, cuyo abundante pelo gris y suave cutis la daban cierto parecido con un antiguo retrato en miniatura. Eran sus modales muy amables, cuando así lo quería; pero como

no siempre quería que lo fuesen, daba ocasión á que se sintieran muy halagados, aquéllos á quienes favorecía con su trato afectuoso.

Conmigo se había mostrado constantemente benévola y urbana, lo que en sí era prueba palpable de su desinterés; puesto que no cabía admitir su ignorancia respecto de mis bienes de fortuna, que no me hacían un candidato, mediano siquiera, á la mano de la única hija soltera que le quedaba. Á causa de cuanto llevo dicho, una vez que tuvo la bondad de invitarme á pasar una semana en su castillo de Stráthannan, le escribí en seguida dándole las gracias por su invitación; no obstante que es muy difícil el inducirme á viajar por el corazón de Escocia, en el rigor del invierno.

Hablando francamente, no fué su amabilidad la que tan agradable me hacía á esta buena señora; ni la belleza de su hija, quien, también de exquisito trato, jamás se había molestado en distinguirme de los demás; ni tampoco el deseo de encontrarme con alguna de las personas que allí se reunirían, las causas que me decidieran á visitar á Stráthannan. El antiguo castillo era el verdadero objeto de mi curiosidad. Que, edificio tan vetusto, poseyese su correspondiente espectro, nada tenía de particular, ¿cuál de sus años y de alguna respetabilidad, no tiene el suyo?; pero lo que hacía especialmente horrendo al espectro de Stráthannan, era el que, según se contaba, había dado en la cruel manía de presentarse únicamente á los que cargaban la conciencia con algún crimen secreto; manía que, me atrevo á maliciar, daría muy malos ratos á muchos de los amistosos huéspedes del difunto Lord Stráthannan. La leyenda de esta importuna aparición aseguraba que por primera vez se presentó á uno de los antiguos lores Stráthannan, desleal á su rey, quien atemorizado por la terrible visión confesó de plano su

felonía, pidiendo que se le cortase la cabeza de acuerdo con sus merecimientos ; súplica que, entre paréntesis, se le otorgó benignamente. Sea de ésto lo que se quiera, está comprobado que á principios del siglo catorce un Lord Stráthannan perdió la cabeza por el hacha del verdugo. Envalentonado con tan notable estreno, el espectro ha continuado presentándose, de tarde en tarde, á otros delincuentes, pertenezcan ó nó á la familia, que habitando en el castillo, se han puesto al alcance de su poder. Como testimonio indirecto de la rectitud de mis amigos, tengo el gusto de poder aseverar que ninguno de ellos, se había visto jamás en el caso de revolver los espantados ojos ante la pavorosa aparición ; pero unánimemente aseguraban que habían oído el medroso ruido de sus pisadas en los corredores, á las altas horas de la noche, cosa con que ya estaban familiarizados por la fuerza irresistible de la costumbre. La familia de los Inés oía aquellos ruidos nocturnos con la misma serenidad con que presenciaba el inexplicable abrimiento de puertas forzadas por el poderoso empuje de una mano misteriosa, que de cuando en cuando se entretenía en tales pasatiempos ; tomando todas estas manifestaciones por saludables advertencias de que debían conducirse bien. No obstante, se me había advertido que la Señora de Stráthannan, quien era de un temperamento muy nervioso, no le gustaba que se hablase del asunto en su presencia.

Roberto Inés y yo éramos antiguos amigos y condiscípulos ; y si en la actualidad no nos veíamos con la frecuencia acostumbrada en los pasados días, provenía de que nuestras distintas vocaciones nos llevaban por diferentes caminos. Siempre que nos encontrábamos celebrábamos sinceramente la casualidad que nos reunía; y, por uno de los caprichos de esta, tuve el placer de hallarme con él en el casino, la víspera de mi partida para el castillo de Stráth-

annan. Era Roberto de buena presencia, carácter muy dulce, nobles ideas, y se andaba por los comienzos del sexto lustro de su vida. Desde que su tía cortó con mano firme las relaciones de él con la prima Juanita, notábase cierta expresón de tristeza en su franco semblante ; pero ni se había retirado de la sociedad, donde creo que era uno de los predilectos, ni hablaba una palabra sobre aquel asunto. Nunca me había indicado cosa alguna respecto á lo sucedido ; por más que, según considero, debía de contarme por uno de sus amigos más íntimos. Sin embargo, cuando le dije que me hallaba en vísperas de pasar unos cuantos días en la cuna de su raza, se quedó pensativo, y por primera vez aludió á lo que hasta entonces yo creía que él consideraba como materia reservada.

—Entonces verás á Juanita, dijo dejando escapar un suspiro. Dile cuánto la amo y que ni he cambiado ni cambiaré jamás. ¿ Lo harás así ?

—Está bien, le contesté á media voz, pues maldita la gracia que me hacen esta clase de comisiones ; pero ¿ crees tú que debo hablarla de tu amor ?

—¡ Oh, no ! si ello te desagrada. Creo que te preguntará por mí ; y nada más. Ella no necesita en realidad ninguna especie de mensaje ; pues no es su fe en mí, menos viva que la que me merece. Ambos estamos perfectamente convencidos de que no variaremos en nuestras ideas, ó por mejor decirlo, en nuestros sentimientos.

—Pero yo creía que todo había terminado, repuse, comprendiendo que no le disgustaría el que le hablase un poco más sobre el particular.

Roberto llevó su tabaco á los labios, dió una buena fumada y, arrojando una densa bocanada de humo, permaneció silencioso por uno ó dos minutos antes de contestar á mi observación.

—Desde cierto punto de vista, así sucede, en efecto. El demonio de la vieja me dijo lisa y llanamente que los dos éramos demasiado pobres para podernos casar: verdad de á folio, cuya evidencia no me era dable rebatir, y cuya consecuencia natural fué el que me viera obligado á ofrecerle que relevaría á Juanita de sus promesas, dejándola en completa libertad de seguir los sabios consejos de mi generosa tía; pero, ¡ ve tú á hacer que una joven acepte esas libertades si se empeña en rechazarlas! Fiel á lo prometido dije á mi prima que, si lo deseaba, no tuviera inconveniente alguno en descartarse de mí; por más que yo no pensara, ni remotamente en hacer lo mismo, pues con esperanzas ó sin ellas era esclavo y nó dueño del amor que la profesaba. Hé aquí, en resumen, la historia entera. Por mi parte he sido escrupulosamente leal con mi amabilísima tía: entre nosotros no se cruza una carta, jamás tratamos de vernos, ni en la sociedad, ni á solas; en una palabra, no nos valemos de ninguno de esos medios ingeniosos con que los amantes burlan á los papás por buenos argos que sean. Bástanos nuestra mutua fe; ella piensa en mí y yo en ella, considerándonos siempre como prometidos.

—Hablándote con franqueza, chico, me parece que este asunto tiene muy mal cariz para vosotros.

—Malísimo, me contestó lacónicamente.

Y después de una pausa corta, continuó:

—Lo único que puedo decirte es que su padre veía con gusto nuestras relaciones; amenudo afirmaba que no había ninguna razón que se opusiera á nuestro matrimonio; é indudable es que este ya se hubiera efectuado si . . . si él hubiese llevado á cabo, lo que tantas veces me prometió. Yo no sé si tu ignoras ó nó que él me pasaba una pensión de tres cientas libras al año; y aunque nunca hablaba de ello ni yo lo he ido publicando por

esos mundos, parece que hoy no hay bicho viviente que no lo sepa.

—No ; le contesté ; nada he oído sobre el particular.

—Pues bien, así lo hacía. Muchas veces me dijo que me consideraba acreedor á ella por no haber mi padre recibido todo el capital que debía haber heredado. El hecho es que aunque mi abuelo gastó cuanto céntimo le cayó en las manos, no dejando á su muerte lo suficiente, fuera de vínculo, para pagar sus deudas y legados. Mi tío se las manejó de tal modo que al cabo de algunos años, pudo con los ahorros de sus rentas libres, ir cubriendo parte de las hipotecas que gravaban las fincas personales del primero, las cuales vinieron á ser entonces de su propiedad. Claro es que no tenía obligación de pasarme la menor renta ; pero el buen viejo, no sólo pensaba lo contrario, sino que se excusaba conmigo por no hallar la manera de aumentarla. Sin embargo, repetidas veces me dijo, que á su muerte me dejaría diez mil libras, cosa que yo no ponía en duda ; y, por consiguiente, ya te puedes imaginar cuál fué mi asombro y cuál el chasco que me llevaría cuando á la postre resultó que ni siquiera mencionaba mi nombre en su testamento. Verdad es que este testamento era muy viejo ; por la fecha correspondía al primer año de su matrimonio, y nadie dudó de que hubiera hecho otro en los último años de su vida ; pero como no pareció hube de quedarme á la luna de Valencia. En cuanto á mí, siempre he creído que la vieja de mi tía lo escamoteó con limpieza sin igual, y cuando llegó la ocasión tuve la poca prudencia de decírselo sin ambages ni rodeos.

—Realmente, le contesté, creo que cometiste una pifia de marca mayor en la forma y en el fondo.

—Es lo más probable ; pero de todos modos, salta á los ojos y, por consiguiente no tengo necesidad de decírtelo,

que en la actualidad nuestros mutuos sentimientos no pecan por sobra de cariño. Si quieres darla un buen rato cuando la veas; dile que yo ando medio perdido; sí, asegúrale que me voy aficionando á empinar el codo, que tiro de la oreja á Jorge, y cometo otros pecadillos de la vida alegre. Entonces, ella irá, como unas pascuas, á repetir con un piadoso ciento por ciento de recargo, la especie á Juanita; quien no creerá ni una palabra; y de esta manera habrás logrado hacer feliz á tu galante patrona si perjuicio de tercero.

Entonces, recordando la historia del espectro, manifesté á mi amigo que la ocultación de un testamento era asunto demasiado serio; sobre todo, para los Inés, quienes con la comisión de tal crimen se exponían á peligros de que estaban exentos los delincuentes vulgares.

Roberto al comprender mi alusión se sonrió algo forzadamente. En nuestros días, pocos muy pocos son los que se atreven á declarar su fe en aquellas cosas que no se pueden demostrar de un modo matemático; aunque, por razones que no queremos analizar, al parecer, se considera menos ridículo dar asenso á colosales patrañas que admitir los principios de una religión revelada.

—¡ Ya, ya! exclamó. No son pocas las necedades que se cuentan respecto de ese viejo castillo. Me atrevo á decirte, que oirás pisadas en las galerías durante la noche y yo mismo las he oído infinidad de veces; pero, no dudo, que tienen una explicación fácil y natural. En una sola habitación es donde se supone que el espectro verifica sus apariciones; y no creo que te alojen en ella, ó que, si así sucediese, tenga su nocturno rondador el mal gusto de darte un rato peor.

En seguida cambió de conversación, y no volvió á hacer la menor referencia sobre mi próxima visita á Stráthannan hasta que nos despedímos, momento en el cual me dijo, con semblante serio y muy pensativo:

—Bien puedes no olvidarte de mí, allá en Escocia, y escribirme una línea, una sola línea. No te pido hables de mí á Juanita; quizás es mejor que no lo hagas; pero no creo haya mal alguno en que me dejes saber cómo se encuentra y en fin todas esas cosas por el estilo.

No tuve la crueldad de rehusarle tan pequeño favor; como tampoco creí de mi incumbencia el enterarlo de lo que ya, tal vez, había llegado á sus oídos; ésto es, de que, según públicamente se decía, su prima estaba á punto de contraer un compromiso formal con el joven Hopley, primogénito del acaudalado cervecero recientemente elevado á la grandeza de Inglaterra con el título de Lord Trent.

La noticia aquella me apesadumbraba por el pobre Roberto; por más que á mi parecer, la pretensión de éste era algo irrazonable. Cuando no se tienen los medios suficientes para casarse y sostener á la esposa, como la buena sociedad lo manda, ni hay remotas esperanzas de que tal suerte varíe; los padres de la joven deben cortar por lo sano con mano firme, haciéndose sordos á las tonteras del sentimentalismo. La vida real es prosa y no poesía; y el corazón no tiene necesidades tan imperiosas como el estómago y la piel. En cuanto á lo de la destrucción del último testamento del viejo Lord Stráthannan, todo hacía probable que ésta fuera obra de las propios manos del mismo Señor; quien no sería el primero, que después de prometer una manda á un pariente pobre, volviese sobre su acuerdo y, violentando sus benévolas intenciones, reflexionase que la caridad bien ordenada comienza por el hogar.

No fué, por consiguiente, como partidario decidido de mi amigo Roberto, que hice mi entrada en el castillo de Stráthannan; aunque debo confesar que, después de saludar á la Señorita Juanita, me sentí animado de mayores simpatías por su desesperada causa. Hablando lógicamente, el

hecho de que ella fuese muy bella y pareciese un ángel de bondad en nada alteraba la situación ; pero, ¡ por el Cielo ! no hay poder humano que nos obligue á ser lógicos ; aunque por otra parte se me concederá, que si la preciosa prima hubiera sido una joven de la misma estofa que la generalidad de los elegantes del buen mundo, ni Roberto ni nadie habría perdido cosa de valía al renunciar á ella. Yo siempre la había mirado como una de tantas, en el círculo de lechuguinas de esa sociedad, que se califica á sí misma de buena y de alta ; sin que viera en ella, nada que la distinguiese de las demás, exceptuando la blancura mate y morbidez de su precioso cutis, lo cual era cualidad común á todos los de la familia ; pero, ahora, siendo objeto especial de mi atención, observé la dulce y pensativa expresión de sus admirables ojos garzos, el agradabilísimo timbre de su voz, la perfección de todas sus facciones, y, por último, ciertas líneas, que me parecieron señales inequívocas de un carácter tranquilo, y resuelto, en la porción inferior de su rostro. En mi opinión la consideré muy capaz de llevar á cabo cuanto naciera de su propia voluntad, aunque siempre de un modo apacible pero tenaz.

Ella fué quien, á mi llegada, me recibió ; lo cual hizo en un espacioso salón, cuyo mueblaje moderno, en vez de atenuar acentuaba más el aspecto sombrío que lo caracterizaba y caracterizaba á todo el edificio. No me habló una sola palabra respecto de Roberto, ni aludió á mi desafortunado amigo ; reserva ú olvido que me obligó á callarme el mensaje que éste encomendará á mi amistad y discreción. Pocos minutos después, la Señora Stráthannan, entró en el salón, seguida de varias personas, también favorecidas por su invitación ; y entre las cuales reconocí al Señor Hopley, joven de cara ordinaria y de un aire travieso, completo ejemplar de ese tipo, que generalmente se designa con el nombre

de decidores y halla uno con frecuencia, con demasiada frecuencia tal vez, para el gusto de muchos individuos, en las casas de campo. Bastaba echarle una ojeada para tener el convencimiento de que á la menor provocación y para lucir su ingenio, armaría un espantajo ó segura trampa en la puerta del dormitorio de uno, ó se aprovecharía de la primera oportunidad para jugarle una graciosa humorada con su escopeta de caza. Yo le conocía y trataba hacía algún tiempo; pero, por las razones que llevo dichas, nunca le había dado pie á que traspasase los límites del cumplido en nuestras relaciones amistosas; viendo, con gran satisfacción, que en aquella coyuntura, no estaba rodeado de seres complacientes, que le permitieran dar rienda suelta á las invenciones de su inquieta vivacidad.

El castillo de Stráthanan, parece, visto de fuera, un enorme caserón; sin embargo, no tiene habitaciones suficientes para alojar un número crecido de personas. Á la sazón éramos una veintena los que nos sentámos, aquella tarde á la mesa; y, según me enteró una señora vecina mía, hacíamos lleno completo.

—Nada me sorprenderá, añadió con aire malicioso y voz baja, si lo han alojado á Vd. en el cuarto del espectro. Supongo que Vd. sabe que aquí hay uno de la particular predilección de ese tremebundo ser.

—Sí, Señora, le contesté; pero según tengo entendido, sólo se presenta á los criminales; y, por consiguiente, no temo que venga á perturbar mi sueño. Además; agradecería á Vd. me dijese en qué se funda para suponer que precisamente yo he de invadir ese cuarto de su especial dominio.

—Se lo diré, si me promete Vd., no indicar una palabra sobrè el asunto, á la Señora Stráthannan.

—Puede Vd. contar con mi mayor reserva.

—Pues bien; mi doncella oyó al ama de llaves decir á una de las sirvientas de la casa, que se veía en la precisión de colocar á Vd. en el ala del mediodía; porque la habitación que se le había destinado no se podía habitar á causa de una rata muerta, la cual todo lo apestaba; encargando no se hiciese la menor alusión sobre ésto, á la señora. Respóndame la verdad, Señor Hervey, ¿le atemoriza el dormir allí? ¿Cree Vd. en los espectros?

—No tengo ningún temor, le contesté; y, aunque en la actualidad no creo en tales cosas ó mejor dicho, entes, estoy siempre dispuesto á convencerme por la evidencia de mis propios sentidos. Las nuevas experiencias jamás dejan de ser agradables; y así, confío que, si en verdad anda por entre aquellas paredes algún espíritu, libre de las trabas de la carne; no dejará de hacerme una visita durante la noche.

Debo confesar que á despecho de la valentía de mis palabras, no me agradaba, mucho que digamos, la idea de pasar la noche, en el cuarto donde el consabido espíritu, hacía sus supuestas apariciones. Verdad es que yo no creo ni en los espectros ni en cosa que se les parezca; porque, á primera vista y considerando el hecho en sí mismo, nada puede ser más puerilmente ridículo que la suposición de un alma inmortal; y que después de abandonar el cuerpo que la ataba á nuestro mundo, no tenga misión mejor ni mejor empleo, que los de rondar por los campos de su peregrinación terrestre, espantando á los demás mortales, á modo de coco, con indignas jugarretas. Sin embargo, no hay quien ignore que la teoría y la práctica son dos cantares diferentes; como tampoco que la pobre humanidad, salvo honrosas excepciones, no da ejemplos de firmeza en lo que cree ó en lo que niega; y así es que, en resumen puedo expresar mis sentimientos sobre el particular, manifestando que, yo estaba pronto á creer en un espectro, desde el mismo instante en que lo

viera; pero que no tenía el más mínimo deseo de que tal cosa me sucediese.

Ya tarde por la noche, al entrar en el salón de fumar, en donde hallé á Hopley con sus amigos y algunos otros señores de mas avanzada edad, descubrí, no sin cierto disgusto, que todos ellos tenían la misma sospecha que la señora con quien hablé en la mesa. No habiendo allí ningún individuo de la familia, me preguntaron abiertamente sobre la situación de mi aposento; y, después que la hube descrito, Hopley, dándose una fuerte palmada en la frente, exclamó:

—¡Entonces, no hay que dudarlo, ese es el cuarto! Recuerdo que el viejo Stráthannan me lo describió perfectamente; añadiendo que jamás se había atrevido á alojar en él á ninguno de sus amigos. ¡Magnífica aventura! Ahora sabremos qué apariencia tiene ese señor espectro. ¿Quiere Vd., Hervey, que lo acompañe? Pasaremos la noche en vela.

—Muchas gracias; le contesté algo desabridamente porque sus chistes, no me hacían ninguna gracia; pero considerándolo bien, prefiero á ojos cerrados la compañía del espectro. Además tendré á mano, un buen cubo de agua helada para saludarlo cuando se me aparezca.

Estas últimas palabras las pronuncié con deliberado énfasis; porque, convencido de que mi joven amigo no querría perder tan buena ocasión de lucir su travesura, pensé que la idea de un baño de impresión en una noche de Diciembre, era bastante desagradable para poner á raya, aún al más decidido bromista.

—Si Vd. dice éso por mí, no necesita tomarse tal trabajo, amigo mío: porque, luégo que todos se hayan acostado, no hay dinero que me induzca á andar por esa parte del castillo. Según tengo entendido la mayoría de los que ven el

espectro, ó caen muertos en el acto ó se vuelven locos ; pero Vd. será más afortunado y saldrá del lance sin perder vida ó razón. En conclusión le aseguro que ni por las mientes me pasa la idea de exponerme á esos peligros.

—Entonces, le respondí, pasaré probablemente una noche muy tranquila ; pero, de todas maneras, tendré siempre al alcance de la mano, el cubito de agua fría.

Y así como lo dije, lo hice poco tiempo después, al acostarme ; pues mi primer cuidado fué el de colocar junto á la cabecera de mi cama el cubo de agua, cargado hasta el borde con su líquida y resfriante metralla. Luégo, como no me sentía soñoliento, me puse á leer un folleto sobre el Libre Cambio, hasta que las letras comenzaron á confundírseme y las ideas á embrollárseme á causa de esa deliciosa turbiedad, agradable crepúsculo del sueño. Entonces, apagué la luz, me volví hacía la pared y cerré los ojos.

No sé cuantas horas habría dormido cuando me desperté de pronto, y bajo la horrible convicción de que no estaba solo. Aunque era grande mi sobresalto, ¿ por qué no confesarlo, si todo el que se despierta repentinamente tiene que estar, en aquel instante, asustado ? lo primero que pensé fué en Hopley; y permanecí inmóvil como un ratón, en espera de lo que sucediese, decidido á utilizar mi arma. La habitación no estaba completamente á oscuras : grandes brasas de los leños, que alimentaban el fuego en la antigua chimenea al tiempo de acostarme, despedían un rojizo fulgor, á cuya tenue claridad pude distinguir una tétrica figura blanca, que junto á mi cama, se inclinaba hacia mí. No lo negaré ; el recuerdo de varios pecadillos pasados cruzó rápido por mi memoria ; pero me dominé lo bastante para no descargar mi atrita conciencia, confesándolos de plano. Pasado un instante; la aparición, de improviso, extendiendo un brazo, echó mano de la almohada en que yo reclinaba la ca-

beza, y quitándomela de un tirón, desapareció silenciosamente con ella.

En realidad no fué completamente sin ruido, porque oí distintamente el de un picaporte al cerrarse, con lo cual se disiparon todos mis temores. Un espectro, digno del nombre de tal, no debe verse obligado á abrir y cerrar las puertas como si fuese un cualquiera; animado por esta idea, en un tris salté de mi cama, y con el cubo de agua en la mano me precipité en su persecución, á todo correr, por la larga galería; pero nada, ni la más insignificante señal me descubrió la presencia de Hopley ó de alguno de sus festivos camaradas en aquellos contornos. Al cabo de mis inútiles pesquisas, volví algo desconcertado á mi cuarto; y encendiendo la luz, ví, por primera vez, el tirador de una puerta muy cerca de la cabecera de mi cama. Dicha puerta parecía serlo secreta, por estar cubierta con el mismo papel que revestía las paredes de la habitación, lo cual explicaba el que yo no la hubiese reparado al acostarme. La abrí sin ninguna vacilación y, pasando por ella, me encontré en una alcoba desocupada muy parecida á la mía, aunque mucho mayor. Nadie se escondía en ella, absolutamente nadie, como me lo probó un minucioso registro. Probablemente, Hopley ó quienquiera que fuese mi nocturna visita, se había escapado por el corredor; y se encontraba ya, en el otro lado de la casa, á salvo de una mojadura. Nada, por consiguiente, me quedaba ya que hacer, sino volverme á mi cama, y ver de pasar el resto de la noche sin almohada y lo más cómodamente que pudiese. Cosa mortificante era el que, fracasando mi plan no hubiera calado hasta los huesos al prójimo en cuestión; pero, hablando francamente, el convencimiento de que quien me había despertado era un ser de carne y hueso, me devolvió la perdida tranquilidad. Los espectros ó son espíritus y, por consecuencia, inmateriales,

ó son puras patrañas: no creo haya un miembro en la Sociedad de las Investigaciones Psicológicas que se atreva á sostener que un espectro es capaz de coger un objeto material, como una almohada, é irse tranquilamente con ella bajo del brazo. Calmados mis nervios por estas y semejantes reflexiones, pronto me quedé profundamente dormido, sin que volviese á despertar hasta por la mañana cuando me llamó mi criado.

Á la hora del almuerzo, noté que varias de las personas, con quienes había pasado las últimas de la noche anterior en el salón de fumar, me miraban con marcada curiosidad, y tuve gran cuidado de que mis facciones no les diese á entender nada de lo sucedido; pero la inocente y tranquila apariencia de Hopley me sobresaltó bastante. Al entrar yo en el comedor, levantó la cabeza y me saludó del modo más natural, volviendo seguida á su conversación con la Señorita Stráthannan la cual servía el té, y á quien galanteaba á su estilo. Difícil se me hacía el creer que un hombre, que manifestaba con tanta publicidad sus sentimientos, pudiera tener serias intenciones; sin embargo, en el curso del día se me aseguró que Hopley estaba muy enamorado de la señorita; y aún más, que ésta aceptaba sin reserva sus galanteos.

La conducta de ella durante el almuerzo no me indujo á participar de tal convicción; porque si bien lo trataba cortesanamente, ni parecía turbada por aquellos los amorosos asaltos de su pretendiente, ni tampoco prestaba toda su atención á cuanto él la decía: y además; desde que me senté al otro lado de ella, á la mesa, me honró con la mayor parte de su conversación. Me dijo que su mamá no podía hacer en aquel momento los honores de su casa, porque estaba con una fuerte cefalalgia, que, hacía ya tiempo, venía padeciendo.

—Mamá no pasa aquí un día completamente bien, añadió; siempre tiene dolor de cabeza. Yo creo que los aires de Stráthannan no le son favorables; y, en realidad, no es ella sola, porque muchos se quejan del mismo mal durante los primeros días que pasan aquí. Espero, Señor Hervey, que á Vd. no le habrá sucedido lo mismo.

Para decir la verdad, me dolía bastante la cabeza á causa de haber dormido varias horas con ella muy baja; pero le contesté que el aire de Stráthannan me parecía delicioso y que toda la noche me la había pasado en un santo sueño: añadiendo lo último por Hopley, quien al oirme hizo una mueca, como si le sorprendiera lo que acababa de escuchar.

—¿De veras? me preguntó: ¿Entonces no ha visto el espectro ¡eh!?

La Señorita de Stráthannan pareció ligeramente contrariada por la pregunta: y, aprovechándose de la risa que despertara esta en todos los que se sentaban á la mesa, se inclinó hacia Hopley y le dijo algo en voz baja, á lo cual oí que él le respondió: ¡Oh, nó! No tenga Vd. cuidado; ni siquiera se me ha ocurrido . . . todo es una pura broma y nada más.

Durante la mañana se cazó un poco en un conejar inmediato al castillo; pero con muy pobres resultados, lo cual no satisfizo los deseos del joven Hopley, quien, como hijo de un acaudalado cervecero, estaba acostumbrado á estas diversiones en grande escala.

—La vieja, me dijo confidencialmente antes de que hiciéramos la comida del medio día; ha dejado arruinar todo ésto. Cobra sus rentas con gran regularidad, según creo; pero ¡voto á tal! las rentas no es sólo cuanto se puede desear.

La Señora de Stráthannan, había tal vez creído prudente, y no seré yo el que la critique por ello, economizar

algo en materia de cacería; pero, como el limpiar el hielo del lago, no costaba cosa de importancia, y hacía más de una semana que helaba de firme, pudimos patinar en desquite y por la tarde á todo nuestro placer. La Señorita de Stráthannan era graciosa y hábil patinadora: atraído por lo vivo de sus movimientos, observé sus evoluciones con gran interés por espacio de algún tiempo, hasta que descubrí para mi asombro, pues mis hazañas en el arte seguramente no llamaban su atención, que me miraba con extraña fijeza. Cerca de ella, y sirviéndola de caballero, patinaba Hopley; de quien logró al fin libertarse persuadiéndole á que contendiese con otros en una especie de torneo que se acababa de improvisar, y una vez libre, se dirigió, rápida como una saeta y describiendo elegantes curvas en la tersa y resbaladiza superficie, hacia el humilde escritor de estas páginas.

—Señor Hervey; me dijo, cuando con una facilidad que le envidié, hubo girado en mi derredor y quedádose como clavada en el suelo junto á mí, Señor Hervey, necesito hacer á Vd. una pregunta.

—Que contestaré con mucho gusto, señorita; le respondí, suponiendo de que se trataba.

Mis facultades de adivinación resultaron empero más pobres de lo que yo creía, puesto que no fué el nombre de Roberto Innes el que pronunció, al separar de nuevo sus labios.

—¿Deseo que Vd. me diga, si . . . si ha visto anoche alguna cosa? concluyó al fin, después de titubear un instante.

—Puesto que Vd. me lo pregunta, le diré francamente que, en efecto, he visto algo, aunque no un espectro. Alguien entró á media noche en mi habitación y me sacó la almohada de debajo de la cabeza. Probablemente fué el Señor Hopley. En el momento yo me sobresalté, dando

lugar á que se escapase; pero si esta noche vuelve le prometo una buena recepción.

La Señorita de Stráthannan no se sonrió, antes por el contrario dijo gravemente:

—Jamás he oído que haya pasado una cosa semejante. No lo comprendo. ¿Qué objeto podría proponerse en quitarle á Vd. la almohada?

—¿Qué objeto? repuse riéndome, sencillamente el muy caritativo de darme un susto; pero no lo logró del todo, porque oí el ruido que hizo la puerta cuando la cerró, y no es necesario ser experto en la materia, para saber que los espectros se filtran por las paredes, y que por consiguiente, no tienen la costumbre de tomarse tales molestias.

—¡Y, sin embargo, sí, la tienen! exclamó. Eso es exactamente lo que muy amenudo ocurre. Naturalmente Vd. creerá que todo ello es una superstición pueril; y celebro muchísimo que no se haya asustado. Esta tarde he sabido donde lo había colocado la Señora Menzies, y me he molestado con ella por eso; sin embargo, si en realidad á Vd. no le importa . . .

—Nada absolutamente; por el contrario, me gustaría continuar allí.

—Entonces, le suplico no diga á mi madre qué habitación tiene Vd. Se disgustaría muchísimo si lo supiera y . . . y, para ser franca, no quiero ocultarle que no tenemos otro cuarto desocupado en toda la casa.

Apenas tuve tiempo de prometérselo así, cuando nuestra entrevista quedó interrumpida por la presencia de Hopley, quien deseaba que la Señorita de Stráthannan fuese al lugar en que los de la partida lucían sus habilidades, á fin de que viera las suyas propias; y como ella accediera á los deseos de su pretendiente, no pude hacerle las preguntas que deseaba, sobre aquella habitación. En verdad,

á la postre de tanto hablar, hacer y deshacer, nosotros los mortales no somos más que unos simples mecanismos, en gran parte irresponsables de sus actos, y sino; ¿quién habrá que se atreva á envanecerse de que su razón se impone á todos los accidentes de tiempo, lugar y salud? En lo que á mí se refiere, preferiría no decir una palabra sobre el particular; pero mi propia honradez me obliga á confesar, que no soy á oscuras el mismo hombre que á la luz del día. Pocas cosas hay, más completamente absurdas, ni con menor fundamento, que el temor á duendes, fantasmas, espectros, y demás caterva de apariciones: sabemos porfectamente bien, cómo nacen estas supersticiones; estamos convencidos de que son natural consecuencia de la ignorancia, inevitables descarríos de los pueblos atrasados; y bien podemos mirarlas con desprecio y reirnos de tan necias invenciones, cuando paseamos á la luz del sol por esas calles de Dios, ó discutimos sobre el asunto con nuestros amigos en un salón. Sin embargo, cuando nos encontramos, como por ejemplo, yo, en una habitación, afamada de luengos siglos atrás, como el lugar predilecto de uno de aquellos *individuos*, en un viejo y solitario castillo de Escocia; á pesar de nuestras convicciones, á pesar de nuestro raciocinio, la piel se nos crispa y se nos erizan los cabellos con la mayor facilidad, al sorprendernos un ruido nocturno, cuyo origen no nos podemos explicar.

El hecho es que dormí ó mejor dicho lo pasé muy mal aquella noche. Oí innumerables ruidos que no me podía explicar: pasos, murmullos y aún suspiros y tristes y despeluznantes quejidos. Tal vez fueran meros efectos acústicos del viento, al colarse por los cañones de las chimeneas, y largas galerías; tal vez provinieran de las carreras de las ratas, del aleteo de los murciélagos y cincuenta cosas más; pero dejándome de hipótesis y yendo al grano, todo cuanto

puedo asegurar es que la noche á fuerza de serme desagradable me pareció pesadamente larga, y que ni el espectro ni nadie, en su lugar vinieron á aumentar mis malestar.

Cuando mi criado entró en la habitación por la mañana, se me ocurrió contarle la broma que me habían hecho la noche anterior, y no habían repetido en la que acababa de pasar.

—Gillermo, le dije, anteanoche uno de los señoritos que están alojados en el castillo, entró en mi habitación y me llevó la almohada. Luégo, según veo, la han vuelto á su sitio ; ¿ sabes, por casualidad, en dónde la encontraron ?

Mi criado se enorgullece en alto grado, de su seriedad ; sin embargo me pareció que algo así como una sonrisa se bosquejó en sus labios, al contestarme :

—Señor, en la alcoba de la Señora de Stráthannan, ayer por la mañana, según tengo entendido.

La noticia me dejó estupefacto. La Señora de Stráthannan había pasado todo el día con su neuralgia, y sólo dejó su cama por la tarde, poco antes de la comida. Siendo imposible admitir que ella misma fuera quien me quitara mi almohada, ¿ cómo diablos esta había aparecido en su habitación ? Miré fruncido á Guillermo, para poner coto á cualquiera extemporánea jocosidad por su parte, y reducirle á los límites de su habitual compostura ; observándole que las bromas de esa clase á más de muy tontas, eran sobrado pesadas y de malísimo gusto ; á todo lo cual me replicó lacónicamente con un—Sí, señor.

Guillermo, aunque no tiene rival como sirviente, peca por abultar las cosas y sucesos. Comprendí por la expresión de su cara que tenía algo más que decir ; pero no quise preguntarle, porque tengo por regla no alentar en manera alguna las habladurías de los pasillos y cuarto de los criados. Y después de todo, el mejor medio de responder á

las bromas de aquella especie, es no darse por entendido de ellas, hasta que se tenga la oportunidad de una buena represalia.

El día, que comencé como acabo de relatar, no se señaló por suceso alguno que merezca recordarse. La Señora de Stráthannan, completamente repuesta de su pasada indisposición, nos acompañó en el almuerzo; durante el cual nos dispensó su usual afabilidad, haciéndonos pasar un rato muy agradable: después, corrieron las horas sin que tuviese oportunidad de hablar particularmente con ella, hasta que llegada la tarde me la facilitó, invitándome á ver el famoso Guido, cuadro que se consideraba como la más preciada joya del castillo de Stráthannan. Condújome á la galería, y al sentarnos en un antiguo banco de encina, frente al celebrado lienzo, me confesó con la mayor ingenuidad, que su invitación era un mero pretexto para hablar conmigo á solas.

—Señor Hervey, comenzó, le he traído á este sitio, porque deseo decirle algo respecto de mi sobrino Roberto. Sé que Vd. es un amigo íntimo de él, y por consiguiente, es lo más probable que no ignore nada de lo que pasa entre nosotros.

Aproveché la pausa que hizo aquí para hacer una señal de asentimiento.

—No dudo en afirmar que habrá dicho á Vd., algunas cosas bien desagradables de mí; pero éso no merece la pena de ocuparse de ello. Siento, no quiero negarlo, el que mi conducta le haya ofendido, frustrando sus esperanzas; mas ante todo están mis deberes de madre, que me mandaban imperiosamente oponerme á sus necios amoríos con mi querida Juanita. Al mismo tiempo, no puedo menos de admitir que á él le sobran razones para creerse desgraciado, y considerándome como causa de sus desventuras, ande muy que-

joso de mí. Tal vez, tal vez Vd. mismo, Señor Hervey, piense de igual manera.

—Yo, señora, creo que mi amigo es en realidad muy infeliz, y con eso, afirmo un mero hecho y á nadie acuso, ni puedo acusar remotamente, por ello.

—Así es en efecto. ¡ Cuán penosos son estos disgustos de familia, amigo mío ! Con el fin de hacer por su suerte cuanto mis sagrados deberes de madre me consienten, he decidido ofrecerle una pensión : por más que no me creo autorizada, muy á mi disgusto, á darle una suma tan considerable como la que estaba acostumbrada á recibir de su tío. Será cosa de dos cientas libras al año. ¿ Quiere Vd. querido Señor Hervey, hacerme el gran favor de hablar con Roberto sobre el particular ?

—No tengo inconveniente alguno en repetirle cualquier recado que Vd. tenga á bien encomendarme ; pero ¿ no sería mejor y más corto, Señora de Stráthannan que Vd. misma le escribiera.

—¿ Por qué ocultárselo á Vd. ? No, Señor Hervey, porque, desgraciadamente, Roberto está tan predispuesto conmigo, que estoy segura me devolvería mi carta sin abrirla y á vuelta de correo. Además ; debo decir á Vd. que mi oferta va acompañada de una pequeña condición. Quiero que él me prometa bajo palabra de honor, abandonar en absoluto la idea de casarse con Juanita, y participarlo así á esta ; pero sin ninguna ambigüedad ; antes por el contrario del modo más claro y terminante. Entonces nada impediría el que volviéramos á ser buenos amigos, comprometiéndome por mi parte á no dejar pasar mucho tiempo, sin hallarle una agradable señorita y con algún peculio, que con su mano le proporcione una posición desahogada y una esposa tan buena como pudiera serlo Juanita ó cualquiera otra mujer. Bien debe Vd. saber, Señor Harvey, que des-

pués de uno ó dos años de casados, no tiene la más mínima influencia en las relaciones conyugales el que los esposos las hayan comenzado realmente enamorados ó nó.

Paladinamente declaro mi torpeza en comprender, qué fundamento tenía mi prudente interlocutora para atribuir conocimientos de esa naturaleza á un solterón como yo; pero prosiguió sus conceptos empleando términos tan zalameros para mí, haciéndose lenguas de mi reconocido tacto, de mi consumada amabilidad y Dios sabe cuantas otras virtudes, que hube de aceptar la misión que me tenía reservada; aunque advirtiéndole francamente que estaba convencido de la inutilidad de mi gestión.

Roberto Inés, á mi juicio, era incorruptible; y aún suponiendo que no lo fuera, doscientas libras al año no montaban á un soborno lo bastante considerable para hacer que un caballero se olvidara de su propia dignidad. En cuanto al móvil de todo ésto; se veía á las claras sin hacer esfuerzos de imaginación. Indudablemente la Señorita Juanita, se había negado rotundamente á entrar en la noble familia de los Hopley, en tanto que su primo, no le devolviera la libertad, y no renunciase categóricamente á su mano.

No obstante mis ideas sobre la causa y el resultado de la misión desagradable que la amabilidad de la Señora de Stráthannan me imponía, obedeciendo á mi deseo de complacer cuanto me sea dable á todo el mundo, le ofrecí hacer imposibles por traer las partes beligerantes á una reconciliación, que ella tan de veras deseaba. Por supuesto, ni siquiera intenté el preguntarle si al despertar en la mañana anterior, había notado en su alcoba la presencia de una almohada que no le pertenecía; ni, si así sucedió, por qué arte de birlibirloque dicho objeto había podido penetrar en aquel sitio. Terminada nuestra conferencia, regresámos al salón de don-

de se retiró inmediatamente; quejándose de un nuevo ataque de neuralgia, y encomendando á la Señorita Juanita el agasajo y entretenimiento de sus huéspedes.

Aquella noche, Hopley y sus amigos bromearon muchísimo sobre el espectro, cuando nos reunímos en el saloncito de fumar. La disimulación no es en general acto difícil; pero no así el arte del disimulo cuando tiene por objeto encubrir el hecho de que hay algo que disimular; y, no cabía duda, ellos sabían ó sospechaban que yo no les había contado la verdad de lo ocurrido, durante mi primera noche en el diabólico cuarto.

De cualquier modo, como estaba determinado á no soltar prenda, eludí sus preguntas, resistiendo imperturbable la pesada carga de su enojosa conversación, hasta que por el sueño me dejaron dueño del campo. Cansado, materialmente molido, entré por fin en mi habitación; y vencido por el sueño, tan poderoso ya que ni los vagos rumores, ni la mismísima presencia de uno ó dos espectros, me impidieron quedar profundamente dormido, antes de haber reclinado la cabeza en mi almohada.

Despertóme, precisamente como me había acontecido la primera noche, la horripilativa impresión de la presencia de alguien junto á mi cama. Como también sucediera entonces, la habitación estaba débilmente iluminada por los rojizos destellos del moribundo fuego; y á su tétrica media luz, ví con espanto la misma y pavorosa figura blanca inclinada hacia mí. No pretendo en lo más mínimo el negar que el corazón se me quería salir del pecho, por lo recio y precipitado de sus palpitaciones; cosa que en iguales circunstancias creo, sucedería al más puntado, por bravo y despreocupado que fuese; pero no obstante mi natural sobresalto, mantuve á raya mis nervios, y haciendo lo que me pareció lo mejor para el caso, me estuve inmóvil como un muerto y

con el ojo alerta, en espera del primer movimiento del intruso, fuera quien ó lo que fuese.

Pasado un instante, al ver que éste tratando sin duda de jugarme la misma mala pasada que en la visita anterior, echaba la mano—una mano de carne y hueso—á mi almohada, mi sentido común volvió por sus fueros, desapareciendo el miedo que me avasallaba. Era opuesto á toda razón y pasaba con mucho, más allá de los límites de la credulidad más sencilla, el admitir en un espectro manos capaces de asir una almohada ú otra cosa por el estilo. Nó, no cabía duda: aquella figura blanca que el escaso fulgor de las ascuas me descubría, sin permitirme distinguirla, era Hopley, y sino Hopley, otro individuo á quien iba á dar su merecido. Desgraciadamente había olvidado poner á mano el cubo con agua; pero dispuesto á cogerlo y servirme de él, de repentino cuanto rápido salto, me puse de pie sobre la cama.

En el mismo instante y para mi mayor asombro, el espectro cayó como herido por un rayo en el suelo; en donde en informe montón y agitando los miembros prorrumpió en tristísimos y pavorosos ayes. No me atrevo asegurar que mis nervios habrían podido resistir aquel inesperado espectáculo, á no traducirse los ayes y lamentos en súplicas más ó menos incoherentes, que me hicieron conocer, fuera de duda, la voz de la Señora de Stráthannan.

—¡Perdón! ¡Perdón! exclamaba ella con angustiosa é insegura voz. ¡Oh, Dios mío! ¡Bien sabía que ésto me había de suceder algún día! . . . ¡Nunca debí entrar en tu habitación! ¡Créeme, haré todo cuánto me mandes! . . . ¡yo le devolveré las diez mil libras! . . . ¡sí; todo, todo lo que quieras! . . . ¡Tonta de mí! ¡Ya comenzaba á no creer en tí! . . . ¡Oh! dí ¿por qué, . . . por qué . . . por qué te me has aparecido?

¡ Qué gran cosa es tener presencia de espíritu ! Con la rapidez del relámpago me hice dueño de la situación. La Señora de Stráthannan había robado á su sobrino, y el espectro, ésto es, yo, tenía por misión la de obligarla á soltar la mal adquirida cantidad. Sin pérdida de tiempo, sin un instante de indecisión, entré de lleno á hacer el papel que la suerte me deparaba, con un atrevimiento y sangre fría que creo deben hablar muy alto en mi favor.

Años antes, aún muchacho, tomé unas cuantas lecciones de ventriloquía ; aprendiendo con ellas, sino el arte, por lo menos á disfrazar mi voz : así, por consiguiente, fué con sordo y cavernoso timbre, que dadas la hora y el lugar hubiera aterrorizado al más esforzado individuo, que pronuncié estas palabras :

—¡ Mujer ; confiesa tu crimen !

—¡ Pero no públicamente ! ¡ Por el Cielo, no me obligues á hacerlo así ! ¡ Ten piedad de mis pobres hijos, y no me impongas esa expiación ! Por ellos, por el bien de ellos fué que quemé el testamento, . . . obré mal, lo sé ; pero, ¡ Oh, tú no lo ignoras ! lo hice en pro de ellos, . . . ¡ por la felicidad de Juanita !

—¡ La vergüenza, la cárcel ! . . . éso es lo que me espera si confieso la verdad ; y mi castigo caerá sobre inocentes, que no sufrirán menos que yo. ¡ Oh, espectro de los Innes no arrojes afrenta tal sobre mi infeliz familia !

—No hay más remedio, señora ; le repliqué valiéndome, como se vé, no sólo de esa frase indigna de una medio imponente y seria aparición ; sino muy común, muy propia de un modo de conversar : sin embargo, la buena señora tenía tal susto en el cuerpo que no lo pudo advertir. Mas por si acaso, con severa cuanto profunda entonación proseguí :

El daño se debe reparar ; lo robado, devolverse ; y el crimen, expiarse.

—Lo haré, lo haré; te lo prometo . . . ¡lo juro! Yo le devolveré su dinero tan pronto como lo pueda realizar.

—No basta con éso sólo; continué gravemente después de una corta pausa. No es dinero lo único que has robado á tu sobrino, tienes que compensarle todo el mal que le has hecho, y para ello, darle la mano de tu hija.

Durante este diálogo la Señora de Stráthannan había permanecido en el suelo, agitándose convulsivamente y, á juzgar por lo que me era dable ver, con la cara escondida entre las manos. Á mi último mandato no contestó en alta voz; pero sí la oí murmurar un ¡jamás! que me obligó á decirla sin un instante de dubitación.

—¿No quieres obedecerme? Entonces, ¡vas á morir!

La amenaza era demasiado atrevida, porque si por un lado yo no podía matarla; por otro, hay muchas personas que prefieren la muerte á no mantenerse en sus trece. Afortunadamente, resultó que la buena señora no pertenecía á esta especie de indomables testarudos.

—¡Nó, nó! gritó verdaderamente aterrorizada, ¡tente que yo haré todo, todo cuanto me mandes! ¡Dame únicamente un poco de tiempo! Lo que hice, lo hice por su bien. No creí que pudiera ser feliz casándose con ese hombre; nó lo creo aún ahora, ni nadie me lo hará creer. Sin embargo, lo consentiré si es preciso que así sea.

—¡Así tiene que ser! exclamé arrancando la voz de lo más profundo de mi garganta.

Hasta aquel momento todo marchaba á pedir de boca; pero lo grave del asunto era ¿cómo dar remate á aquella entrevista? Yo debía en realidad irme desvaneciendo lentamente como una nube de humo, hasta desaparecer por completo; pero el tal acto estaba muy por encima de mis facultades, y además, no me fiaba ni poco ni mucho de las promesas que, en su miedo cerval, había proferido la avara

y obstinada vieja. Era indispensable, esencial, el arrancarla alguna prueba tangible, fehaciente, que la obligase á cumplir con lo prometido; porque á no ser así, recuperando el valor con la vuelta del día, tal vez entrara en naturales investigaciones que le descubrieran la verdad, ó se decidiera á esperar un segundo requerimiento, que seguro estoy no tendría ocasión de practicar; y entonces bien podía decir, mi buen amigo Roberto, ¡ abur ! al pico y á la novia. La situación era muy apurada, y para salir airoso de ella no me quedaba otro recurso que jugar el todo por el todo y, partiendo por el medio, proceder como prudente negociante.

—Vé á tu cuarto, le dije, con acento fúnebre, toma una pluma y papel, y escribe: "Yo, Isabel, Condesa de Stráthannan, confieso que he defraudado á mi sobrino, Roberto Inés, de la cantidad de diez mil libras que su tío le legó por su último testamento; el cual destruí criminalmente para privar á mi dicho sobrino de lo que por derecho le correspondía: y en atención á la clemencia que ha tenido para mí evitando la publicidad de mi crimen, me comprometo bajo juramento á devolverle esa misma suma, como dote de mi hija, Juana Inés, cuya mano le otorgo de buena voluntad." Cuando hayas escrito y firmado ese papel, traelo á este cuarto y déjalo aquí—señalando á mi cabecera. Por la mañana habrá desaparecido, y á menos que faltes á tus juramentos ningún ojo humano lo verá jamás. ¡ Vé . . . y piensa que la muerte tiene suspendida sobre tu cabeza su inexorable guadaña !

Terminado mi mandato, tuve un momento de intensa ansiedad. Obvio era que ningún espectro, conocedor de sus poderes, descendería á demandar un documento; como si desconfiando de sus propias armas hubiera necesidad de buscarse otras más poderosas; pero no se me presentó otro camino para salir del atolladero, y aún creo que á la buena

señora se le quitó tamaño peso de encima, al verse dispensada de la vergüenza de una pública confesión y restitución. Al fin murmurando un lacrimoso asentimiento, salió de la habitación á gatas y sin atreverse á mirarme.

Entonces tuve otro instante—unos cinco minutos, me parece—de penosa suspensión. ¿Volvería? ¿Una vez en su cuarto, reflexionando como mujer sensata que era, no recordaría que el espectro sólo se presentaba en la habitación que acababa de dejar, y que no tenía más que recurrir al simple expediente de no volver á poner los pies en ella, para estar á cubierto de su espantosa aparición? Es verdad que, en su terror, me había hecho una abierta confesión de su culpa; pero ¿cómo podía yo evitar que opusiera á mis palabras una rotunda negativa; ni cómo convencer á ese mundo indiferente y escéptico de que yo no había sido víctima de una pesadilla?

No sé si en mi vida entera he tenido una sensación más agradable que la que me produjo el ruido de sus retornantes pisadas en el cuarto inmediato. En seguida entró en la habitación, trayendo el papel doblado en una de sus manos, del cual, no bien se puso al alcance de las mías, me apoderé precipitadamente y sin miramiento alguno. Tan alegre estaba del éxito feliz de mi estratagema, que ni siquiera noté que traía una luz consigo. Cuando á su resplandor se encontró ella, nó con el temeroso espíritu; y sí enfrente de un caballero del siglo diez y nueve, ataviado con las usuales prendas nocturnas de la época; comprendió el engaño de que había sido víctima, y cambiando la palidez del miedo por el livor de la furia en el descompuesto semblante, dió rienda suelta á su cólera.

—¡Canalla! exclamó silbando las injuriosas palabras por entre sus apretados dientes ¡Infame, malvado canalla!

Obedeciendo á mi natural recato lo primero que hice fué saltar ágilmente en mi cama y arroparme hasta el cuello; pero con el papel bien seguro en mi apretado puño. Entonces, tranquilizado los escrúpulos de mi pudor, volví la cara á la insultante vieja.

—Mi querida señora, le dije sosegadamente, ahorrémonos palabrotas. Después de lo que Vd. misma me ha confesado no hace diez minutos todavía, bien puedo decirle cosas que le duelan; pero no quiero, indudablemente sería de mal gusto. Además; estoy persuadido de que Vd. está arrepentida de su mala acción; y, por consecuencia, dispuesta á repararla como lo demanda una medio estrecha conciencia. Creo que no se puede exigir más de lo que hago, de un caritativo pecador; y esté segura de que en tanto cumpla con las condiciones de nuestro pacto, ni la férrea mano de la Justicia, ni la censura de la sociedad caerán sobre Vd.

—¡No hay que pensarlo! exclamó repentinamente al cabo de una corta pausa; Vd. me tiene en su poder y debe obedecer sus órdenes. No ha sido muy caballeresco el medio de que se ha valido para arrancarme mi confesión; pero no le creo dispuesto á sonrojarse por ello. Y, ahora por mera curiosidad, me agradaría saber, qué objeto le ha traído á este cuarto.

—Precisamente, Señora de Stráthannan, hé ahí lo mismo que pensaba preguntarle. ¿Cuál ha sido su idea al penetrar en esta habitación? Y, sin permitirme ni por un momento el hablar una palabra sobre actos indignos de una dama; quiere Vd., señora, decirme ¿cuál es su objeto al quitarme mi almohada de debajo de la cabeza, y escaparse corriendo con ella? Porque, después de todo, es mi almohada en la actualidad, como también en la actualidad, esta es mi alcoba.

—¡ Qué ! ¿ Quiere Vd. decirme que le han dado este cuarto desde que llegó al castillo ?

—Así es ; y si acaso lo duda Vd., vea el armario y los cajones de esa cómoda ; en donde mi ropa y otros artículos de mi propiedad, darán fe de lo que digo.

—Mañana daré un mes de plazo á Menzies para que busque otro acomodo, murmuró la Señora de Stráthannan.

—Espero, que Vd. no despedirá á la Señora Menzies. Si ella me ha colocado aquí, lo ha hecho contra toda su voluntad ; pues parece que una gotera, ó una rata muerta ó yo no sé qué, hacían inhabitable el cuarto que me tenía designado, y á no ser este, no había otro desocupado en el castillo. Además, permítame advertirle que en mi opinión, juzgo por mejor el no decirla una palabra sobre el particular ; porque de hacerlo así, ella querrá saber cómo Vd. ha averiguado la verdad ; lo cual, no tengo apenas necesidad de indicárselo, puede conducir á un escándalo tremendo. Y ahora, que he explicado satisfactoriamente mi presencia en este sitio, me permite Vd. preguntarle una vez más . . .

—¡ Vaya, con el hombre ! exclamó interrumpiéndome ; después de una corta pausa prosiguió. Ya que quiere Vd. enterarse, sepa que cuando me atacan los dolores nerviosos de cabeza, no puedo dormir sin un rimero de almohadas ; y por este motivo, algunas veces salgo á buscarlas á este cuarto y al inmediato que se comunica con el mío. Si Menzies lo hubiera colocado en ese último, todo lo sucedido se hubiera evitado ; pero, desgraciadamente, en cierta ocasión alojó en él á un viejo caballero que roncaba de un modo muy desagradable ; motivo por el cual le dije que jamás diera esa habitación á nadie. Pero ¿ por qué no me habló Vd. cuando le quité la almohada por primera vez ?

—Para decirle la verdad, la tomé por el espectro de la

familia. Esta noche Vd. me ha pagado en la misma moneda, y quedamos en paz.

—Señor Hervey, comenzó la señora, cambiando de maneras con una rapidez que me dejó atónito; y hablándome con la dulzura á que hasta entonces, me tenía acostumbrado. Comprendo que estaba equivocada al suponerle capaz de un designio deliberado, y espero de su reconocida bondad, generoso olvido para cualquier palabra dura que en mi disculpable arrebato le haya podido decir. Cierto es que mi conducta pasada para con Roberto Inés deja mucho que desear; no trato de justificarme; pero, realmente, como hace poco Vd. dijo, estoy arrepentida de mi pecado, y voy á reparar debidamente la injuria que le hice. Así, pues, no dudo que Vd. tendrá la bondad de devolverme ese papel que me arrebató de la mano.

—Por supuesto que sí, Señora de Stráthannan, se lo devolveré á Vd. el día de las bodas de Roberto.

Y en efecto, cumplí mi palabra, entregándole la confesión escrita de su crimen, un día del siguiente Junio á la conclusión de aquella ceremonia, en una de las iglesias más aristocráticas de Londres, y después de haberme asegurado que las diez mil libras de Roberto le habían sido debidamente pagadas. Todo el mundo admiraba la conducta de la noble señora y, poniéndola en las nubes, la señalaban como un modelo de bondad, que no reparaba en sacrificio por asegurar el bienestar de su hija y de su sobrino.

Tal, también es la opinión de éste último, quien se ha reconciliado con su suegra; y me dice que engañado por las apariencias, había juzgado muy erróneamente la conducta de su bondadosa tía. No sé con qué sentimientos dicha señora me mirará, porque posee el arte del disimulo con singular maestría. Trátame muy cortésmente cuando nos encontramos; pero no ha vuelto á invitarme á pasar otra tem-

porada con ella en su antiguo castillo de Escocia y casi, casi me atrevo á creer que, por mucho que viva, por muchos años que se prolongue mi existencia, me ha de llegar lo que llaman vulgarmente la última hora sin haber tenido la oportunidad ó la ocasión de comprobar por mí mismo, si el célebre espectro de Stráthannan es un mito ó una realidad. ¿Será todo ello un cuento, una ilusión, un engaño, ó existe realmente el duende en el castillo?

LA NOVIA DEL CAPITÁN

Por L. Alma Tadema

Sí primita mía ; esta noche es nochebuena ; pero no me pidas que la pase contigo, porque deseo permanecer en casa, para celebrarla con los míos. Sé lo que ahora mismo te estás diciendo en tu pensamiento : es verdad ¡ todos han muerto ! sin embargo, puedo unirme en espíritu con ellos de quienes apenas me aparta ya el corto puente que tiende el tiempo entre la vida y la muerte. Yo también he llegado al invierno de mi existencia : el año y yo somos de la misma edad. ¿ Qué importa que las plantas de Mayo, mueran sin frutos ? Yo tuve mi primavera ; y aunque marchito y sombrío, el verano aún fué verano ; pero las hojas del otoño cayeron copiosamente á la puerta del vacío granero. Ahora, la nochebuena llega y debo celebrarla. Después, como el año, es preciso que me prepare á rendir en paz esta vieja y cansada vida ; dejando el puesto libre para otra nueva y más alegre, que tal vez haga parte de la tuya. ¡ Dios, y sólo Dios lo sabe ! Hija mía ; tú eres joven, yo vieja ; y no obstante estamos estrechamente ligadas por un mismo sentimiento : el amor que tan profundo cambio ha causado en tu existencia, te ha unido íntimamente conmigo, porque el amor no conoce mocedad ni senectud. Recuerdo que el día en que por primera vez me hablaste de Jaime, te prometí contarte mi historia ; y ahora, tengo deseos de hacerlo ; pero ¡ quiero pasar la nochebuena con los míos !

Mi padre fué nombrado vicario de la parroquia de Long el año mismo en que nací, y al siguiente murió mi madre; y entonces mi tía Sofía, hermana de mi padre, vino á nuestra casa, y durante mucho tiempo nos dedicó sus cuidados. Mis primeros recuerdos no pueden ser más sencillos y modestos que lo era nuestra vida; entre aquella gente pobre, siempre entregada á fatigosas faenas, y cuya existencia era aún, si ésto es posible, más modesta y simple que la nuestra. Jamás, saliendo de los límites del lugar, hollé senda ó camino que no conociera desde los primeros días de mi niñez; ni ví cara que no se hubiera inclinado sobre mi cuna. Era yo una chiquilla solitaria, y como no causaba molestia á nadie con mis travesuras, me tenían como buena; en este mundo nada sustituye mejor á la virtud que la ausencia del vicio. Mi falta más grave á los ojos de mi tía Sofía, era aparentemente, mi temprana afición á jugar con flores, cuyos tallos envolvía en los recortes de tela que encontraba para entrenerme con ellos como si fueran muñecas. Recuerdo que habiéndome sorprendido en el jardín en cierta ocasión con un ramillete de capullos de rosa; al descubrir que eran de su propio rosal, y que para arreglarlos había cogido el estambre que debía emplear en mi labor, no solamente echó á mis flores de cabeza al río, sino que me pegó por la primera y única vez en su vida. Mi gusto en la elección de compañeras de juego era en extremo singular; y como vivíamos junto á la iglesia acostumbraba irme al cementerio para buscar las sepulturas de los niños que habían muerto á mi edad, las cuales visitaba diariamente. Creía de todo corazón que si los amaba é iba á verlos amenudo, ellos pedirían á Dios que me hiciera buena; y no creo necesario el decirte por cuanto tiempo acaricié fe tan inocente y sencilla.

Mi tendencia y disposición naturales á divertirme conmigo misma, fueron cultivadas por mi tía Sofía, cuya vida

sólo tenía por único y principal objeto, el exacto desempeño de sus deberes domésticos y de vecina; en cuanto á mí, satisfacía su conciencia riñéndome dulcemente de cuando en cuando, enseñándome el alfabeto y el manejo de la aguja, y obligándome á lavar las manos y la cara siempre que me hallaba en su camino. Por lo demás, me dejaba en completa libertad de seguir mis inclinaciones hacia una vida aislada y egoísta.

En tanto, mi padre me echaba á perder con su beneplácito, tomando como cosa cierta el que yo era tal cómo debía ser. Abatido por sus antiguos pesares, cansado por sus incesantes labores, cifraba su felicidad en mí; siendo mis juegos la única distracción de sus momentos de reposo; y creo que probablemente jamás se le ocurrió la idea de que debía tomar tanta parte como mi tía Sofía en el trabajo de mi educación. Veía en mí un juguete; no una mujer en miniatura, cuyo espíritu, tierno pero vivaz, ya comenzaba á mirar con ojos semiconscientes en el libro de la vida, y de aquí que creciera yo como la yerba inútil de los bosques. Desde muy temprana edad, había resuelto en mi interior, que si para ser una buena mujer era necesario estar sermoneando continuamente á la criada, haciendo bailar el huso, cosiendo, aplanchando, ó con el plumero en la mano sacudiendo el polvo á los muebles, ni siquiera intentaría alcanzar un modesto grado de perfección; y en consecuencia, no desplegué más industria que la necesaria para cobrar cierta fama y por ella asegurar mi libertad. No era feliz, porque mi descuidada inteligencia se sentía instintivamente agobiada bajo el peso de la duda respecto á los años que me guardaba el porvenir; y también, porque no amaba á ninguno de mis semejantes con intensidad mayor que la del amor que á mí misma me profesaba; pero entonces la causa de mi disgusto era un secreto para mí, que aún no había sentido el vacío de mi corazón.

Cuando cumplí los diez y seis, mi tía se enfermó gravemente, y este suceso puso en descubierto la deficiencia de mi educación. Ella se vió obligada á guardar cama por espacio de varias semanas, durante las cuales reinó en la vicaría un estado de anarquía completa, por mi incompetencia para gobernar la casa y hacer lo que fuese necesario; exceptuando, á pesar de mi inexperiencia, el atender á mi pobre tía, á quien cuidé con tanto esmero y ternura, que me ganaron todo su corazón. En su convalecencia, la pobre, me guiaba con sus consejos en el desempeño de mis funciones domésticas; pero no volvió á recobrar su salud, murió en la primavera, dejándome sola y afligida por su sensible pérdida, y la no menos sensible de los años perdidos en nuestro mutuo extrañamiento. Bien sé que ella no podía haber satisfecho mis aspiraciones; porque, acostumbrada á amasar el pan de cada día sin imaginarse que en la vida hubiese algo más intrincado que la masa, su pensamiento no pasaba más allá del dintel de nuestro humilde hogar. Sin embargo, si hubiera vivido, menos difíciles hubieran sido los primeros años de mi vida de mujer. Mi padre, mi tierno y cariñoso padre, mostraba tal tolerancia y tanta paciencia ante los desaciertos y olvidos que á cada instante yo cometía en el gobierno de la casa, que obedeciendo yo á un deseo natural, hijo de su bondad, creció mi celo en el desempeño de mis nuevos deberes; á los que me dediqué con tanta constancia y ahinco, que al cumplir los diez y ocho años era ya una buena mujer de su casa, sobria y reflexiva; y no sólo había sabido ganarme la estimación de nuestros vecinos sino lo que aún valía más; toda la confianza y el acendrado amor de mi padre. En cambio yo le quería y cuidaba tanto, que no puedo explicarlo; no cabe dentro de la estrechez de la palabra: hablando sinceramente, no creía que hubiera en mi alma lugar para otro afecto, por-

que el que yo le profesaba, inundaba y llenaba mi espíritu como la luz del sol al medio día, inunda y llena los campos sobre que brilla. Amenudo se reía hablándome del futuro; yo contestaba invariablemente á sus palabras, afirmándole que nunca me casaría; y en efecto, algo hice en confirmación de mis protestas al rehusar la mano de un rico y joven molinero, llamado Guillermo Cárter; á quien desde su pretensión guardé siempre un irrazonable rencor por haber intentado apartarme del lado de mi padre. No obstante; en el verano de aquel mismo año hubo una verdadera revolución en mi ser, y tras ella una notable mudanza.

En el extremo más apartado de nuestro valle, en una modesta casita escondida entre espesa arboleda, vivía una buena mujer á quien nosotros queríamos muchísimo. ¡Pobre Señorita Del! allí, en la más completa soledad pasaba sus días entregada á las faenas rutinarias del hogar, y á sus tristes pensamientos, que siempre iban en pos de sus hermanos, para los cuales desde su juventud hubo de convertirse en madre; y quienes, á medida que crecieron, la fueron abandonando para seguir sus propias y diferentes sendas en el inmenso laberinto de la vida. Habiendo sabido un día, que Arturo, el más joven y más querido de sus hermanos, había muerto en un combate, decidí ir á verla para manifestarle nuestra profunda pena por la desgracia que la afligía. Al día siguiente por la tarde me encaminé á su casa; y al llegar á ella, la encontré de pie en la pequeña escalera de la puerta junto á un joven forastero. Éste se apartó hacia un lado para dejarme pasar; y la Señorita Del, después de besarme se volvió á él con los ojos cuajados de lágrimas.

—¡Á Dios! Capitán Charvel: ¡El cielo lo bendiga por lo bueno que ha sido para mi pobre hermano!

—¡Señorita Del, á Dios! exclamó él á su vez sonriendo; en corto tiempo, pasaré por aquí; y creo que será el mes

próximo cuando deje á mi madre para incorporarme al ejército.

—Gracias, muchas gracias, entonces, sólo le diré ¡ hasta la vista !

El joven se despidió con una inclinación y se alejó de nosotros ; pero quiso la suerte que á corta distancia, al llegar á una revuelta del sendero, volviera la cabeza para mirar hacia el sitio que acababa de abandonar ; en donde yo, de puntillas sobre el peldaño más alto y como una imbécil, estaba mirando hacia dicha revuelta y con los ojos fijos en él. Las mejillas se me encendieron al verme sorprendida, siendo tanta la vergüenza que mi indiscreción me causó, que volví á mi casa con el rostro bermejo de rubor ; y aquella noche, durante la cena, cuando mi padre me preguntó por la causa de mi silencio ; volviendo en mí, descubrí que aún estaba pensando en el joven forastero, en el Capitán Charvel. Sin embargo ; al siguiente día al despertarme la naciente luz que poco á poco iba invadiendo mi pequeño y prosaico dormitorio, recordé lo sucedido ; y tuve tentaciones de reirme por mi momentánea simplicidad.

Próximamente cuatro semanas más tarde determiné hacer otra visita á la Señorita Del, y al vestirme con ese objeto, me entretuve tanto en mi sencillo atavío y tantas veces consulté con mi espejo, que cualquiera que me hubiese visto no habría podido menos de reirse. Me puse el sombrero mejor que tenía ; y hubiera ido con él, si al bajar las escaleras no hubiese temido que el ojo inquisitivo de la criada me sorprendiera en aquella especie de huida : avergonzada por esta idea volví á mi cuarto y dejando escapar un profundo suspiro, me quité la elegante prenda, para ponerme la de diario. La Señorita Del estaba sola, y cuando ambas nos sentámos á la mesa para tomar el té, yo tenía un humor pésimo ; no ocultándoseme entonces que mi único fin había

sido ver al Capitán Charvel, cuya ausencia burlaba todas mis esperanzas. Lo recuerdo perfectamente. Los rayos del sol calentaban demasiado; pero la Señorita Del no era partidaria del aire fresco, y así los dejaba pasar por los limpios cristales de su ventana á su pequeño saloncito, en donde caían sobre la gastada alfombra, las antiguas sillas de madera y las deslustradas paredes, casi cubiertas por numerosos retratos y estampas.

En el instante en que mi amiga llenaba por vez segunda mi taza de té, sonó la campanilla, y al oírla eché mi silla por tierra: tanta fué la prisa con que corrí á la ventana.

—Señorita Del, exclamé, consciente de la palidez repentina de mi rostro: es un caballero; creo que es el mismo que vino á verla el mes pasado.

Y antes que yo hubiera tenido tiempo de afectar un aire indiferente, mi mano estaba en la de él.

Al cabo de una hora las facciones del Capitán Charvel me eran completamente desconocidas; porque no me había atrevido á mirarle la cara; pero los dibujos de la alfombra á sus pies, la silla en que se sentaba, la cadena de su reloj, su chaleco, y sobre todo, sus manos, las tenía tan indeleblemente grabadas en mi memoria que aún ahora mismo me parece que las veo, y en tanto el sonido de su voz penetraba todo mi ser produciéndome una sensación que no puedo explicar.

Aunque dirigiéndose á ambas, el Capitán Charvel se había sentado en un principio más bien vuelto hacia á mí que hacia la Señorita Del; y me parece, nó estoy convencida, de que puso en juego todos sus recursos para obligarme á levantar los ojos. En todo le complací menos en ésto: reía cuando él reía; si él cambiaba la posición de su silla; sin darme cuenta de ello me volvía hacia él; pero pasar con mi vista más arriba de su cuello, era cosa material-

mente imposible para mí. Al fin se puso de pie y yendo al lado de la Señorita Del, quien estaba bordando cerca de la ventana, se sentó enfrente de ella y dedicó su atención por completo á la labor que la ocupaba. La consecuencia fué, el que yo levantando la cabeza mirase á hurtadillas su hermoso perfil que se destacaba con toda limpieza sobre el resplandeciente cristal. Cada vez que lo miraba, lo miraba por más tiempo, hasta que por último cuando le contemplaba con el alma en mi mirada, se volvió de repente con una dulcísima sonrisa que hizo correr aceleradamente mi sangre, y clavando sus ojos azules en los míos, me obligó á permanecer allí, inmóvil, subyugada y temblorosa hasta que se hizo dueño de mi alma. Entonces me levanté precipitadamente de mi asiento é inclinando la cabeza sobre el resalto de la chimenea, fuí á depositar una ardiente lágrima de vergüenza en el regazo de una pastorcita de loza. Largo tiempo pasó antes de que me recobrara, y no tuve valor de volverme de nuevo hacia él, hasta que la Señorita Del me llamó para que viese su trabajo, hecho lo cual me despedí de un modo brusco y salí apresuradamente de allí. En el instante en que ponía el pie en el peldaño de la escalera la voz del Capitán Charvel me detuvo.

—Señorita Nóbel, ha olvidado Vd. sus guantes; por lo menos, uno; me dijo presentándome una de estas prendas.

Yo la cogí enrojeciéndome, porque recordando que había dejado caer los dos, sólo podía suponer que él se había quedado con el otro.

—¡ Á Dios ! le dije y creo que hubiera huido de su presencia á la carrera, si no me lo hubiese impedido, teniéndome por una mano.

—No nos volveremos á ver hasta dentro de un año, me dijo con voz muy suave, ¿ me recordar á Vd. entonces ?

—¿Por qué nó? murmuré: yo no olvido á nadie jamás.

—Bien, señorita, yo volveré.

Levanté los ojos maquinalmente y al ver la cariñosa expresión que animaba las azules pupilas de los suyos, volví á bajarlos confundida; y nos separámos sin cambiar otra palabra.

Los meses siguieron su curso natural, y aunque en nada se diferenciaban de los anteriores, yo no sé lo que pasaba en mi ser que todo aparecía á mis ojos con nueva vida y diferente aspecto. Jamás me dormía sin que mi último pensamiento fuese del Capitán Charvel, ni nunca comencé un día sin bendecirle. Era su dulce mirada, y digo era, porque la recordaba con tal viveza que me sentía como si realmente me acariciara con su dulce expresión; ella cerraba mis ojos, y también los abría á los rayos de la mañana. Nada difícil me fué guardar mi secreto: á los diez y nueve años el corazón es un nido ligero donde posa perennemente la esperanza. Á veces el flujo de mi amor crecía y crecía como la ola de la marea, é inundando mi alma, se desbordaba por encima de los diques en que lo encerraba mi paciencia; y en esos instantes, lo único que podía hacer era contener la palabra presta á confesarlo todo. El hecho de que mi padre y yo viviéramos bajo el mismo techo; él ignorando y yo ocultándole el objeto principal de mi existencia, me causaba penoso remordimiento; pero mi propio instinto me decía que esta sumisión de mi espíritu á un hombre que no había visto más que dos veces, sería incomprensible para mi padre, y quería evitar á todo trance el exponer á un ligero tratamiento, aún de parte de un ser tan querido, el sentimiento más vital de mi corazón.

En cuanto á mi amiga, la Señorita Del, no me daba un solo rayo de luz, que viniera á romper por un instante las tinieblas en que por la ausencia vagaba mi espíritu. Muy

amenudo iba á verla con la esperanza de que me hablara de él; pero eran inútiles mis tentativas: parecía incapaz de comprender lo que pasaba por mi alma, y para arrancarla algunas palabras tenía que preguntarle, dejándome de rodeos, si había recibido alguna noticia del Capitán Charvel. No, no había oído nada, absolutamente nada; y pronto para mi desconsuelo, descubrí que todo cuanto podía decirme era que había sido el mejor amigo de su hermano, y que había ido á verla dos veces, cumpliendo lo que prometiera á su muerto camarada. En cierta ocasión, sin embargo, hablándome de su hermano Arturo Del, me leyó algunas de sus cartas, y en una de ellas, éste le decía que su amigo Charvel era entre los oficiales del Regimiento, el más favorecido por las mujeres en todas partes á donde iban: noticia que, como comprenderás, no me hizo muy feliz. Otra vez me dijo que se llamaba Guillermo; y aunque hasta entonces había odiado aquel nombre, hube de cambiar de opinión y considerarlo como el más bonito y el más dulce del calendario, olvidándome de que también pertenecía á mi incansable y obstinado pretendiente, Cárter, cuyos constantes galanteos me tenían materialmente aborrecida. Creo que por esta época, fué que mi terco perseguidor, dió en la manía de enviarme todas las semanas un ramillete. Era yo muy apasionada de las flores para vengarme de su impertinencia con las queridas compañeras de mis primeros juegos; pero como no quería que las viese cuando viniera á hacernos su acostumbrada y para mí tan insufrible visita, las colocaba en un vaso y ocultaba en nuestra bohardilla.

Una noche mi padre sintió un dolor al costado izquierdo, y siendo tan aprensivo como la mayoría de los hombres, ocurriósele la idea de que tenía enfermo el corazón, lo cual ¡Gracias al Cielo! no era así. No obstante, por algún tiempo esa idea lo tuvo muy preocupado á causa de lo sola

que yo quedaría, cuando él sucumbiera á su supuesta enfermedad. Obedeciendo á estos vanos temores, una noche de Marzo, y cuando terminada nuestra cena nos sentámos cerca de la lumbre, me preguntó repentinamente:

—Maruja ¿qué edad tienes tú?

—Aún no he cumplido los veinte, papá.

—No eres ya tan joven, para pensar en casarte. Maruja, yo deseo mucho verte unida con un hombre que te ame, y cuya bondad y situación me permitan estar tranquilo respecto de tu porvenir.

Entonces continuó dándome las razones en que se apoyaban sus deseos, y agotadas estas, me habló de las prendas que adornaban á Guillermo Cárter, mi decidido y paciente admirador. Yo le oí sin interrumpirle, y cuando hubo terminado y sus ojos se fijaron en los míos con expresión interrogativa, exclamé dejando caer la cabeza sobre mi pecho:

—¡No, papá, no puedo casarme con él! Creo que jamás me casaré.

—¡Ta, ta, hija mía! Estás hablando como una chiquilla y vas demasiado lejos en tu cariño por tu pobre viejo. ¿No sabes, mi buena Maruja, que los padres no viven siempre? Yo aprecio tu piedad filial como el tesoro mayor que plugo Dios el concederme; pero créeme, hija mía, estás completamente engañada. El amor no ocupa espacio; y aunque así fuera, ya verás como encuentras para otro, amplio lugar en tu corazón. Sí hija querida, y aún para otros como te enseñarán los años.

No puedo decirte el daño que sus palabras me hacían; cada una avivaba más y más las crueles angustias con que me atormentaba mi acusadora conciencia; hasta que por último, vencida por ella, caí de rodillas á sus pies y escondiendo la cara entre mis manos, comencé á sollozar.

—¡Padre mío! exclamé balbuciente y con el rostro inun-

dado de lágrimas, ¡ mi querido . . . queridísimo padre de mi alma . . . yo le amo con todo mi corazón . . . y sin embargo, le he engañado ! . . . ¡ he sido muy falsa para con Vd. ! ¡ Sí, bien sé que caben dos afectos en un mismo pecho, el que debo á Vd. y el que nos inspira otro ! y ¡ Ah ! padre, ya ese otro, ese otro lo siento poderoso, é invencible en el mío !

Mi padre no me respondió una palabra. Entonces cogí su mano y por más que se la apreté estrechamente, la conservó inmóvil entre las mías. Al fin me atreví á mirarle y le ví derecho sobre su asiento, con la cabeza erguida, la mirada de un juez y la sonrisa de un mártir. En aquel instante se levantó, y dando unos cuantos pasos, fué á colocarse al otro lado de la mesa.

—Me has dejado asombrado con tu confesión . . . no me hables una palabra más.

Obedeciendo su mandato, volví á sentarme silenciosamente ; y cuando vino á colocarse al respaldo de mi asiento mis lágrimas ya se habían secado.

—¡ Jamás he podido comprender á las mujeres ! exclamó secamente. Si tú le amas—como no debo dudar de tus palabras ¿ por qué no te casas con él ?

—¿ Por qué no me caso con él ? ¡ Ah ! ¿ Cómo pensar siquiera en que tal cosa pueda suceder, cuando acaso no conserve un solo recuerdo de mí ?

Mi padre me miró estupefacto y comprendiendo lo que pensaba, no pude menos de sonreirme. El pobre viejo creía que se trataba de Guillermo Cárter. Animándome de todo mi valor le acerqué una silla, y le referí cuanto podía decir respecto del Capitán Charvel.

—¡ Hija mía ! exclamó él, cuando hube concluido ; mucho me entristece lo que acabas de decirme. Has tenido menos prudencia de la que yo te concedía. Indudablemente

ese joven te ha olvidado . . . y su olvido es el final de este suceso.

—¡ Sí, dije yo suspirando, supongo que me ha olvidado ; pero, recuérdeme ó nó, el resultado será el mismo.

—¿ Qué quieres decir con éso ? ¿ Cómo puede el resultado ser el mismo ? Mi querida María, tu no hablas seriamente. ¿ Es acaso posible que una joven buena y tierna como tú, pueda llegar á convencerse, pueda imaginar que ama tanto á un hombre, á quien apenas ha visto dos veces, y del cual nada, absolutamente nada sabe, como á su padre, cuyas caricias ha recibido desde el instante en que nació ? ¿ No, tu no quieres darme á entender que serías capaz de dejarme por uno de esos militarotes de bigotes atusados, y cascos á la jineta ?

—Por supuesto, padre, le contesté con voz dulce, no he pensado jamás en abandonar á Vd.

—¡ Y, sin embargo, tu me abandonarías, y me abandonarías por él ! ¡ Eso es demasiado : estoy materialmente aturdido ! ¿ Cómo explicarme el que te haya bastado ver dos veces á un hombre, para amarle, darle tu corazón y poner su cariño por encima del que me profesas ? Lo único que puedo decirte es que no has sido ni prudente, ni recatada : nó, no has obrado como era de esperarse. Si te creyera, si diera fe á tus palabras, mi pena sería muy profunda.

—¡ Padre ! ¿ Acaso duda Vd. de lo que le he dicho ? ¡ Le repito que el Capitán Charvel no sólo es el hombre más bueno y hermoso que ha existido y existe, sino que le amo con toda mi alma ; y que á no casarme con él, he de morir soltera !

Al pronunciar la última palabra abandoné precipitadamente la habitación, y fuí á encerrarme en mi cuarto.

Al día siguiente mi padre y yo nos tratámos con alguna

frialdad, y sólo hablámos del tiempo y de nuestros vecinos; pero no cambiámos una palabra de verdadero interés: por este motivo me pareció largo el rato que aquella noche pasámos delante de la chimenea, por más que ambos nos fuimos á acostar á las nueve en punto. En la mañana siguiente le serví para el almuerzo los postres que más le agradaban, adorné la mesa con sus flores predilectas, y le devolví el frío beso que me diera por saludo al bajar al comedor, con uno apretado y cariñoso. Sin embargo, á pesar de mis demostraciones, no pronunció una palabra; y cuando ví que ya íbamos á terminar nuestro almuerzo y no rompía su silencio, empezó á oprimírseme el corazón. De pronto me acercó su taza y me dijo con voz dulce y alegre que verdaderamente me sorprendió:

—Maruja, el té está muy bueno, sírveme más. En seguida comenzó á cantar un himno religioso; y aunque yo no canto muy amenudo, uní mi voz á la suya, haciendo cuanto podía para darla la mayor dulzura. Con la última nota del himno terminó nuestro enojo, no volviendo á mencionar por mi parte, ni él tampoco, al Capitán Charvel.

Uno de los primeros Domingos de Junio me paseaba por el atrio de la capilla, mientras mi padre, terminado el servicio religioso de la mañana, hablaba con una de sus feligreses. Aunque estaba acostumbrada á estas tardanzas, ya me sentía cansada de aguardar; y con objeto de distraerme, fuí prolongando mis paseos hasta llegar á la pequeña tapia que se levantaba á orilla del camino. Entonces levantando la vista, descubrí un hombre de pie al otro lado de dicha tapia, con los brazos apoyados en ella y los ojos fijos en mí. Por un instante no lo conocí; pero en seguida comencé á temblar y palidecí: era el Capitán Charvel.

—¡Oh! es Vd.

—Sí; he venido un poco antes de lo que dijera; puesto

que aún no hace un año, Señorita Nóbel, que me despedí de Vd.

—¿No hace un año todavía? le repliqué, tratando de aparecer indiferente; pero segura estoy de que bien sabía él, que nada nuevo me había dicho.

Aunque mi emoción era grandísima, no pensé en decirle ¡Á Dios! y retirarme; por el contrario, conteniéndome cuando pude, me quedé como anonadada enfrente de él, y con mis ojos clavados en el suelo; mientras los suyos estaban fijos en mi rostro. No veía su mirada; pero, por absurdo que te parezca lo que digo, la sentía. Él rompió aquel silencio, diciendo:

—¿Cómo está la Señorita Del?

—No lo sé ¿acaso no se ha detenido Vd. allí?

—No; he tomado habitación en la posada. Además, no he venido á ver á la Señorita Del.

Creo que si en aquel momento no llega mi padre hubiera huido de allí. Éste me miró con fijeza y luégo volviéndose al capitán, cambió su saludo con él.

—Padre, murmuré yo, es el amigo de la Señorita Del; el Ca . . . Capitán Charvel.

—Caballero, dijo entonces mi padre, tengo mucho gusto en conocer á Vd. Si Vd. piensa permanecer en este pueblo, esperamos que honrará nuestra humilde casa con su presencia. ¿Maruja, supongo que vas á invitar al Capitán Charvel, á tomar el té con nosotros?

—¡Oh, sí, papá! contesté; pero sucedió á mi exclamación una molesta pausa, que el capitán terminó, aceptando alegremente la invitación que aún no le había hecho.

Felices fueron los días que siguieron al de su llegada; y si acaso yo sufrí en ella alguna contrariedad ó pesar, eran solamente de esa clase de pequeños disgustos con que la infinita sabiduría y bondad del Todo Poderoso, favorece á los

que son muy felices, para que en su dicha no se olviden de Él. El Capitán Charvel venía á visitarnos diariamente á ruegos de mi mismo padre ; y sus visitas eran una felicidad inmensa para mí ; pero como pasaran uno y otro día sin que apenas me hablase, comencé á sentirme inquieta, creciendo mi inquietud de día en día con su silencio. Mi padre nos vigilaba como pudiera hacerlo la más prudente de las madres : jamás nos dejaba á solas por dos minutos seguidos ; y á no ser por ésto, casi hubiera creído que se había olvidado de que el Capitán Charvel no era para mí un hombre como los demás que nos visitaban. Siempre me hablaba de él como de un individuo que, hasta entonces le hubiera sido completamente desconocido ; llegando, para mi mayor perplejidad, aún á suplicarme le perdonara el haber interrumpido nuestra dulce y solitaria vida, con su constante presencia, y asegurándome que la conversación de un joven tan inteligente y moderado, le era sumamente beneficiosa. No obstante, á despecho de aquel obstinado silencio y aparente indiferencia, no podía menos de estar convencida de que el Capitán Charvel me amaba, aunque no como yo á él ; puesto que cuando nuestras miradas se encontraban sentía materialmente que algo de nuestros seres se cambiaba entre nosotros, Dios sabe con cuanta ventaja en favor suyo.

Y así pasaron tres semanas, cuando una tarde, habiendo dejado en casa al capitán y á mi padre, fuí á visitar una pobre mujer que estaba enferma, y vivía en nuestro valle, á alguna distancia de la aldea. Estando sentada al lado de su cama, y leyéndole en un libro piadoso, uno de sus niños vino corriendo al cuarto para decirme que un caballero me aguardaba á la puerta de la casa. En seguida me puse apresuradamente el sombrero, y con mi pequeña manteleta en las manos, bajé á ver quien me buscaba. Era el Capitán Charvel.

—¿Qué pasa? le pregunté al llegar al camino, ¿está papá indispuesto? ¿me necesita para algo?

—No puedo decirle si su papá necesita verla en este momento; pero sí que yo necesito hablar con Vd.

Al oírle, estuve á punto de desmayarme, y mis manos se me pusieron tan trémulas, que me fué imposible enganchar el broche del cuello de mi manteleta; en vista de lo cual, y sin decirme una palabra, él apartó mis manos dulcemente y me la abrochó. Yo no sabía lo que me pasaba, y mi turbación creció al ver que empleó más tiempo del necesario en aquella pequeña operación, durante la cual debió sentir como me temblaba todo el cuerpo.

—Señorita Nóbel, me dijo ya andando por el camino en dirección á la aldea; me parece que yo no le agrado á Vd.

—No es así, señor: ¿por qué no me ha de agradar Vd.? Á mí me agrada todo el mundo.

—Entonces Vd. debe ser muy feliz. Á mí, pocos, muy pocos son los que me agradan.

—Eso me parece ser algo egoísta, me atreví á observarle.

—Indudablemente lo es; pero no lo puedo evitar. Casi toda mi vida la he pasado solo, sin otros compañeros que mis propios pensamientos.

En este momento comenzó á andar más lentamente.

—¿Nunca ha sentido Vd., me preguntó, algún vacío en su alma?

—Sí, murmuré; bastante amenudo.

—Pues bien, lo mismo me ha pasado á mí. La mujer y el hombre, Señorita Nóbel, no son sino las mitades de un todo perfecto; y el uno necesita indispensablemente del otro para completar su existencia. La vida del célibe no es más que un fragmento de vida.

—¡Oh, nó! no me parece así; le contesté apresurada-

mente ; yo creo que puedo vivir sola, y ser feliz. Mucho me gustaría permanecer soltera, y ser maestra de escuela.

—No, eso no sucederá.

—¿Por qué nó? Sólo necesito un poco de valor, alguna ambición y cierta confianza en mí misma.

—Perfectamente, pero Vd. olvida que el valor, la ambición y la propia confianza de la mujer, al cabo terminan por trasplantarse y crecer en otro individuo. Las virtudes de la mujer rara vez florecen en su propio terreno, y el hombre que posee su corazón, las tiene todas. Por él, ella desafía los rigores del infortunio y nada la acobarda ; por él se despierta su ambición y anhela sobresalir entre todas ; y en él pone sus esperanzas y su confianza entera.

—Tal vez sea como Vd. dice, le contesté ; aunque sabía que era muy cierto cuanto acaba de afimar y pensando como podría él haber averiguado aquella verdad.

En este instante ví que insensiblemente nos habíamos ido alejando del camino.

—¿No le parece á Vd., le pregunté tímidamente, que sería mejor volvernos al camino? Ya se está haciendo tarde.

—No ; aún falta más de una hora para que oscuresca. Además, Vd. no puede tener miedo yendo conmigo. ¿No es así?

—No ; no tengo miedo ; le contesté, lo cual no era verdadero, atendiendo á lo mucho que le temía ; pero, á mi padre no le gustará el que esté fuera de casa á estas horas.

—¡Muy bien! Siento que mi compañía no le sea agradable ; pero no quiero imponérsela á Vd. . . . Volvámonos al camino.

Y en efecto, así lo hicimos en seguida. Inconcebible era mi despecho, al ver la facilidad con que me había obedecido, y al cabo de unos cuantos pasos perdiendo la esperanza de

que insistiera en sus deseos, comencé por andar muy lentamente; pero nada, no me decía una sola palabra; al fin no pude contenerme y le dije:

—¡Capitán Charvel! tal vez mi papá . . . no se disgustará.

—Claro que nó. Su padre, Señorita, no dudará un momento en dejarla ir conmigo á cualquier parte. Me he ganado su confianza y su cariño; y en verdad tendría que ser muy duro de corazón para que no hubiese sucedido así. ¿No lo cree Vd. Señorita?

Traté de reirme pensando que debía hacerlo, y le repliqué:

—No comprendo porqué dice Vd. eso.

—¿No lo comprende Vd.? ¿Acáso no ha visto que he hecho todo cuanto he podido para conquistarme su amistad?

Á estas palabras empecé á arrepentirme de haber vuelto á tomar el sendero que por medio de las tapias y árboles nos llevaba, alargando el camino, á la aldea. Poco después de ésto dí un paso en falso y me torcí un pie, si poco para impedirme su uso, bastante para que hubiese de cojear.

—Creo que Vd. debe apoyarse en mi brazo, me dijo el capitán, presentándomelo.

Yo no me atreví á rehusarlo; pero adelantando la mano, descansé, ó mejor dicho, puse ligeramente en él las puntas de mis dedos.

—¡Vaya, de ese modo es imposible que se apoye Vd.! exclamó riéndose; y cogiéndome al mismo tiempo por la mano, me obligó á enlazar mi brazo con el de él, reteniendo aquella entre las suyas, con suave pero firme presión.

Estaba tan alarmada con lo que acababa de hacer que hice como si no lo hubiera notado; pero la cara me ardía y á cada paso que daba, sentía que el ardor aumentaba, pareciéndome cada minuto un siglo. De repente soltó mi mano,

y al encontrarme falta de aquel sostén vacilé; pero instantáneamente sentí sus brazos en derredor de mi cuerpo.

Aquí no era posible hacer la disimulada; y si el Capitán Charvel hubiese sido Guillermo Cárter, creo que no hubiera hecho mayores esfuerzos para recuperar mi libertad; pero el resultado de mis inútiles tentativas fué que me apretara más y más contra su pecho, hasta que dominándome por completo, permanecí inmóvil y temblorosa entre sus brazos. Entonces me mandó levantar la cabeza, lo cual hice, pues ya no tenía fuerza para desobedecerle. Fijó sus dulcísimos ojos en los míos, y acercando sus labios á mi boca me dió un beso que me hizo estremecer. Si alguna parte de mi espíritu inmortal ya no era suyo, creo que se apoderó de él, en aquel momento.

Seguímos nuestro camino hacia casa, casi sin decirnos una palabra, y al llegar cerca de ella, le supliqué me dejase para hablar á solas con mi padre, en lo cual consintió, después de varias protestas y de haberme arrancado la confesión de mi amor.

—¿Necesitas que te lo diga? ¿No sabes que ya te amaba yo, cuando ni siquiera pensabas en mí?

—Eres un ángel; pero no digas éso, porque si no te hubiese amado desde el primer momento, tú no hubieras pensado nunca en mí, y hoy no me hallaría aquí, á tu lado.

No quise decirle que precisamente era lo contrario; pero sí, que sólo siendo muy presumido podía expresarse de ese modo, y nos separámos tan felices como es posible serlo en este mundo.

El día de nuestras bodas se fijó para el primero de Setiembre, y las semanas que faltaban para ese día pasaron rápidamente. La Señorita Del vino á nuestra casa para ayudarme á hacer mis trajes de boda, que seguramente, jamás sin su auxilio hubiera yo terminado; porque aunque

todo el día estaba con el dedal en los dedos, el Capitán no me dejaba tiempo para usarlo. Fuí con él á visitar á todos mis conocidos; y envanecida con su amor, paseaba en su compañía por todas partes, pensando que las demás jóvenes de la aldea rabiarían de envidia al mirar la preciosa cara y aire arrogante de mi prometido. Supe que muchas se burlaban de mí y decían, que á juzgar por mi conducta, cualquiera creería que el Capitán Charvel había caído del cielo; pero estas murmuraciones no me molestaban, haciéndome sólo pensar que el despecho las inspiraba. Debo confesarte, sin embargo, que no era completamente feliz: me mortificaba en extremo su menor ausencia, y cuando pasaba una hora lejos de mí, no podía contener mi inquietud. Un día, por desgracia, lo ví hablando con una joven, de las más bonitas de la aldea, y á la cual me pareció que prestaba más atención de la que yo creía necesaria. Aquella misma tarde me preguntó por casualidad, si algo había en él que me disgustara, prometiéndome que acto continuo se enmendaría; y, aprovechando la coyuntura, le supliqué no volviese á hablar ní á sonreirse con aquella joven.

—¡ María! exclamó con tal seriedad que yo me intimidé ¿ eres acáso celosa?

—No, Guillermo, no lo soy; pero ahora, no puedo impedir el que quiera para mí todas tus sonrisas. Cuando estemos casados no seré tan exigente. ¡ Ah! añadí ocultando la cara entre las manos, algunas veces tiemblo á la idea de que no me amas tanto como yo quisiera que me amases, ó la de que, tal vez, llegues á cansarte de mi amor.

Él no me contestó y pasada una pequeña pausa, le dije sin levantar la cara:

—Guillermo, dime ¿ has amado á otra?

—¡ Querida María, que niña eres! Si yo hubiese amado á otra como te amo á tí, no estarías en vísperas de ser mi

esposa. Por lo demás, tu misma debes creer imposible que un hombre llegue á los veinticinco años, sin que haya visto á una mujer que le guste.

—Tienes razón, le dije tristemente, es imposible; pero Guillermo no me creas celosa.

—¡ Y sin embargo, así lo parece ! ¡ Por Dios, nada hay más horrible ! Una mujer debe ser toda fe, toda confianza. Una mujer celosa . . .

—¡ Pero, por el cielo ! ¡ Guillermo, yo no lo soy ! Solamente estaba disgustada . . . y dime ¿no te desagradaría á tí el verme, por más de cinco minutos, porque fueron más de cinco minutos, hablando con . . . con el hostelero, por ejemplo, y sonriéndole, lo mismo que me sonrío contigo ? Tal vez no te disgustaría ; pero á mí me agradaría que sucediese lo contrario.

—Eso es ya cosa muy diferente : un hombre debe ser celoso ; pero la mujer, nó.

—¡ Oh, cuánta injusticia ! ¡ Cómo nos tratáis á nosotras, infelices mujeres !

—¡ Calla, muchacha ! ¿no sabes que esa injusticia proviene de que os consideramos mucho mejores que nosotros ? Dulzura, indulgencia, y fe, mucha fe, esas son las grandes armas con que las esposas conservan el amor de sus maridos ; pero, añadió él sonriéndose, tu no vas á ser una mujer celosa. Sepas lo que sepas, tu amor por mí será siempre mayor que tu despecho y, por consiguiente, me perdonarás. Por esa creencia te amo, María : no trates de decirme nó . . . tu lo harás como lo he dicho.

—Ya veremos, ó mejor dicho, Dios nunca nos someta á esa prueba ; pero, después de todo, debo deciros que sois muy malo, ¡ Capitán Charvel !

Recuerdo que á poco le pregunté si él me perdonaría cuando yo cometiera una falta contra él.

—¡ Jamás, por el Cielo ! me contestó, medio en broma á juzgar por su sonrisa.

Hacia finales de Agosto el capitán salió de la aldea para pasar algunos días con su madre, quedando convenidos en que regresaría la víspera misma del señalado para nuestro matrimonio. Su ausencia me fué insoportable ; sin embargo, pasé dichosa aquellos últimos días, encerrada con mi padre en mi querida casita. El treinta y uno de Agosto nos encontró con todo dispuesto para nuestro casamiento ; mi traje de novia, mi corona y mi velo estaban tendidos bajo una sábana, en mi pequeña cama. Por la tarde mi padre y yo teníamos el proyecto de dar juntos nuestro último paseo ; pero, habiendo venido á buscarlo un feligrés para que prestase sus auxilios á un enfermo, salí sola por el campo inmediato, pensando en el pasado y animada por las más dulces y risueñas esperanzas. No me atreví á alejarme mucho, temerosa de que mi novio llegase en mi ausencia.

Después de andar un poco me senté sobre una piedra, y fijándo mis ojos en la iglesia, á cuya sombra creciera, volví mi pensamiento hacia el futuro. Cuando más embebida estaba yo en mi meditación, oí unos pasos ; y volviéndome, ví á una mujer que se dirigía hacia mí atravesando el prado. Aparentemente era dos ó tres años mayor que yo ; y la belleza de su cara, las admirables formas de su cuerpo y sobre todo su aire dulcísimo y al mismo tiempo resuelto, me llamaron la atención. Sus zapatos estaban blancos de polvo, y probablemente venía de lejos, aunque su sencillo traje, limpio y sin ajar, ó probaba lo contrario ó ponía de manifiesto la pulcritud de aquella joven. Llevaba, echado á la espalda, un sombrero de paja ; en una mano traía un pequeño lío y con la otra se apoyaba en un paraguas. ¡ Aún me parece que la veo andando con firme planta, al parecer cansada,

pero no rendida, y con una expresión de inmensa dicha en su alegre, hermosa y franca cara!

—Señorita, me dijo al llegar á mi lado, ¿es esta la aldea de Long.

—Sí, le contesté; pero me parece que está Vd. muy cansada. Siéntese aquí conmigo, hay espacio para las dos.

La joven se sentó sobre la misma piedra, y sacando un pañuelo de hilo del lío de ropa, se enjugó el sudor que humedecía sus frescas y rosadas mejillas.

—Tengo mucho calor; estoy muy sofocada, me dijo; verdad es que he hecho un buen camino.

—¿De dónde viene Vd.?

—De Stonyhead.

—¡Desde la orilla del mar! ¿No habrá Vd. partido de allí hoy?

—¡No, por el Cielo, señorita! exclamó la muchacha riéndose. Hace tres días que salí de mi casa.

—¡Oh, Dios mío! ¿debe Vd. estar muy cansada? ¿Espero que no tendrá necesidad de alimento, sino . . . ?

La joven se sonrió y movió graciosamente la cabeza.

—No, muchas gracias señorita. No es en busca de pan tras lo que voy; es mi corazón el que tiene hambre; sí mucha hambre de ver una cara.

Dijo ésto con tanta ternura, que sus palabras penetraron profundamente en mi corazón. Entonces la invité á que viniese á mi casa y descansara.

—No estoy cansada, señorita. Vd. es muy bondadosa conmigo; pero sé que mi novio vive aquí, y vengo á buscarlo.

—¡Oh! exclamé yo arrastrada por la simpatía que nuestras parecidas circunstancias despertaron en mí: ¡También yo estoy esperando á mi novio! Voy á casarme mañana y quiero que Vd. venga á mis bodas.

La muchacha me miró con muchísima tristeza.

—No puedo yo decir lo mismo. Dios solamente sabe si las mías se realizarán alguna vez.

Me hacía daño ver á una persona sufrir cuando tan feliz era yo; y así cogiendo su tostada mano, le dije:

—¿Es Vd. desgraciada? ¿No tiene fe en él? ¿Dígame que puedo hacer por Vd.? yo tendría tanto gusto en contribuir á su felicidad. ¡Vamos; ya sabe Vd. que quiero que todo el mundo esté mañana muy contento en la aldea!

Sus ojos se desataron en lágrimas, y yo la contemplé silenciosamente y pesarosa de haber avivado su pena con mis palabras. Al cabo de una pausa le pregunté con todo el cariño é interés de una hermana:

—¿Cuánto tiempo hace que Vd. no lo ve?

La simpatía que le manifestaba conmovieron á la pobre joven, quien dejó caer su lío sobre la yerba y se acercó á mí.

—¡Señorita, Vd. es muy buena! Vd. sabe lo que es amar á un hombre; y puesto que desea oirme voy á contarle mi historia.

No era historia muy larga. Se llamaba Susana Wood, y su padre había sido un humilde carabinero de servicio en Stonyhead. Cerca de allí vivía una rica familia, cuyo único hijo, bajaba algunas veces, á la orilla del mar para jugar con Susana: ambos tenían la misma edad; pero ella era más fuerte que él. En cierta ocasión su compañero se cayó en el agua y ella al verlo en peligro de ahogarse, se arrojó á salvarlo, y luchando desesperadamente por su vida contra las olas, logró al fin sacarlo á la orilla. El niño contó lo sucedido á su padre, quien mandó una pequeña cantidad á la muchacha, prohibiendo á su hijo el que volviera á reunirse con ella; pero éste, burlando la vigilancia de su padre, bajaba casi diariamente en busca de su compañera, á la que debía la vida y los únicos momentos de alegría en su solita-

ria y triste existencia. Pasaron los años y con ellos, el cariño de ambos se convirtió en apasionado amor; ya no eran dos muchachos, alegres amigos; eran dos jóvenes, felices amantes. Hacia esta época, una noche que el padre, habiendo salido como tenía de costumbre á dar un paseo, se hallaba á alguna distancia de la casa, vió á una persona que escalaba una de sus paredes, y regresando apresuradamente á ella, sorprendió á su hijo en los brazos de su amada, la pobre hija del humilde carabinero. El joven salió inmediatamente desterrado del lugar; pero al emprender su partida, le gritó desesperado, á ella que lo aguardaba para verlo pasar á orillas del camino: "Susana, suceda lo que suceda tu eres mi esposa. Confía siempre en mí, aunque no recibas una noticia mía y te den malas nuevas. Espérame, tal vez pase mucho tiempo; pero al fin llegaré á tu lado."

Él la envió muchos regalos y cariñosísimas cartas desde lejanas tierras. Cuando unos y otras dejaron de llegar, el carabinero creyó que había muerto; pero ella no perdió su esperanza. Pasado algún tiempo la familia de él dejó á Stonyhead para ir á vivir en otra parte; y sólo por una criada de su madre, que había vuelto á Stonyhead para pasar unos días con sus padres había sabido que su amante vivía, y actualmente se encontraba en la aldea de Long. Al terminar su relato ambos quedámos silenciosas.

—Susana, su fe en él y su fidelidad son hermosísimas. Ruego al Cielo que él sea digno de Vd.

La joven se echó á reir.

—¡ Digno él de mí ! ¡ Ah, señorita ! Yo digna de él, querrá Vd. decir: soy una pobre y ruda muchacha; pero me ama, y Vd. no sabe lo que soy capaz de hacer por él. ¡ Oh, no temo nada ! Me ha dado su palabra.

Yo dudaba, en cambio; pero diciendo la verdad no me atormentaba ningún presentimiento. Ella me había habla-

do siempre de "él," y yo no sólo comprendí, sino que respeté el secreto que guardaba respecto del nombre de su amado. Por otra parte, me encontraba demasiado ocupada con mis propios pensamientos, para, llevada de mi simpatía, descender á pormenores. Me levanté y besé á la muchacha.

—El Cielo la bendiga, Susana. Espero que Vd. será feliz; quiero que sea mi amiga, y ahora, venga conmigo á casa y tomaremos juntas el té.

—No, señorita, muchas gracias; pero yo no descansaré en parte alguna hasta que lo haya encontrado.

—Entonces, tenemos que separarnos; ó si quiere, podemos ir juntas á la aldea; pero debemos andar de prisa: oiga, están dando las seis y el Capitán Charvel, mi novio, debe haber llegado ya.

Á la sazón estaba mirando hacia mi casa, y como no oyese una palabra, me volví hacia mi nueva amiga. Estaba detrás de mí, de pie, con los brazos caídos, sus ojos grises inmóviles y fulgurantes, y pálida como un cadáver. ¡Entonces lo comprendí todo!

Mudas como estatuas nos mirámos ambas, espantadas del horrible abismo que se abría á nuestros pies. Los labios le temblaban, á mí se me doblaban las rodillas.

—¡El nombre! murmuró ¡el nombre, por el Cielo! De repente me puso sus manos sobre mis hombros y con una voz que parecía un sollozo, con una desesperación que la palabra no puede describir, repitió. ¡El nombre! ¡Hablad!

Yo no pude pronunciar una palabra; ella me soltó y entonces caí sobre la piedra en que tan dichosa, una hora antes, me había sentado. La infeliz cayó de rodillas á mis pies.

—¡Señorita! ¡señorita! exclamó de nuevo con voz apagada y suplicante; ¿verdad que no es Charvel; no es

Guillermo Charvel; no es mi adorado Guillermo, cuya vida disputé á las furiosas olas que me lo querían robar? ¡Oh, decidme que nó! ¡Yo soy una infeliz muchacha; su amor es todo cuanto poseo! ¡He venido de muy lejos para llevármelo á casa!

Aún no podía hablar; parecíame que una mano de hierro me apretaba la garganta, para contener el grito que se alzaba de mi destrozado corazón; tenía mi cara entre las manos escuchaba los sollozos de aquella desgraciada. De pronto oí, llena de horror el ruido sordo de un golpe terrible . . . en seguida otro y otro. Levanté la cabeza y ví que ella, de rodillas junto á mí, se estaba golpeando la frente contra la piedra.

—¿Desventurada, qué hace? exclamé yo. Ella tenía los dientes apretados y su rostro estaba bañado en sangre.

—¡Quiero matarme! ¡Dios! ¡Señor mío! ¡Santos ángeles! ¡Quiero morir! ¡Oh, Dios mío, ten piedad de mí y mátame, Señor!

La sujeté entre mis brazos, impidiendo que se hiriese más.

—¡Susana, él no es digno de tu desesperación, es un demonio! Debemos unir nuestros corazones y vivir.

Al oírme lanzó un grito terrible y escapándoseme de los brazos corrió á campo travieso en dirección hacia el río. Yo entonces perdí el conocimiento.

No sé cuanto tiempo permanecí allí; la Señorita Del fué la que me volvió á la realidad, llamándome en alta voz, no lejos del lugar en que me encontraba. El sol se había puesto, y me acerqué vacilante á ella, porque mis piernas se negaban á sostenerme; y á pesar de hallarme medio muerta y de la escasa luz de la tarde, ví la expresión de horror que se pintaba en su cara, y que en vano trataba de ocultar con sus forzadas sonrisas.

—Querida mía, me dijo con excesiva ternura, ven á casa por el camino; no entres, María, por el jardín.

Al decirme ésto estaba ya á mi lado, y precisamente enfrente de la puerta que daba entrada al jardín. Yo la abrí, y apartándola á un lado y animada de nueva fuerza entré en él. Aún me parece que oígo la angustiosa voz con que gritaba.

—¡ María ! ¡ María ! ¡ Oh, por el Cielo detenedla, que mañana es su día de boda !

Mi padre y algunos hombres más, qué conocía, estaban de pie cerca de la orilla del río, y en el centro del círculo que formaban, eschada sobre la arena, descansaba el cuerpo de Susana, con el traje pegado á sus admirables formas. Todos me quisieron separar de allí y conducirme á la casa; pero yo me puse de rodillas junto al cadáver y miré fijamente su cara húmeda y pálida; sus ojos fijos, pero sin vista; y sus entreabiertos labios, pero sin aliento. Aún miraba yo el sereno rostro de la muerta, cuando oí el golpe de la puerta del jardín, y unos pasos ligeros que se acercaban á nosotros. Los había conocido: era él. Me levanté y le salí al encuentro cruzando las manos á mi espalda para que no tropezasen con las que él me tendía. Clavé mis ojos, altivos, fríos, desdeñosos en los suyos que animaba dulcísima y tierna expresión. Todos estaban allí: mi padre, la Señorita Del, y los hombres que rodeaban el cadáver.

—Capitán Charvel, le dije en alta voz y de modo que todos me pudieran oír; tengo que daros una mala noticia: ¡ vuestra esposa acaba de morir !

Su sonrisa desapareció: me miró como aquel que no comprende lo que se le dice, y por un momento, sólo se oyó el murmullo de los que nos rodeaban.

—Si nó vuestra esposa, añadí entonces, á lo menos la mujer que debió haber llevado ese nombre; y señalando

con la mano al lugar en que el cuerpo de la infeliz suicida descansaba, proseguí ; ¡ allí tenéis su cadáver !

Se conmovió, aunque casi imperceptiblemente, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Era bastante oscuro ; pero á mi penetrante mirada no se ocultaron las contracciones de sus labios, ni la vaguedad de sus vidriados ojos. De repente se irguió orgulloso y me miró detenidamente desde la cabeza á los pies ; yo resistí con provocativa frialdad la altiva y desdeñosa tristeza de su mirada. Entonces se volvió hacia los demás.

—Coged á esa pobre muchacha, dijo, señalando al cadáver, y llevadla á la iglesia.

Obedeciendo á su mandato varios hombres levantaron silenciosamente el cuerpo de la pobre Susana, lo condujeron con el mayor respeto por entre los árboles y siguieron el sendero, en dirección á la iglesia. El Capitán Charvel los siguió.

Mi padre se había quedado sin movimiento ; la Señorita Del ¡ pobre alma mía ! estaba de rodillas en el suelo y lloraba sin consuelo ; al parecer yo era la única que no estaba conmovida.

—Venid, exclamé, nosotros debemos ir también.

Mis palabras sacaron á mi padre de su estupor : en seguida partió en la misma dirección, y detrás de él, seguímos la Señorita Del y yo, con las manos enlazadas y andando con rapidez. Cuando llegámos á la iglesia ellos iban á entrar en ella.

—¡ Detenedse ! gritó mi padre severamente. ¡ No puedo consentir que se profane la casa de Dios !

El Capitán Charvel se volvió orgullosamente.

Entonces dejadla ahí, dijo, que el espíritu del Padre es infinito y la tierra entera, su altar.

Hubo un momento de silencio: él se puso de rodillas, cogió

con su diestra la mano derecha de la muerta, y muchos se arrodillaron también. Yo nó : el inanimado corazón en el pecho de Susana no podía estar más helado que el mío.

—En nombre de Dios, Todopoderoso—exclamó con voz firme, vibrante y serena—pongo á cuantos me oyen por testigos de mi juramento. Juro por mi Dios, como cristiano, y por mi honor, como caballero, que desde este instante esta mujer es mi esposa. Juro ante su cadáver que jamás le seré infiel, que desde este momento hasta el de mi muerte, ni por amistad, ni por amor daré mi mano ó tendré trato alguno con otra mujer. ¡ Señor, recíbela en tu seno ! ¡ Susana ! ¡ Susana, descansa y espérame entre los ángeles del Cielo ! Estrechó su helada mano, y encorvándose, besó respetuosamente la boca de la muerta : en seguida se levantó.

Sólo interrumpió el imponente silencio que siguió á sus palabras, el ruido acompasado de sus seguras y firmes pisadas, que iban apagándose á medida que su figura se desvanecía en la oscuridad de la ya cerrada noche ; y al ver que se alejaba mi corazón comenzo latir precipitadamente.

Medio ciega, medio loca, corrí á su alcance, y al llegar á corta distancia de él, sintiendo que mis fuerzas se agotaban le grité :

—¡ Vuelve, Guillermo ! ¡ Vuelve ! yo te perdono.

Él ni hizo el menor movimiento, ni me contestó una palabra, y siguió andando con la cabeza alta y paso seguro : yo rodé por tierra y cuando los demás me levantaron del suelo, pensaron que no volvería á la vida. No fué esa la voluntad del Cielo, viví y tuve fuerzas para resistir mi mal.

Poco tiempo después abandonámos la aldea de Long, para nunca más volver á ella ; y yo escondí el pasado en mi triste corazón.

Aún era joven cuando murió mi padre, y los años continuaron su curso sin que en nada variase mi modo de ser.

Un día me sorprendió la llegada de una carta anunciándome que había heredado una fortuna considerable. Ya las canas abundaban entre mis cabellos; y sin embargo, las lágrimas que derramé á los veinte años de edad por aquél á quien amaba, no fueron más amargas que las que derramé en esta ocasión. En cuanto Coronel Charvel supe que había muerto en la guerra durante el combate de Cawnpore.

EL MISTERIO DE LA ESTRELLA DEL OCÉANO

Por W. Clark Russell

El día 22 de Agosto del año de 1877, un vapor, llamado el *Guía*, próximamente de mil doscientas toneladas, se encontraba á los 12° de latitud norte, y 31° de longitud oeste. El tiempo, durante las últimas veinticuatro horas, había sido muy extraño. El alisio que soplaba del noreste, dos días antes, se había convertido en una brisa, apenas sensible, que cesó gradualmente en una calma pesada. Desde entonces, el buque no encontró más aire que el que causaba su propia marcha. Gran marejada del oeste agitaba la superficie del agua; las olas se alzaban como pequeñas montañas líquidas de color violado, tan tersas y serenas, que el resplandor del sol parecía pasar desde la cima azul oscura de la una á la de la otra, cual verdadera corriente de oro fundido que se deslizara sobre las cumbres de movedizas columnas de cristal. La rareza del tiempo consistía principalmente en la presencia de grandes masas de vapor, blancas como la nieve, que descansaban sobre la superficie del mar. La atmósfera estaba muy pura, el cielo de un color azul pálido, el sol brillaba con centelleo deslumbrador desde la corona bronceada que le rodeaba hasta su centro de radiante blancura; y donde la línea del horizonte era visible, se destacaba el borde del inquieto círculo, sobre la aérea suavidad de la atmósfera, tan perfec-

tamente transparente que parecía de cristal. No obstante, aquellas masas de bruma se posaban sobre las profundas aguas en distintas formas : unas encorvadas como gigantescas alas, otras como inmensos rollos echados sobre la líquida superficie, semejantes á las capas de humo que vagan sobre las aguas del canal de la Mancha, durante la calma de un día de verano ; y, finalmente, otras se dilataban como vastos vellones de seda, sobre la cual, se descomponía la luz en los brillantes reflejos que se observaban en las telas de araña é interior de las conchas nacaradas. Cada vez que el vapor, en su rápida marcha penetraba en una de estas masas, los blancos botes colgados á una y otra banda, en su centro, los vidrios de sus tragaluces, y sus bronces á popa de la chimenea, brillaban deslumbrantes en aquel océano de luz ; mientras la proa, desaparecía tan completamente en los densos y blancos vapores, que pudiera creerse que el buque había sido cortado por su mitad. Entonces, tal vez, por espacio de unos veinte minutos, continuaba su curso en una especie de eclipse en medio del profundo silencio que reinaba en la espesa calma que lo envolvía, como si aquella masa de blancos vapores no diera paso á ningún sonido. Desde el puente, apenas se descubría el castillo de proa, y el humo arrojado por la chimenea, le seguía como negra nube tempestuosa, hasta que entraba de nuevo en el claro y despejado espacio. Cada vez que hundía su proa en una de aquellas grandes y al parecer inmóviles masas, los agudos silbidos de su pito, interrumpían el profundo silencio, como si fuesen alaridos de terror, arrancados por las súbitas transformaciones que seguían al esplendor tropical, cuando se ocultaba en la incierta luz de la bruma. Era imposible saber si entre aquellas masas se encontraba otro buque ; y aunque las máquinas continuaban trabajando á la acostumbrada velocidad, los oficiales en el puente, escuchaban aten-

tos, hasta que el vapor pasaba de aquella luz crepuscular á la dorada claridad del día.

Eran próximamente las once de la mañana; el *Guía* acababa de salir de una de aquellas densas masas de vapor, cuando el primer piloto, señaló una vela á proa, cuatro puntos á babor. Se encontrába como á cinco millas de distancia en una especie de canal ancho y luminoso formado por dos inmensas nubes de vapor, y parecía una escultura de marfil posada sobre las centellantes aguas. El piloto llamó la atención del capitán, y este último dijo:

—Sí, Señor; y espero que si andan otros por estas aguas, podamos descubrirlos con igual facilidad. Entonces bajó á la cámara y volvió con un anteojo, miró silenciosamente por algún tiempo al buque; hasta que, bajando el instrumento, se lo presentó al piloto, diciéndole:

—Sr. Guillermo; á aquel buque le sucede alguna cosa.

En efecto, no se necesitaba tener ojo de marino para sospechar que algo grave ocurría en él. Era una pequeña barca, al parecer de trescientas cincuenta á cuatrocientas toneladas; tenía mastelero de juanete, todo su aparejo parecía estar en orden; pero la vista de su velamen hacía sospechar que en ella reinaba gran desorden. Las drizas á proa y popa parecían haber sido desamarradas repentinamente, las gavias más altas, los juanetes, en una palabra, todas las vergas que descienden, habían sido arriadas; pero sin ninguna vela. El trinquete, la vela mayor y la cangreja, estaban desplegadas; pero las velas de estay y los foques colgaban medio arriadas de sus puestos; al paso que las vergas estaban amuradas á estribor. Todo ésto se veía claramente con el anteojo.

—¿Qué diablos significa ese enredo? exclamó el capitán, dejando ver en su rostro una marcadísima expresión de curiosidad. Cualquiera podría imaginarse que vinién-

doles encima una fuerte turbonada, el contramaestre ha mandado soltar todos los cabos ; y que después de hecha la maniobra, la tripulación se ha largado á comer. ¿No ve Vd. una bandera, Sr. Guillermo?

El piloto después de mirar detenidamente, contestó :

—Nó : eso tiene cara de motín; y sino motín, enfermedad. Tal vez va llena de café verde y la fiebre se ha declarado á bordo : ó ¿no cree Vd. que todos se hayan quedado ciegos en un momento? Yo he oído contar que en ciertos casos toda la tripulación de un buque, habían perdido la vista casi de repente.

—¡ Ea, más vale que vayamos hacia ella y le echemos un vistazo! exclamó el capitán. En las cosas del mar no debe uno contentarse con suposiciones. Creo, que si los buques cambiasen un poco de su rumbo en ciertas ocasiones, se contarían muchos menos misterios de los que se cuentan. Entonces dió sus órdenes al timonel, y el buque puso la proa hacia la embarcación.

Ésta se balanceaba al poderoso empuje de las olas, y su velamen, á causa de aquel constante movimiento, se mecía de un lado á otro, envolviéndola en caprichosas sombras. Las tranquilas nubes de vapor á uno y otro lado, como si fuesen islas envueltas por la niebla, y separadas por anchos canales de un azul oscuro, en medio de los que, la nave se destacaba vagamente por la distancia, viéndose brillar los argentinos botones de sus bertellos, formando en conjunto una delicada pintura, coronada por el suave azul de los cielos. La ondeante superficie del agua se conservaba siempre tersa y unida, y en vano se hubiera recorrido todo el horizonte, en busca de esa mancha, que anuncia el paso del más leve soplo de aire. Á medida que nos acercábamos á la embarcación, todos los detalles que la distancia ocultaba á nuestra vista, iban apareciendo poco á poco. El casco

estaba pintado de verde con una estrecha banda blanca que corría á su alrededor ; el mascarón de proa parecía haber sido cortado en Aberdeen ; y tenía cobre nuevo que á cada vaivén, brillaba al reflejo de los ardientes rayos del sol que se abrían paso á través de las nieblas.

—Por lo que veo, parece que nada le falta ; dijo el capitán, mientras examinaba el buque con su anteojo. Arreglando esas vergas y poniendo las velas en orden, se tendrá una de las barcas más bonitas que recuerdo haber visto en mi vida. ¿ Cuál es la idea de la tripulación al dejarla de esa manera ? Desde que estoy mirándola, nadie ha tocado un solo cabo de su aparejo ; y después de examinarla por un momento, entregó el anteojo á su segundo, preguntándole : ¿ No es humo lo que sale por la chimenea de su cocina ? Ya mi vista no es lo que era en otro tiempo.

El segundo miró por un breve rato.

—Sí, es humo, no hay que dudarlo ; y habiendo fuego en la cocina, el barco no debe estar abandonado. No obstante, no veo el menor signo que indique la presencia de un ser viviente á bordo. Nada, nada que se parezca á la cabeza de un hombre. ¡ En verdad, es muy raro !

—Parece que tiene todos sus botes, añadió el capitán.

—Me parece que le falta uno á babor, replicó el segundo ; pero no puedo decirlo con certeza, porque su cangreja no me permite ver bien.

Ambos quedaron silenciosos ; las máquinas moderaron su marcha, y por último, el vapor fué aproximándose lentamente á la barca, hasta que al ponerse á distancia de habla, el capitán dió la orden de parar. En aquel momento, la barca, abandonada ó no, se veía perfectamente. La rueda del timón, completamente libre, se movía á derecha é izquierda, obedeciendo á las oscilaciones de los golpes del mar. Era imponente y solemne oír el ruido producido por

el flameo de las velas, el crujir de la arboladura y del casco, unido al lento y acompasado sonar de una campana, que parecía tocar á muerto. Toda la marinería á bordo del vapor, estaba sobre la cubierta mirando á la barca, y fácil era descubrir en sus tostadas caras, la expresión de las supersticiosas creencias del marinero, que se marcaba más y más, á medida que las lúgubres notas de la invisible campana que tocaba en la desierta barca, hacía resonar sus ecos en la silenciosa y tranquila atmósfera.

Creo que son los tumbos y cabezadas del barco los que hacen sonar esa campana, dijo al capitán ; pero su sonido pone los pelos de punta. Entonces poniendo las manos en forma de bocina, gritó con voz de trueno :

—¡ Oh, del barco !

Nadie respondió. Desde el *Guía* todos examinaban la barca pulgada por pulgada, sin que vieran en ella moverse otra cosa que las sombras arrojadas por las velas. Lo que nos llenaba de asombro, era la columna de humo que salía por la chimenea de la cocina, lo cual probaba, que el fuego estaba encendido ; y sin embargo, nadie se dejaba ver sobre la cubierta.

—Mi capitán, si ese buque está abandonado, dijo el segundo, á juzgar por el humo que se ve, no puede hacer mucho tiempo que la tripulación ha salido de él ; y deben encontrarse á la vista. Mirando detenidamente al derredor añadió : eso dado caso que no se hallen ocultos entre la niebla.

Mientras tanto, el vapor había avanzado suavemente hacia la barca y descubriendo su banda de estribor, vimos según había dicho el segundo, que le faltaba un bote de aquel costado. Tenía los pescantes vueltos hacia afuera y con los aparejos arriados hasta flor de agua, y los motones se sumergían en ella á cada balance. El nombre, *Estrella del*

Océano, se leía escrito en grandes letras á la popa de la barca.

—Sr. Guillermo, dijo el capitán, lo mejor es que vaya Vd. á bordo á echar un vistazo. Es lástima que no venga un soplo de brisa y barra toda esa niebla. La tripulación debe estar oculta en una de esas nubes, como Vd. antes dijo; pero, por Dios, ésto es la cosa más incomprensible que he visto en todos los días de mi vida. Vamos, temple bien sus nervios, porque tal vez le espere allí una vista horrible.

Echaron un bote al agua, y los cuatro remeros que llevaban al segundo á la barca, mientras remaban, volvían la cabeza y miraban por encima de sus hombros, con una expresión supersticiosa. La vista de aquel humo que se elevaba verticalmente de la chimenea de la cocina, unido á la soledad de la barca, influyeron de tal manera en las rudas inteligencias de los hombres, que confundidos á la vista de aquel espectáculo, parecían creer que el barco estaba tripulado por marineros invisibles; y cuyos fantasmas, apoyados sobre los pasamanos, observaban silenciosamente su llegada.

El Sr. Guillermo llegó y dando orden de echar los remos al bote, seguido por dos hombres, en un momento se hallaron sobre la cubierta de la barca. El aviso del capitán había preparado al Sr. Guillermo, quien miraba á su alrededor como para descubrir algo horrible; pero por allí, por lo menos, no había nada de extraño que ver. Cuerdas y cables que parecían haber sido arrancados de las cabillas y arrojados precipitadamente al suelo, eran todos los objetos que indicaban alguna confusión; y estos no eran sino los que se encuentran al arriar las vergas. El barco era limpio y cómodo; la cubierta tenía buen color y estaba recién pintada; los bronces perfectamente pulidos brillaban á proa

y popa ; y la bitácora, bombas, cabrestantes, claravoyas, escotillas y demás parecían ser de lo mejor.

—Por aquí ; en la cubierta no se ve nada de particular ; gritó el segundo ; si acaso hay alguna avería tiene que ser abajo.

En una jaula á proa, había varias gallinas que parecían estar casi ahogadas de sed. El segundo les llenó su escudilla de agua ; los pobres animales, acudieron presurosos á beber, y parecían querer demostrar con sus miradas el agradecimiento que sentían. Bajo el bote grande, parecía haber habido un cerdo ; pero no estaba allí, y los únicos seres vivos que se veían eran las gallinas y pollos. El segundo miró á su alrededor en busca de la sonda, y habiéndola encontrado, sondeó la bodega y observó que la barca se encontraba en tan buen estado como su vapor. Después, recorrió la cubierta, seguido por sus hombres, uno de los cuales hizo callar la campana, envolviendo el badajo con estopa. Á medida que avanzaban miraban detenidamente por todas partes, temerosos de encontrarse de manos á boca con algún cadáver tendido junto á un mástil, arrimado á una de las bandas, ó escondido entre los montones de cables ; pero en la cubierta, no había ni vivos ni muertos. En la cocina, encontraron que ardía un buen fuego ; y tanto él como los dos marineros, convinieron en que tenía que haberse encendido poco después de que el *Guía* avistase á la barca ; porque los carbones, ardían con esa llama azulada que se observa en un fuego recién encendido. Sobre el fuego había un caldero, y al destaparlo el segundo, vió que se cocía un ave, cuidadosamente desplumada. Ante este hecho, el segundo se quedó como aturdido y miró á sus compañeros.

—Tiene que haber alguien á bordo, exclamó. Para convencerse de ello, no se necesita mejor prueba que ésta. Si

la tripulación hubiera abandonado este buque al avistarnos ¿dónde se ha metido el bote? No han tenido tiempo de ocultarse en la más próxima de esas nieblas sin que los hubiéramos visto. No, á la fuerza teníamos que verlos. Y ¿qué necesidad tenían de abandonar el buque? ¿Qué puede haberlos asustado y obligado á huir á la vista de nuestro vapor? Estoy seguro de que se encuentran á bordo, escondidos; pero, ¿por qué demonio se habían de esconder?

—¿Registramos el barco? preguntó uno de los marineros.

—Por supuesto.

—Debemos tener cuidado; porque puede haber gato encerrado por aqui.

—Síganme ó hagan lo que les plazca, replicó el segundo; pero yo tengo mis órdenes. Dicho esto, se dirigió hacia la escalera de la cámara, la que comenzó á bajar, seguido de sus dos compañeros.

El Sr. Guillermo era un hombre de corazón; pero no obstante, cuando penetró en la cámara, andaba cautelosamente, muy despacio y con ojo avizor. El misterioso abandono de aquel barco, la falta de una clave que explicara su situación, le producían mayor asombro y perplejidad que los que le hubiera causado el encuentro de una terrible y trágica solución al enigma. La cámara era agradable, limpia y ventilada; tenía una mesa en el centro y asientos de crín á uno y otro lado, y del techo colgaba una lámpara de metal plateado. En sus paredes estaban fijos varios estantes con libros y otras cosas más. Había cuatro camarotes pequeños en los cuales entró el segundo, y en el que se hallaba más á popa, probablemente el del capitán, encontró, además de los cronómetros, un sextante, el cuaderno de bitácora, cartas y los papeles del buque, según los cuales la barca se llamaba la *Estrella del Océano*, de Hull, con carga general para Río Janeiro. Examinando el cuaderno de bitácora, vió que la

última entrada se había hecho diez días antes; circunstancia que aumentó prodigiosamente la confusión del Sr. Guillermo. Registró los otros camarotes, los que no eran sino meramente lugares para dormir, y que cada uno estaba provisto con su litera, colchones, ropas de cama y un baúl; y apesar de que los dos últimos tenían señales inequívocas de haber sido recientemente ocupados, sin embargo, allí no había ni vivos ni muertos.

El segundo, seguido de sus dos hombres, volvió á la cubierta, y se encaminó hacia el castillo de proa; pero antes miró por el escotillón y vió una luz.

—¡Hola! exclamó el Sr. Guillermo; allí están.

Metió la cabeza por el hueco y gritó: ¿Quién anda por ahí? Nadie le contestó. Volvió á gritar; pero su voz se extinguió en la oscuridad. Por tercera vez y esforzando la voz volvió á gritar: ¿Quién hay ahí abajo? y no obteniendo contestación alguna, perdió la paciencia, metió las piernas por la escotilla y se dejó caer en aquel lugar. La luz era producida por una lámpara de aceite que colgaba de un madero ennegrecido. Á su escasa claridad, se veían cuatro hamacas suspendidas de la cubierta, y varias literas en los costados. Á la vista de aquello, se hubiera podido creer que la gente se habían ido á dormir, después de terminar su comida; porque en el suelo, estaba la olla del rancho con un pedazo de carne, y un jarro de lata encima de una caja. La vacilante y confusa mirada del segundo, se fijó en las migajas de galleta esparcidas por allí, una pipa rota, botas tiradas aquí y allá, ropas de agua colgadas y demás cosas que componen el equipo del pobre marinero. Empujó los coyes, pero no había nadie en ellos; registró las literas y vió que estaban desocupadas.

—¡En mi vida he visto otra cosa como ésta!, exclamó uno de los marineros.

—Aquí no falta más que olor á azufre, para creer que el diablo se los llevó á todos, dijo el otro.

—Apaguen la lámpara, mandó el segundo ; los tres volvieron á la cubierta, y saltaron al bote.

—¿Qué hay? preguntó el capitán, cuando el segundo llegó al costado del vapor.

—¿Qué ha de haber? replicó el segundo, he registrado todo el buque sin encontrar á nadie en él, y á excepción de algunas gallinas y unos pollos, no hay á bordo bicho viviente. La barca es la *Estrella del Océano*, de Hull ; dijo, y continuó haciendo una descripción de los papeles y contenido de la barca, y al fin añadió : tal como se encuentra, vale un buen puñado de oro : es fuerte como un acorazado, y está más seca que el interior de una chimenea.

—¿Y no hay rastro alguno que indique lo que se ha hecho su tripulación?

—Nada absolutamente, ni el más leve indicio; excepto que los pescantes de estribor no tienen el bote, é indudablemente la tripulación se ha marchado en él ; pero ¿cómo puede explicarse el fuego en la cocina, y una gallina cociéndose sobre él? Cuando llegamos allí, la cacerola estaba hirviendo, como si alguien la hubiera preparado para su comida, y además para mayor confusión, en este misterio, ¡la lámpara del castillo de proa estaba encendida!

—Tiene que haber alguien á bordo, exclamó el capitán, las aves no se meten ellas mismas á cocerse en las cacerolas. No, Señor, hay un hombre ó más á bordo, y Vd. no ha dado con él ó con ellos.

—Tal vez se hayan escondido en la bodega ó en la sentina, contestó el segundo. Yo no miré en estos sitios, por lo tanto, nada puedo decir ; pero como las escotillas están cerradas y perfectamente cubiertas por los enceradas ; después del registro que he hecho, estoy dispues-

to á apostar la cabeza, á que en ese barco no hay alma viviente.

El vapor estaba arbolado de bergantín con una verga de juanete, y el capitán, llamando al marinero que tenía más fama de buena vista, le dió un anteojo y le mandó que subiera á la verga, y desde ella mirase cuidadosamente todo el mar á uno y otro lado, á fin de ver si descubría algún bote.

La brisa había comenzado á soplar del sudeste, oscureciendo la azulada superficie de la mar y rizando el lado de barlovento de las grandes olas. Aquí y allá las opacas masas de niebla se iban disipando, al mismo tiempo que el viento las barría hacia el noroeste; de modo, que si en alguna de ellas se ocultaba el bote, pronto debería quedar á descubierto; á menos de que sus tripulantes remando en la misma dirección y con igual velocidad, se mantuvieran ocultos por ellas, suposición verdaderamente ridícula. Á pesar de tan favorables circunstancias, el marinero encaramado en la verga de juanete, escudriñó el mar con la ansiedad de un náufrago; pero guardó silencio. Nada interrumpía la uniformidad del agua; y después de permanecer arriba unos diez minutos, que todos los que estaban sobre la cubierta los emplearon en mirar atentamente en todas direcciones, bajando gritaba: "¡ Nada á la vista, mi capitán ! "

—Esto es un verdadero misterio; exclamó el capitán del *Guía*. Sin embargo, Vd. verá como tengo razón; en ese barco hay gente escondida, aunque es difícil comprender por qué se ocultan de nosotros. Sea lo que fuere, será mejor no dejar ese precioso barco abandonado para que se vaya á pique con el primer huracán que se desate por aquí. Entonces mandó llamar al piloto Mateo, tercero de á bordo, y cuando éste apareció sobre el puente le dijo: Mateo, ¿ quiere Vd. hacerse cargo de esa barca y llevarla á Río Janeiro? No estamos lejos de ese puerto.

—Sí, Señor, contestó Mateo con presteza.

—Le daré tres hombres, no puedo desprenderme de más; pero creo que le bastarán, teniendo en cuenta la parte del océano en que nos encontramos, y que Vd. navegue con poca vela.

—Ya me arreglaré con ellos, contestó el piloto.

—Bueno es meterse en el bolsillo un puñado de plata. El segundo me ha dicho que está en muy buen estado y con una gran carga. Cuando llegue á ella, registre la despensa y díganos cómo está de provisiones, antes de que continuemos el viaje.

—Muy bien, Señor.

—Espero que Vd. encontrará uno ó dos hombres escondidos á bordo. El segundo ha encontrado una olla, con una gallina cocinándose al fuego, y la lámpara del rancho estaba ardiendo. Estamos en los tiempos de las máquinas de vapor, y ya no se conocen brujerías; así pues, busque á la gente que puso á hervir esa gallina, y aumente con ellos su marinería. Forme la tripulación, Sr. Guillermo, y pida voluntarios; mientras Mateo arregla sus petates.

Se hizo así; varios hombres se ofrecieron como voluntarios y entre ellos se eligieron tres de los mejores. Uno de ellos era gaviero y los otros dos marineros comunes. En su interior, no estaban muy tranquilos que digamos; pero la afición del marinero á cambiar de manera de vida, y la idea de obtener una buena gratificación por salvar la barca, no daban lugar á dejarse llevar por supersticiones. Embarcaron con sus petates en el bote, acompañados del segundo piloto y dos hombres más que se pusieron á los remos y no tardaron en llevarlos al costado de la desierta barca. Una vez en ella, y antes de tocar un solo cabo, comenzaron á registrarla minuciosamente; abrieron las escotillas y encontraron las bodegas completamente ocupadas por la carga.

El segundo piloto, marino intrépido, que no sabía lo que era miedo, se metió por ellas con un farol y no dejó de ver hueco ni rincón sin hallar vivientes, ni aún rastro de ellos. Luégo pasaron á proa, donde no dejaron escondrijo que no registráran y, después, la despensa, que estaba atestada con abundantes provisiones : carne salada, tocino, granos, harina, zumo de limón, ron, y otras cosas por el estilo ; por último, habiendo concluído un registro, como lo hubiera hecho el aduanero más obstinado y malicioso, volvieron á la cubierta empapados de sudor y llenos de polvo. Entonces el piloto voceó al vapor :

—¡ He ! ¡ Muchas provisiones y agua fresca !

—¡ Bien !

—¡ Carga hasta las escotillas en la bodega principal !

—¡ Bien !

—¡ Ninguna señal de gente en todo el buque. Hemos registrado cuanto agujero hay aquí, los únicos vivientes á bordo de la *Estrella del Océano*, somos nosotros y las gallinas !

—¡ Bien ! gritó el capitán por la tercera vez. Hizo una señal de despedida con la mano, el segundo piloto le contestó ; y se cambiaron varios saludos entre los marineros de uno y otro barco. La hélice comenzó á moverse, el vapor tomó su rumbo y la escasa tripulación de la *Estrella del Océano*, quedó abandonada á sus propias fuerzas.

La suave brisa que había comenzado á soplar, se mantenía firme ; y de las rizadas olas, salía el murmurio alegre y melodioso como el de un manantial, y que agrada al oído, como un sorbo de agua fría al paladar, después de la cansada monotonía y pesado silencio de una prolongada calma tropical. La tripulación puso manos á la obra ; izaron una tras otra todas las vergas, y coronaron la ligera y graciosa arboladura con un pequeño velacho, que brillaba como una estrella bajo

la bóveda azul. Una mirada á la carta, bastó para que Mateo reconociese y tomase su rumbo ; y en seguida, la barca cortando las ondas y formando dos pequeñas cascadas de plata en cada uno de sus extremos, con la sombra de unas velas cayendo en graciosa curva sobre la cóncava superficie de las otras ; los rayos del sol, que se reflejaban en constante centelleo sobre los cristales y bronces cuando el movimiento de las olas los inclinaban hacia él, la barca tranquilamente comenzó á deslizarse hacia el sur, entretanto que el vapor, separado por la distancia, se veía como pequeña sombra en medio de las masas de niebla que poco á poco se iban despejando. Nadie había pensado al principio en apartar la olla del fuego, y cuando fueron á examinarla, se encontraron que había hervido tanto que la gallina estaba deshecha en sopa. La arrojaron al agua, porque aunque hubiera estado como el más delicioso manjar, se concibe que la superstición no les permitiese probarla. Lo cierto es que cuanto más pensaban sobre el asunto, mayor se hacía su confusión. No podían explicarse por qué un barco hermoso y en buen estado, con abundantes provisiones, lleno hasta las escotillas de rica carga, y sin hacer una gota de agua en las últimas veinticuatro horas, pudiera haberse abandonado, como si fuera un casco desvencijado, al que la mar hubiese arrancado las bordas y arrebatado la cubierta. Es bastante extraño que un barco inútil se halle abandonado ; pero no tanto como para no dejar lugar á imaginarse alguna cosa con que darse cuenta de lo ocurrido. Pero ¿ qué pensar de un barco tan misteriosamente abandonado, y que aún presentando señales evidentes de la presencia de alguien en él, y sin embargo, está tan solitario como una sepultura ? Se había encontrado fuego en la cocina, sobre él una olla de agua con una gallina á medio cocer, y la lámpara del rancho encendida y todo parecía haber sido hecho hacía poco rato. La

lámpara podía estar ardiendo hacía algunas horas ; pero el fuego de la cocina y la gallina á medio cocer, no dejaban la menor duda de que poco tiempo antes, manos humanas habían trabajado por allí y quizás poco después de que el *Guía* avistase á la *Estrella del Océano.* Además, faltaba un bote : si la tripulación de la barca se había marchado en él después de encender el fuego, y poner á cocer la gallina, era de todo punto imposible, que en tan corto tiempo el bote hubiera podido ponerse fuera de la vista del vapor. ¿Dónde estaban aquella gente ? ¿Se habrían arrojado á la mar, cuando vieron aparecer el humo del *Guía* hacia la parte norte del horizonte ? La teoría de un suicidio general, hacía aún más difícil la explicación del fuego en la cocina, puesto que indudablemente se le había añadido más carbón cuando el vapor no sólo había visto á la *Estrella del Océano,* sino que se dirigía á ella. Uno de los hombres estaba en el timón, y los otros acompañaban al piloto, tratando en vano de hallar una solución para aquel enigma. Después de comer, volvieron á tomarse la pena de registrar de nuevo el buque ; pero sin mejor resultado que el que había obtenido la primera vez que lo hicieron ; á bordo no había ningún viviente sino ellos y las gallinas.

—Aquí hay gato encerrado, exclamó el gaviero, cuando los tres se reunieron con el que estaba al timón, yo no soy hombre de libros ; pero sé diferenciar entre un erizo y una sardina ; y me parece que si no hay á bordo ninguna persona que haya encendido el fuego, y haya puesto la gallina á hervir en la olla, alguno que no sea persona lo ha tenido que hacer.

—¿ Quién ? preguntó el piloto.

El marinero lo miró como aturdido por un momento y contestó :

—¿ Quién ? ¡ Toma, algún duende ó fantasma !

—¿ Qué es un fantasma, Roque? le preguntó uno de sus compañeros.

—Una cosa que tú no puedes coger, ni te puedes sentar sobre ella aunque la tengas debajo de tí; contestó el gaviero con cierto aire de inquietud. Ahora no me vengan con que no hay fantasmas y cosas por el estilo, porque muchísimos los han visto y hablado con ellos; además, si no los hubiera, no habría otra vida; porque la otra vida, es para los que se mueren y se vuelven aparecidos. Si alguno dice que no hay aparecidos ni fantasmas, es lo mismo que si dijera que no había salvación.

—¿ Tienen estómago los espíritus? preguntó el piloto.

El gaviero, después de quedarse pensativo por un instante, replicó:

—No, no pueden tener estómago, porque si lo tuvieran, no podríamos caminar por encima de ellos.

—Y, entonces, ¿ si no tienen estómago, para qué diablos un espíritu va á la cocina, enciende el fuego, y pone á hervir una gallina? preguntó el piloto.

El gaviero se quedó callado, y no se habló más sobre este particular. Mucho antes del anochecer la niebla se disipó por completo y la mar con su azul oscuro, presentaba un contraste encantador con el claro de los cielos. El piloto, aprovechando aquella oportunidad subió á la verga mayor, y con el anteojo escudriñó cuidadosamente todo el horizonte; pero no pudo ver nada. La marcha de la barca apenas excedía á unas tres millas por hora; la brisa era muy suave y el ardiente sol en el ocaso, como una esfera de fuego, parecía arrebatar á la atmósfera la última manifestación de vida ó movimiento. En efecto, cuando la noche cerró, volvióse á declarar una calma chicha. El centelleo de las estrellas, la fosforescencia del agua al romperse las olas en los costados del buque, el profundo é imponente si-

lencio del océano, el flameo perezoso de las velas ocultas por la densa oscuridad, el crujir de la arboladura, y el silencio de la nocturna escena, eran lo bastantes para afectar la imaginación de aquellos hombres, con las ocurrencias más supersticiosas. El mismo piloto sintió aquella influencia á que en otras circunstancias, no hubiera prestado la menor atención ; pero en aquel momento, pasaba y repasaba por su mente el misterio que envolvía á la desierta barca, y mucho más cuando los hombres se negaron resueltamente á dormir en el castillo de proa.

—Señor, dijo uno de ellos, yo soy como Roque y creo en los fantasmas. Hasta que no averiguemos lo que ha pasado y pasa en este barco, prefiero quedarme sobre la cubierta. Además, las hamacas tienen una apariencia muy fea. ¿Si el buque hubiera sido abandonado, quién pudo haber encendido la lámpara?

Se dividieron las guardias, y durmieron por turno en la cámara. Sacaron un poco de ron de la despensa y se hicieron un buen ponche, que los reanimó, despejando sus imaginaciones de las ideas que los atormentaban. Por otra parte, el piloto les dió nuevos bríos, hablándoles del buen pico que á cada uno les iba á tocar, cuando se arreglase la reclamación por salvamento ; trató siempre de distraerlos de sus temerosas cavilaciones y aunque más animados, no quisieron separarse. Dos de ellos estaban sobre la cubierta, mientras los otros dormían ; y aunque no había más que uno al timón, el otro no se separaba de él. Á pesar de sus repetidos y minuciosos registros, ninguno podía convencerse de que el buque no tuviese más tripulantes que ellos, y esta mera idea, era suficiente para alimentar cierta desconfianza, y hacer que la menor sombra ó un ruido cualquiera, los obligase á mirar á cada instante, de popa á proa toda la cubierta del buque.

—Lo que más me confunde, dijo el gaviero, es que tal vez nunca se pueda saber lo que ha pasado aquí.

—Tienes razón, respondió el piloto ; no puedo ni siquiera imaginármelo. Un cadáver, hubiera bastado á aclararnos este misterio ; pero hallar encendido el fuego en la cocina, una gallina cociéndose, la lámpara del castillo de proa encendida, y ningún bote á la vista. ¡ No ! nada podemos sacar de pensar en ello, y el enigma quedará sin explicación.

—Á menos que no lo busques en las cosas del otro mundo, observó el gaviero.

El piloto como diciendo : "Perdónalo, Señor, que no sabe lo que se dice," comenzó á silbar como si llamara al viento.

Durante el cuarto de la madrugada la brisa volvió á soplar por la popa, pusieron las vergas en cruz y la *Estrella del Océano* se puso de nuevo en movimiento. Comenzó á amanecer y el sol salió con todo su esplendor. La mar parecía ser la superficie de un rizado zafiro, los cielos cambiaban con suavidad el azul pálido del horizonte en un color violado junto al cenit ; mientras que aquí y allá, brillaban con deslumbrante blancura algunas nubecillas que la suave brisa arrastraba. El piloto, mirando en derredor del barco, descubrió á proa y estribor un objeto blanco y brillante que parecía como un punto sobre el agua ; tomó el anteojo y se puso á examinarlo. En un principio, cualquiera hubiera creído que era el velacho alto de un buque cuyo casco se ocultaba bajo la línea de agua ; pero la mirada del experto marino, no podía engañarse fácilmente, y vió que el punto blanco que se percibía en medio del vivísimo centelléo que producía la refracción de la ardiente luz sobre el agua, era una cosa aislada. Lo que había sorprendido su mirada no era la vela de un buque en lontananza ; y sin decir una palabra, subió á la verga más alta, desde donde divisó un bote,

aparentemente con una ó dos camisas atadas á un palo, ya como vela, ya en señal de socorro. El viento era tan poco, que pasó más de una hora para que se pudiese ver el bote á la simple vista ; pero antes ya por el anteojo se había asegurado de que estaba tripulado por algunos hombres. Por el brillo que producían los remos al espumar las aguas, y la desaparición de los trapos que parecían servirles de vela ó señal, les hizo ver que aquella gente remaban hacia la *Estrella del Océano.* El piloto después de fijarse bien en el bote que veía, miró al que colgaba de estribor de la barca y exclamó :

—¡ Ó yo estoy ciego, ó esos hombres son los tripulantes de este buque !

Los marineros fueron de su opinión, porque los dos botes no sólo eran de la misma forma y color, sino que tenían á proa dos discos negros, uno á cada lado. La barca puso su rumbo para salir al encuentro de aquellos infelices, á la vez que un hombre á proa, esperaba el momento que llegasen para arrojarles un cabo. El vacilante movimiento de los remos, hacía ver la triste condición en que se encontraban ; se asemejaban al lánguido serpentear de un insecto moribundo, y era más patético que los ayes del dolor. El bote llegó á la barca, los hombres echaron dentro los remos y gesticulando de la manera más conmovedora, se llevaban las manos á la boca.

—¡ Quieren agua ! exclamó el piloto agitado.

Les arrojaron un cabo, uno de los hombres lo agarró con sus temblorosas manos, dió una vuelta con él al asiento del bote y cayó sin poder levantarse ; aunque tenía asida la cuerda con la tenacidad con que se agarra uno que se está ahogando. Había cuatro hombres en el bote y estaban tan débiles, que fué preciso izarlos á la barca. Coleridge, dice, que la sed hace rechinar los dientes ; pero en aquellos des-

graciados, el tormento había descompuesto sus facciones imprimiéndoles una expresión horrible ; el sólo sonido que podían articular era "¡agua!" y con los labios pálidos como muertos y arrojando espuma seca por ambos lados de la boca, caían como sin vida sobre la abrasada cubierta.

Pasaron algunas horas antes que ninguno pudiera hacer la narración del desastre de que habían sido víctimas ; pero el más viejo de ellos que recuperó las fuerzas antes que sus compañeros, nos contó esta historia. Su barco era el mismo que en aquel momento mandaba el piloto Mateo. Hacía dos meses que habían salido de Hull, y mientras la calma en el Canal, dos marineros desertaron en un bote pequeño, y el barco se hizo á la mar con menos gente de la que necesitaba. Tres días después de hacerse á la vela, encontraron al capitán muerto en su litera, siendo ésta la primera de una serie de calamidades. Quince días más tarde el piloto cayó enfermo con fiebre, y aunque no volvió á recobrar la salud ; sin embargo, dirigió el buque hasta doce horas antes de morir. El carpintero, hombre sin instrucción y que había hecho las veces de piloto, se hizo cargo del buque, en el que no quedaban más que ocho hombres. En la quinta semana, un hombre que estaba echando rizos, cayó de cabeza á la cubierta y en pocos momentos había entregado su alma á Dios. Pasaron algunos días más otro hombre fué estropeado por el cabrestante de proa y á la semana de la ocurrencia los compañeros le dieron el postrer á Dios al hacerle dar el último salto sobre la borda.

Por consiguiente, quedaron sólo cinco hombres, cuyo número hubiera indudablemente bastado ; pero tres días antes de que el *Guía* avistase á la barca, el segundo, que se había descolgado por la popa para examinar el timón, cayó al agua. En aquel momento, la barca hacía de seis á siete millas por hora, y antes de que se hubiera podido botar el

bote para recogerlo, el pobre hombre estaba ya á mucha distancia. Grandes masas de niebla corrían al empuje de la brisa sobre el océano; y, por consiguiente, fué una verdadera imprudencia, que la gente abandonase el barco, para correr en auxilio del segundo. Sin embargo, les obligaba á ello, el que éste era el único hombre que podía averiguar las singladuras que se hacían, y rectificar el rumbo; siendo terrible la situación que con la falta de él les aguardaba. Dejaron á bordo á un joven marinero á fin de que tuviera el buque á la capa, y remaron en dirección del lugar donde se veía al hombre nadando; pero á poco de haberse alejado del buque, una de aquellas masas de vapor los envolvió completamente; y como al mismo tiempo refrescara el viento, perdieron de vista la barca, y durante la noche, les abandonó la esperanza de volver á ver la *Estrella del Océano.*

Tal fué la historia de aquellos desgraciados. El resto sólo se podía suponer; pero cuando los sobrevivientes de la antigua tripulación hablaron del asunto con el piloto Mateo y sus hombres, todos convinieron en que el marinero que había quedado á bordo, estaba allí, cuando el *Guía* avistó á la *Estrella del Océano;* él sería quien puso á cocer la gallina para su comida; y al ver al vapor habría avivado la candela, sin duda con el objeto, de que viniera en su auxilio á la vista del humo. Finalmente, tenía que ser él quien había encendido la lámpara del rancho; y, perseguido por la mala suerte del buque durante aquel viaje, se habría caído al agua al saltar sobre las bordas para observar el rumbo del vapor. Si no sucedió así, es imposible hallar otra solución para el misterio de la *Estrella del Océano,* y, en ese caso, el gaviero tenía razón.

FIN.

Nuevo Tesoro de Chistes,

Máximas, Proverbios, Reflexiones Morales, Historias, Cuentos, Leyendas, extractadas de las Obras de Byron, Walter Scott, Washington Irving, Prescott, Moore, Franklin, Addison, Cooper, Gibbon, Paley, Goldsmith, Hawthorns, Robertson, Story, Marshall, Wyse, Dickens, Bulwer, Hook, Macaulay, Bryant, Pope, Dryden, etc., etc., etc. *Nueva Edición.*

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una Familia perdida en las Soledades de la América del Norte.

Por el Capitan Mayne Reid.

Traducida del Inglés por Simón Camacho y Antonio Hernandez. Con Doce Láminas por William Harvey.

Gil Blas de Santillana

(Historia de).

Publicada en francés por A. R. Le Sage, Traducida al castellano por el Padre Isla. Un tomo en 12°. Precio, $1.25.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,

Por Cervantes,

Según el texto corregido y anotado por el Sr. Ochoa. Un tomo de 695 páginas en 12°. Precio, $1.50.

EDICIÓN DE LUJO, con quince láminas y retrato de Cervantes. Un tomo de 695 páginas en 8°.

Nueva York: D. APPLETON Y CA., Libreros-Editores, 1, 3 y 5 Bond St.

Extracto de un discurso pronunciado en Suiza por M. Ed. Favre-Perret, miembro del Jurado Internacional sobre Relojes en la Exposición de Filadelfia, y Comisionado del Gobierno de Suiza en los Estados Unidos.

. . . . "Esto es lo que yo he visto, Señores: Pedí al Director de la "Compañía de Waltham un reloj de la quinta clase. Abrieron una gran caja de "relojes, y á la ventura tomé uno de ellos y lo colgué en mi cadena. El Di-"rector deseaba que se lo dejara por dos ó tres días para observar su movi-"miento, yo respondí: 'Al contrario quiero usarlo tal como está para poder ob-"tener una idea exacta de la fábrica de Vds.' En París arreglé mi reloj según "un cronómetro en el Boulevard y al sexto día, observé que había variado treinta "y dos segundos. Y este reloj de Waltham pertenece á la quinta clase de los "relojes americanos. A mi llegada á Llocle mostré el reloj á uno de nuestros "mejores reguladores que me pidió permiso para desmontarlo. Yo, sin em-"bargo, quise observarlo primero y este es el resultado que anoté: Colgado, "variación diaria, *un segundo y medio.* Variación en diferentes posiciones: "*de* 4 *á* 8 *segundos;* en el cuarto de estufa la variación era casi imperceptible.

"Habiéndolo observado de esta manera se lo entregué al regulador quien "lo desmontó y después del trascurso de algunos días vino y me dijo, al pie "de la letra: '*¡Estoy confundido! el resultado es increible; no se podría en-"contrar un reloj semejante entre* 50,000 *de nuestra fabricación.*' Repito á "Vds. Señores, que este reloj lo tomé á salga lo que saliere, como se suele "decir. Vds. pueden comprender por este ejemplo que el reloj americano "puede preferirse al suizo. He acabado, Señores, y les he hablado á Vds. de "cosas tal y como yo las he visto."

Los Relojes de Waltham son fabricados según el sistema americano, asegurando una marcha uniformemente perfecta á cada uno de estos afamados cronómetros, y al mismo tiempo á un precio que los coloca al alcance de los recursos de cualquiera persona que desée obtener un reloj sólido y seguro.

ROBBINS & APPLETON,

Únicos Representantes y Agentes Generales de la

Compañía Relojera Americana de Waltham, Mass.

1, 3, y 5 BOND STREET,

NUEVA YORK.

NOV -8 1945

LIBRARY OF CONGRESS
0 013 975 885 7